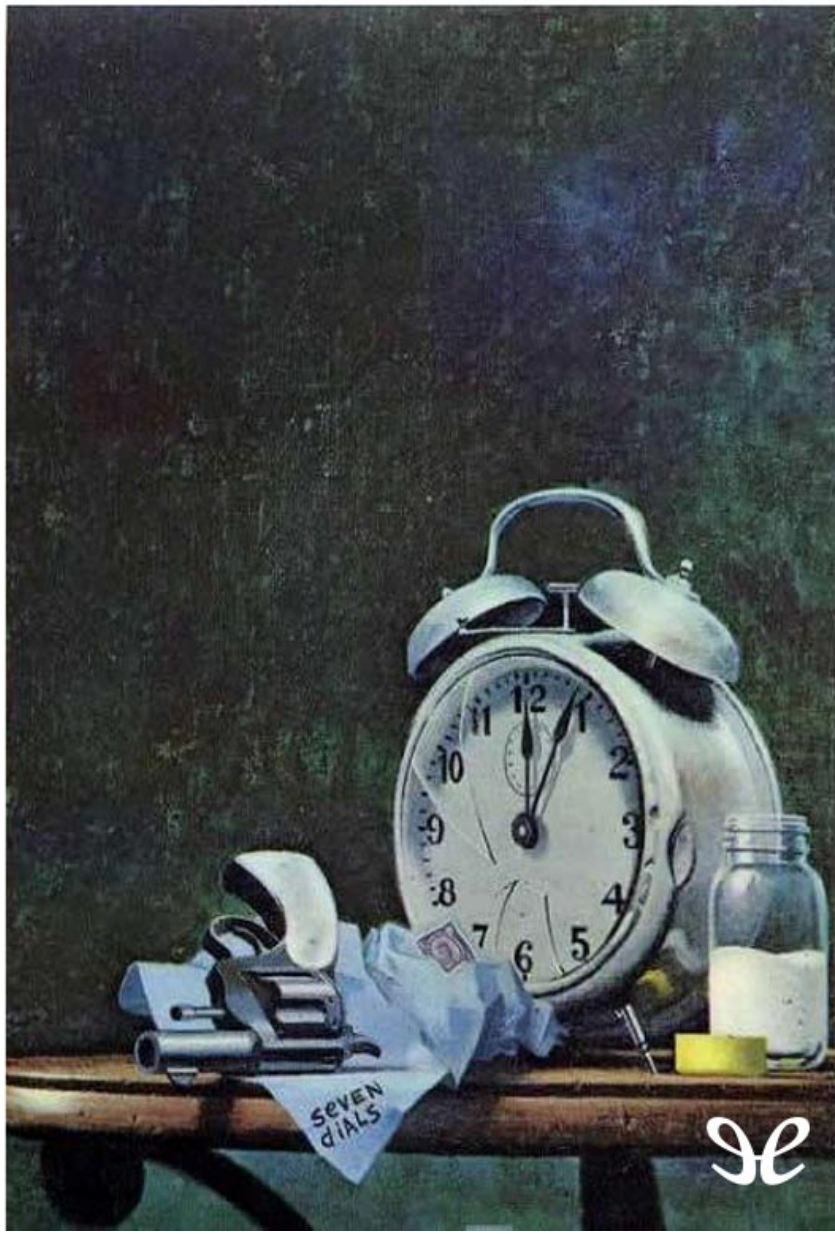
AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIO DE LAS SIETE ESFERAS



En la mansión Chimneys después de una partida de naipes, acontece una asesinato. Un grupo de jóvenes compra 8 relojes despertadores para realizar una broma. Pero tras el crimen aparecen ordenadas sólo siete esferas constituyéndose la llave de una misteriosa aventura en la que se descubrirá una extraña organización secreta que se autorepresenta como siete esferas de relojes donde cada uno de ellos marca una hora distinta y dicho número es el de cada integrante.

Agatha Christie

El misterio de las siete esferas

Superintendente Battle - 2

ePub r1.0
Titivillus 20.06.15

Título original: *The seven dials mystery*
Agatha Christie, 1929
Traducción: Carlos Paytuví de Sierra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BABE ST. MAUR: Artista de revistas musicales.

BATEMAN, Rupert: Secretario particular de sir Coote.

BATTLE: Sagaz y activo superintendente de Scotland Yard.

BOWER, Alfred: Antiguo criado de la finca de Chimneys y más tarde del Club Seven Dials[1].

BRENT, lady Eileen (alias Bundle): Hermosa y moderna muchacha, hija de lord Caterham.

CATERHAM, lord Alistair Brent: Despreocupado aristócrata dedicado a la política y a la práctica del golf.

CATERHAM, Marcia: Hermana del anterior y tía de Bundle.

COOTE, María: Esposa de sir Oswald Coote.

COOTE, sir Oswald: Multimillonario y rey del acero.

DAVENTRY, Socks: Bonita muchacha invitada del matrimonio Coote.

DEVEREUX, Ronny: Funcionario del Foreign Office.

EBERHARD: Inventor alemán de gran valía.

EVERSLEIGH, Bill: Compañero de Devereux y, como éste, empleado en el Foreign Office.

HOWELL: Ama de llaves de los Caterham.

LOMAX, George: Subsecretario de Estado.

MACATTA: Dama diputado obsesionada por la política.

MACDONALD: Jardinero jefe de los Coote.

MELROSE: Coronel y jefe de la policía del condado.

MOSGOROVKY: Director del Club Seven Dials.

MURGATROYD: Propietario de Almacenes Murgatroyd.

STEVENS: Criado de Jimmy Thesiger.

THESIGER, Jimmy: Joven de la buena sociedad, desocupado y divertido.

TREDWEIX: Majestuoso mayordomo de la finca de Chimneys.

WADE, Gerry: Excelente muchacho, amigo íntimo de Jimmy y Bill.

WADE, Lorraine: Hermana del anterior e hija ilegítima de Mr Wade.

WILLIAMS: Uno de los jardineros de Chimneys.

Capítulo primero

EN EL QUE SE COMPRAN DESPERTADORES

Aquel agradable joven llamado Jimmy Thesiger bajó de dos en dos los peldaños de la gran escalera de Chimneys. Tan precipitado era su descenso que fue a chocar con Tredwell, el majestuoso mayordomo, cuando éste cruzaba el vestíbulo llevando café recién hecho. Sólo debido a su maravillosa presencia de ánimo y a su agilidad de acróbata, no ocurrió una catástrofe.

—Perdone —se excusó Jimmy—. Oiga, Tredwell, ¿soy el último en bajar?

—No, señor. Mr. Wade está aún en sus habitaciones.

—¡Magnífico! —respondió Jimmy entrando en el comedor.

No había nadie en él excepto su anfitriona, cuya mirada de reproche le causó la misma sensación de incomodidad que experimentaba al ver los ojos de un abadejo en el mostrador de la pescadería. ¿Por qué tenía aquella señora que mirarle de esa forma? Cuando se pasan unos días en una casa de campo, no es costumbre presentarse a desayunar puntualmente a las nueve y media. Es verdad que habían dado ya las once y cuarto, hora que acaso constituyera el límite máximo; pero, después de todo…

—Temo haber bajado algo tarde, lady Coote, ¿no le parece?

—¡Oh, no importa! —repuso la dama con voz melancólica.

En realidad, la gente que llegaba tarde al desayuno le causaba una seria preocupación. Durante los diez primeros años de su vida de casada, su marido, sir Oswald Coote (quien aún no era noble), armaba un terrible escándalo si su primera comida del día le era

servida medio minuto después de las ocho de la mañana. Lady Coote aprendió a considerar la falta de puntualidad como uno de los más horrendos pecados. El hábito es difícil de cambiar. Era, además, una mujer diligente y no podía dejar de preguntarse adonde llegarían aquellos jóvenes en la vida a menos que se levantaran temprano. Como sir Oswald a menudo había dicho a periodistas y amigos: «Atribuyo enteramente mi éxito a mi costumbre de madrugar, a mi vida frugal y metódica».

Lady Coote era una mujer alta y bien parecida con un estilo un tanto trágico. Poseía unos ojos de mirada triste y una voz profunda. El artista que buscara un modelo para *Raquel llorando a sus hijos* hubiera estado encantado con ella. Tampoco hubiese hecho mal papel en los melodramas, interpretando a la sufrida esposa que escapa en medio de la ventisca de las garras del villano.

Parecía como si, en su vida, hubiera una gran pena secreta; sin embargo, a decir verdad, lady Coote no se había visto turbada jamás, excepto por la meteórica ascensión de sir Oswald a la prosperidad. En su juventud fue una alegre y extravagante criatura, muy enamorada de Oswald Coote, el ambicioso joven de la tienda de bicicletas contigua a la ferretería de su padre. Vivieron muy felices: al principio en dos habitaciones, en una casa pequeña después, en una mayor a continuación y, más tarde, en sucesivas casas de creciente magnitud, pero siempre a razonable distancia «del trabajo», hasta que sir Oswald alcanzó tal preeminencia que él y «el trabajo» no eran ya interdependientes, complaciéndose entonces en alquilar la mayor y más suntuosa residencia que pudo encontrar en toda Inglaterra. Chimneys, propiedad del marqués de Caterham, era un lugar histórico y, al alquilarlo por dos años, sir Oswald creyó haber alcanzado la cima de su ambición.

Lady Coote no compartía la misma satisfacción. Era una mujer sola. Durante la primera parte de su vida de casada su principal entretenimiento consistió en franquearse con «la muchacha», e incluso, cuando «la muchacha» se multiplicó por tres, la conversación con sus domésticas constituyó aún la principal distracción de lady Coote. Ahora, con múltiples doncellas, un mayordomo majestuoso como un arzobispo, varios criados de formidables proporciones, un enjambre de pinches de cocina y lavaplatos, un terrible cocinero con temperamento, una ama de

llaves gorda como un globo inflado y bajo cuyos pies parecía crujir el suelo, lady Coote se encontraba como en una isla inhóspita, desierta.

Suspiró, resignada, y salió por la puerta cristalera con gran alivio para Jimmy Thesiger, que inmediatamente se sirvió más riñones y más beicon.

Lady Coote permaneció unos instantes en actitud trágica en la terraza, haciendo acopio de valor para hablarle a MacDonald, el jardinero jefe, que contemplaba el dominio sobre el cual reinaba con ojo autocrático. MacDonald era el príncipe entre los jardineros jefes. Conocía su función: gobernar. Y lo hacía: como un déspota.

Lady Coote se le acercó, presa de nerviosismo.

—Buenos días, MacDonald.

—Buenos días, milady.

Hablaba como correspondía a los jardineros jefes, con un tono lúgubre pero muy digno, como un emperador en un entierro.

—Me preguntaba si esta noche podríamos tener uvas de postre.

—Todavía no están a punto para ser cogidas —dijo MacDonald, bondadosa pero firme.

—¡Oh! —exclamó lady Coote.

Entonces, reunió todo su valor.

—Ayer estuve en el invernadero, probé una y me pareció muy buena.

MacDonald le dirigió una mirada de reproche que le hizo sonrojarse como si se hubiese tomado una imperdonable libertad. Evidentemente, la fallecida marquesa de Caterham no se había atrevido jamás a entrar en uno de sus propios invernaderos a coger uvas.

—Si milady lo hubiese ordenado, se le habría servido un racimo —dijo MacDonald con voz severa.

—¡Oh, gracias! —repuso lady Coote—. En otra ocasión, así lo haré.

—Pero no están todavía a punto para ser cogidas.

—No, supongo que no —murmuró lady Coote—. Lo dejaremos para mejor ocasión.

MacDonald mantuvo un silencio impresionante. Lady Coote volvió a hacer acopio de valor.

—Iba a hablarle del césped de más allá de los rosales. Pensé que

podríamos usarlo como campo de bolos. A sir Oswald le gusta mucho ese juego.

«¿Y por qué no?», pensó lady Coote. Conocía bien la historia de Inglaterra. ¿No estaba sir Francis Drake jugando a los bolos cuando la Armada Española fue avistada? Era, indudablemente, un juego de caballeros al que MacDonald no podría oponer ninguna objeción razonable. Pero no contaba con la característica predominante de todo buen jardinero jefe, que consiste en oponerse a todas y cada una de las insinuaciones que se le hagan.

—Sin duda podría ser usado para ese fin —observó MacDonald, sin comprometerse.

Pronunció esas palabras en tono descorazonador, pero su verdadero objeto era hacer que lady Coote caminara hacia su propia destrucción.

—Si se recortara y limpiara… en fin… —dijo la señora esperanzadamente.

—Sí —repuso MacDonald despacio—. Podría hacerse; pero, para eso, Williams habría de dejar su trabajo en el arriate inferior.

—¡Oh! —exclamó lady Coote vacilante.

Las palabras «arriate inferior» carecían de significado para ella, pero era indudable que constituían una insuperable objeción desde el punto de vista de MacDonald.

—Y sería una lástima tener que hacerlo. —Prosiguió el jardinero jefe.

—Sí, desde luego —dijo lady Coote—. Claro que sí. —Se preguntó por qué asentía tan fervorosamente.

MacDonald le dirigió una mirada muy dura.

—Desde luego —observó—, si milady lo ordena…

Dejó la frase sin terminar, pero su tono amenazador era demasiado para ella y capituló enseguida.

—¡Oh, no! —repuso—. Comprendo lo que quiere decir, MacDonald. No, es preferible que Williams siga en el arriate inferior.

—Eso mismo pensaba yo, milady.

—Sí —dijo lady Coote—. Sí, ciertamente.

—Supuse que estaría de acuerdo conmigo, milady. —Siguió diciendo el jardinero jefe.

—Oh, ciertamente —repitió ella.

MacDonald se llevó la mano al ala del sombrero en señal de despedida y se alejó.

Lady Coote suspiró, apesadumbrada, y miró cómo se alejaba. Jimmy Thesiger, repleto de riñones y beicon, salió a la terraza y suspiró de una manera muy diferente.

—Magnífica mañana —comentó.

—¿Si? —dijo lady Coote con aire ausente—. ¡Oh, sí! Supongo que sí. No lo había notado.

—¿Dónde están los demás? ¿Navegando en el lago?

—Creo que sí. Quiero decir que no me extrañaría.

Lady Coote dio media vuelta y entró rápidamente en la casa. Tredwell estaba examinando la cafetera.

—¡Oh! —dijo lady Coote—. ¿No ha bajado Mr…?

—¿Wade, milady?

—Sí, Mr. Wade. ¿No ha bajado aún?

—No, milady.

—Es muy tarde.

—Sí, milady.

—¡Oh! Supongo que bajará a alguna hora, Tredwell.

—Indudablemente, milady. Ayer bajó a las once y media.

Lady Coote consultó su reloj. Faltaban veinte minutos para las doce. Una ola de compasión la invadió.

—Es muy pesado para usted, Tredwell, tener que servir desayunos tan tarde y la comida a la una.

—Estoy acostumbrado a los caballeros jóvenes, milady.

El reproche era digno, pero inequívoco. En los mismos términos hubiera podido un príncipe de la iglesia reprocharle a un turco o a un infiel que hubiese, de buena fe, cometido una irreverencia.

Lady Coote se sonrojó por segunda vez aquella mañana; pero entonces se produjo una oportuna intervención. La puerta se abrió y un joven de aspecto grave, provisto de gafas, asomó la cabeza.

—¡Oh, está aquí, lady Coote! Sir Oswald pregunta por usted.

—Me reuniré con él enseguida, Mr. Bateman.

Lady Coote se alejó apresuradamente.

Rupert Bateman, secretario particular de sir Oswald, salió por la puerta cristalera, junto a la cual se encontraba Jimmy Thesiger en actitud displicente.

—Buenos días, Pongo —dijo Jimmy—. Supongo que tendré que

ir y mostrarme agradable con esas condenadas chicas. ¿Me acompañas?

Bateman negó con la cabeza, cruzó la terraza a paso ligero y desapareció por el ventanal de la biblioteca. Jimmy lo miró, sonriente. Habían ido al mismo colegio cuando Bateman era un muchacho serio que usaba gafas, le pusieron el mote de Pongo sin razón aparente alguna.

Pongo seguía siendo la misma clase de borrico de antes, pensaba Jimmy. Las palabras «la vida es real, la vida es diligencia», parecían escritas especialmente para él.

Jimmy bostezó y se encaminó lentamente en dirección al lago. Las muchachas se encontraban allí y no tenían nada de extraordinario: dos de ellas eran de cabello oscuro y la otra rubia. La que se reía más era Helen, según pensó Jimmy; había otra, llamada Nancy, y a la tercera se la conocía, por alguna razón indeterminada, por Socks. Con ellas se encontraban sus dos amigos: Bill Eversleigh y Ronny Devereux, que estaban empleados en el Foreign Office a título puramente ornamental.

—Hola —dijo Nancy, o posiblemente Helen—, Jimmy. ¿Dónde está ese como-se-llame?

—No querrás decir que Gerry Wade no se ha levantado aún, ¿verdad? —observó Bill Eversleigh—. Deberíamos hacer algo al respecto.

—Sino tiene cuidado, algún día, cuando baje a desayunar, se encontrará con que ya se ha servido el té —dijo Ronny Devereux.

—Es una vergüenza. —Intervino la muchacha conocida por Socks—. Su actitud preocupa mucho a lady Coote. Cada día se parece más una gallina que quiere poner un huevo y no puede. No está bien.

—Saquémosle de la cama. —Propuso Bill—. Vamos Jimmy.

—Tenemos que ser más sutiles. —Objetó Socks.

«Sutil» era una palabra que parecía gustarle mucho y que empleaba con mucha frecuencia.

—Yo no soy sutil —repuso Jimmy—. No sé qué hay que hacer para serlo.

—Pongámonos de acuerdo y hagamos algo al respecto mañana por la mañana. —Sugirió Ronny vagamente—. Podríamos hacerle levantar a las siete. La casa se tambaleará: Tredwell perderá las

patillas y dejará caer la tetera. Lady Coote tendrá un ataque de nervios y se desmayará en brazos de Bill. Sir Oswald exclamará: «¡Ah!», y las acciones del acero subirán un punto y cinco octavos. Pongo dará muestras de emoción arrojando las gafas al suelo y pisoteándolas.

—No conoces a Gerry. —Observó Jimmy—. Me atrevo a asegurar que una suficiente cantidad de agua fría, cuidadosamente administrada, podría despertarlo, pero sólo se daría la vuelta y se quedaría dormido nuevamente.

—Debemos pensar en algo más sutil que el agua fría. —Protestó Socks.

—¿Como qué? —preguntó Ronny bruscamente.

Pero nadie supo contestarle.

—Deberíamos pensar en algo distinto —dijo Bill—. ¿Quién es capaz de usar su cerebro?

—Pongo —afirmó Jimmy—. Ahí viene apresuradamente, como de costumbre. Pongo siempre ha tenido cerebro. Ésa ha sido su desgracia desde que era niño. Pidámosle consejo.

Mr. Bateman escuchó con paciencia las propuestas un tanto incoherentes. Su actitud era la de alguien que se dispone a levantar vuelo. Les dio la solución sin pérdida de tiempo.

—Yo sugeriría un despertador —dijo, con voz enérgica—. Tengo uno para evitar quedarme dormido por la mañana. He averiguado que una taza de té en la cama servida con discreción no es suficiente para despertarse del todo.

Se alejó con paso rápido.

—Un despertador —observó Ronny meneando la cabeza—. ¡Un despertador! Se necesitarían por lo menos una docena para despertar a Gerry Wade.

—¿Y por qué no? —repuso Bill muy acalorado—. ¡Ya lo tengo! Vayamos a Market Basing y compremos un despertador cada uno de nosotros.

Hubo risas y confusión. Bill y Ronny fueron en busca de los coches. Jimmy fue el encargado de ir a espiar al comedor y regresó rápidamente.

—Ya está allí —dijo—, desquitándose del tiempo perdido, comiendo grandes cantidades de tostadas y mermelada. ¿Cómo evitaremos que venga con nosotros?

Se decidió que había que encargarle a lady Coote que lo retuviera en la casa, cosa que fue llevada a cabo por Jimmy, Nancy y Helen. Lady Coote se sintió asombrada y preocupada.

—¿Una broma? Tendrán cuidado, ¿verdad, chicos? Quiero decir que no romperán los muebles ni emplearán demasiada agua. Hemos de devolver la casa la semana próxima y no me gustaría que lord Caterham pensara…

Bill, que había regresado del garaje, la tranquilizó.

—No tema, lady Coote. Bundle Brent, la hija de lord Caterham, es una buena amiga mía y también le gustan mucho las bromas. Créame. De todas maneras, no causaremos ningún estropicio. Planeamos algo muy distinto.

—Sutil —dijo la muchacha llamada Socks.

Lady Coote se alejaba tristemente por la terraza cuando Gerald Wade salió del comedor. Jimmy Thesiger era un joven rubio y de aire angelical, y todo cuanto podía decirse de Gerald Wade es que era aún más rubio y más angelical y que su rostro vacío de expresión hacía, por contraste, parecer inteligente el de Jimmy.

—Buenos días, lady Coote —dijo Gerald Wade—. ¿Dónde están los demás?

—Han ido a Market Basing.

—¿Para qué?

—Alguna broma —dijo lady Coote con su voz profunda y melancólica.

—Es muy temprano para bromas. —Observó Mr. Wade.

—No tanto como usted cree —repuso lady Coote agudamente.

—Temo haberme retrasado algo —dijo Mr. Wade con admirable franqueza—. Es algo extraordinario, pero siempre soy el último en levantarme.

—Muy extraordinario —murmuró lady Coote.

—No sé por qué será —siguió diciendo Mr. Wade con aire dubitativo—. No puedo imaginarlo.

—¿Por qué no se levanta temprano, simplemente? —sugirió lady Coote.

—¡Oh! —exclamó Mr. Wade. La sencillez de la solución le sorprendió.

Lady Coote siguió hablando animadamente.

—He oído muchas veces a sir Oswald asegurar que nada hay tan

provechoso para un joven como adquirir la costumbre de la puntualidad.

—Ya lo sé —observó Mr. Wade—. Tengo que hacerlo cuando estoy en la ciudad. Quiero decir que he de estar en el Foreign Office a las once de la mañana cada día. No debe usted creer que soy un perezoso, lady Coote. ¡Qué flores tan bonitas tiene usted en el arriate inferior! —Prosiguió, cambiando rápidamente de tema—. No puedo recordar cómo se llaman, pero en casa hay algunas de ésas de color malva. A mi hermana le encanta cuidar el jardín.

Lady Coote mordió el anzuelo. La jardinería la traía de cabeza.

—¿Qué clase de jardineros tiene?

—Sólo uno. Es un viejo tonto, que no sabe muy bien su oficio, pero hace lo que se le dice. Y esto es muy importante, ¿no lo cree usted?

Lady Coote asintió con una profundidad de sentimientos en el tono de voz que hubiera sido de inapreciable valor para una actriz dramática. Comenzaron a hablar de las iniquidades de los jardineros.

Entretanto, la expedición llevaba a cabo sus planes. El principal establecimiento comercial de Market Basing fue invadido y su propietario se sintió profundamente asombrado por la súbita demanda de relojes despertadores.

—¡Ojalá estuviera Bundle aquí! —murmuró Bill—. Tú la conoces, ¿verdad, Jimmy? Os gustaría mucho. Es una chica espléndida y, además, muy inteligente. ¿La conoces tú, Ronny?

El interpelado movió la cabeza.

—¿No conoces a Bundle? ¿Dónde has estado vegetando?

—Debes ser algo más sutil, Bill —dijo Socks—. Deja ya de alabar a tus amigas y sigamos con nuestros asuntos.

Mr. Murgatroyd, propietario de los Almacenes Murgatroyd, habló con gran elocuencia.

—Si me permite aconsejarla, señorita, yo no escogería ése de siete chelines y once peniques. Es un buen reloj. No intento desprestigiarlo, pero no puede compararse con éste de diez chelines con seis peniques. Vale la pena pagar la diferencia. No me gustaría que después pudiera usted pedirme…

Era evidente para todos que había llegado el momento de poner fin a la verborrea de Mr. Murgatroyd.

—No queremos un despertador que funcione bien —dijo Nancy.

—Mientras lo haga durante un día, tenemos bastante. —Observó Helen.

—No queremos un despertador sutil. —Intervino Socks—. Sólo tiene que sonar muy fuerte.

—Queremos… —empezó a decir Bill.

No pudo acabar la frase, porque Jimmy, que tenía aptitudes técnicas había captado el mecanismo. Durante los siguientes cinco minutos en la tienda no se oyó otra cosa que el terrible sonido de varios despertadores sonando a la vez. Finalmente, escogieron seis.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Ronny—. Compraré uno en nombre de Pongo. Después de todo, fue una idea suya y sería una vergüenza que no estuviera representado.

—Muy bien —observó Bill—. Y yo me quedaré uno en nombre de lady Coote. Cuantos más haya, mejor. Además, no debemos olvidar la ayuda que nos presta. Seguramente, en estos momentos estará martirizando al pobre Gerry.

Ciertamente, en aquel instante lady Coote estaba contando con todo detalle una larga historia acerca de MacDonald y un melocotón que ganó un premio, con lo que se estaba divirtiendo mucho.

Los relojes fueron envueltos y pagados. Mr. Murgatroyd vio alejarse los coches con aire asombrado. Los jóvenes de clase alta eran muy vivarachos, aunque bastante difíciles de comprender. Se volvió, con un suspiro de alivio, para atender a la esposa del vicario que quería un nuevo tipo de tetera que no goteara.

Capítulo II

SOBRE LOS DESPERTADORES

¿Dónde los pondremos? La cena había terminado. Una vez más, lady Coote tenía un papel que representar. Sir Oswald, inesperadamente, dio la solución al sugerir una partida de *bridge*. Acaso la palabra «sugerir» no sea la más adecuada. Sir Oswald, como correspondía a uno de «nuestros capitanes de la industria» (el número 7 de la serie I), expresó una preferencia y quienes lo rodeaban se apresuraron a seguir los deseos de aquel gran hombre.

Rupert Bateman y sir Oswald formaron pareja contra lady Coote y Gerald Wade, lo cual constituyó un arreglo muy conveniente. Sir Oswald jugaba al *bridge* extremadamente bien y le gustaba tener un compañero que le correspondiera. Bateman era tan eficiente jugador de *bridge* como secretario. Ambos se concentraban exclusivamente en lo que tenían entre manos y no decían sino las palabras precisas: «Dos sin triunfo», «doblo», «tres picas». Lady Coote y Gerald Wade eran amables y habladores, y el joven jamás olvidaba decir, cuando terminaba cada mano: «Ha jugado usted admirablemente, compañera», en un tono de admiración que lady Coote encontraba a la vez nuevo y muy consolador. Hay que añadir que tenían muy buenas cartas.

Se suponía que los demás bailaban en otra habitación con la música de la radio. En realidad, estaban agrupados frente a la puerta de la habitación de Gerald Wade, y el ambiente estaba lleno de risas contenidas y del
tic-tac
de los despertadores.

—Debajo de la cama, en hilera —sugirió Jimmy, contestando a

la pregunta de Bill.

—¿Y a qué hora los pondremos? Quiero decir, ¿a qué hora han de sonar? ¿Os parece que lo hagan todos a la vez o a intervalos?

Esta cuestión fue objeto de un considerable debate. Unos argüían que un dormilón de la categoría de Gerald Wade merecía que los ocho despertadores sonaran a la vez. Los demás opinaban que debían hacerlo uno tras otro, de forma continuada y firme.

Finalmente, prevaleció este último parecer. Los despertadores fueron dispuestos para que sonaran uno tras otro, empezando a las seis y media de la mañana.

—Y espero —dijo Bill en tono virtuoso— que esto le sirva de lección.

—Escuchad, escuchad —gritó Socks.

Se pasó a tratar entonces la cuestión de dónde debían esconderse los relojes, cuando se produjo una súbita alarma.

—¡Cuidado! —susurró Jimmy—. Alguien sube la escalera.

Hubo cierto pánico.

—Todo en orden —dijo Jimmy—. No es más que Pongo.

Aprovechando que en aquel momento descansaba de la partida de *bridge*, Mr. Bateman se dirigía a su habitación en busca de un pañuelo. Se detuvo y, en un segundo, se hizo cargo de la situación. Hizo entonces un solo comentario, sencillo y práctico.

—Los oirá cuando suba a acostarse.

Los conspiradores se miraron consternados.

—¿Qué os dije? —exclamó Jimmy con voz reverente—. Pongo siempre ha sido inteligente.

El inteligente continuó su camino.

—Es verdad. —Asintió Ronny Devereux—. Ocho despertadores funcionando a la vez hacen un ruido infernal. Incluso Gerry, a pesar de lo borrico que es, se dará cuenta de que algo se trama.

—Me pregunto si lo es. —Observó Jimmy Thesiger.

—¿Si es qué?

—Tan borrico como creemos.

Ronny se le quedó mirando.

—Todos conocemos bien a Gerald.

—¿Lo conocemos verdaderamente? —Objeto Jimmy—. Algunas veces he pensado que no es posible que haya alguien tan borrico como él parece ser.

Todos se le quedaron mirando. Había una expresión de seriedad en la cara de Ronny.

—Jimmy —dijo—, eres inteligente.

—Eres un segundo Pongo. —Afirmó Bill.

—Bueno —se defendió Jimmy—, es lo que se me ha ocurrido pensar.

—No seamos tan sutiles —exclamó Socks—. ¿Qué vamos a hacer con los despertadores?

—Ahí vuelve Pongo. Preguntémosle a él. —Sugirió Jimmy.

Después de pedirle que se exprimiera el cerebro, Pongo dio su opinión.

—Esperad hasta que esté dormido. Entonces, entrad en silencio en la habitación y colocadlos en el suelo.

—Pongo vuelve a tener razón. —Observó Jimmy—. Guardemos los despertadores ahora y bajemos para no provocar sospechas.

La partida de *bridge* seguía con una pequeña modificación. Sir Oswald tenía a su esposa por compañera y le señalaba uno tras otro los errores que cometía. Lady Coote aceptaba los reproches con buen humor y una total falta de interés.

—Comprendo, querido. —Reiteró una y otra vez—. Tienes razón.

Y continuó incurriendo en los mismos errores.

—Bien jugado, compañero, muy bien jugado —le decía a intervalos Gerald Wade a Pongo.

Bill Eversleigh estaba haciendo cálculos con Ronny Devereux.

—Digamos que se acuesta alrededor de las doce. ¿Cuánto tiempo crees que debemos concederle? ¿Una hora, acaso?

Bostezó.

—Es curioso. Generalmente me acuesto a las tres de la madrugada, pero esta noche, sólo porque debemos permanecer despiertos un rato, me gustaría meterme ya en la cama.

Todos afirmaron que sentían el mismo deseo.

—Mi querida María —se oyó decir a sir Oswald, ligeramente irritado—, te he dicho muchas veces que no vaciles jamás cuando vayas a jugar tus cartas. Al hacerlo, das información a los demás jugadores.

Lady Coote tenía una buena respuesta para esto. Como sir Oswald descansaba, no podía hablar acerca de la forma en que se

jugaba. Pero se calló. Sonrió bondadosamente, se inclinó hacia delante y fijó los ojos en las cartas de Gerald Wade, que se encontraba a su derecha.

Su ansiedad desapareció al ver la dama, jugó el rey, recogió la baza y extendió sus cartas.

—Cuatro bazas y una por encima. —Anunció—. Creo que fui muy afortunada al hacerme con las cuatro bazas.

—Afortunada —murmuró Gerald Wade, empujando su silla hacia atrás y dirigiéndose hacia la chimenea, donde se encontraban sus amigos—. Afortunada, dice. Esa mujer necesita que la vigilen.

Lady Coote estaba recogiendo el dinero.

—Ya sé que no juego bien —dijo en un tono fúnebre en el que se advertía cierta satisfacción—. Pero, en realidad, tengo mucha suerte.

—Jamás serás buena jugadora de *bridge*, María. —Afirmo sir Oswald.

—No, querido —repuso lady Coote—. Ya lo sé. Siempre me lo dices, y trato de mejorar mi juego.

—Sí, lo intenta —dijo Gerald Wade en voz baja—. Y sin emplear subterfugios. Es capaz de apoyar la cabeza en el hombro de uno si no encuentra otra manera de verle las cartas al contrario.

—Ya sé que procuras hacerlo —observó sir Oswald—, pero no tienes sentido del juego.

—Tienes razón, querido. —Repuso lady Coote—. Esto es lo que siempre me dices. Y me debes otros diez chelines, Oswald.

—¿Si? —dijo sir Oswald sorprendido.

—Sí. Mil setecientos puntos, que, en total, son ocho libras y diez chelines. Sólo me has dado las ocho libras.

—Perdóname —dijo sir Oswald—. Un error.

Lady Coote le sonrió con tristeza al aceptar el billete de diez chelines.

Quería mucho a su esposo, pero no estaba dispuesta a dejar que le estafara aquel dinero.

Sir Oswald se dirigió a una mesita auxiliar y se sirvió un whisky con soda. Eran ya las doce y media cuando todos se fueron a acostar.

Ronny Devereux, que ocupaba la habitación contigua a la de Gerald Wade, fue el encargado de vigilar. A las dos menos cuarto,

llamo a la puerta de los conspiradores. Todos ellos, en pijama y batín, se reunieron hablando en voz baja y conteniendo la risa.

—Hace unos veinte minutos que ha apagado la luz. —Les informó Ronny quedamente—. Creí que nunca iba a hacerlo. Hace un momento he entreabierto su puerta y me ha parecido que estaba completamente dormido.

Trajeron los despertadores, pero entonces se presentó otra dificultad.

—No podemos entrar todos. Haríamos mucho ruido. Que lo haga uno solo y los demás le entregarán los relojes desde la puerta.

Se produjo una acalorada discusión acerca de quién debía encargarse de ello.

Las tres muchachas fueron descartadas porque no serían capaces de contener la risa. Bill Eversleigh no fue aceptado a causa de su estatura, peso y firmeza al pisar, además de su falta de maña, que negó fieramente. Jimmy Thesiger y Ronny Devereux fueron considerados aptos, pero finalmente, la gran mayoría se decidió por Rupert Bateman.

—Pongo es la persona más indicada. —Asintió Jimmy—. Camina con la suavidad de un gato. Y si Gerald se despierta. Pongo encontrará una excusa plausible que le calme sin hacerle sospechar.

—Algo sutil. —Sugirió Socks pensativa.

—Exactamente. —Asintió Jimmy.

Pongo llevó a cabo su misión limpia y eficazmente. Abrió con suma cautela la puerta de la habitación y desapareció en la oscuridad llevando dos despertadores. Un momento después reapareció para volver a entrar con otros dos relojes y repitió la operación dos veces más. Finalmente, salió. Todos contuvieron el aliento y escucharon. La rítmica respiración de Gerald Wade todavía se escuchaba, pero ahogada, disimulada y sepultada debajo del

tic-tac

triunfante y apasionado de los ocho despertadores adquiridos en la tienda de Mr. Murgatroyd.

Capítulo III

LA BROMA FRACASADA

—Las doce —dijo Socks inquieta.

La broma —como tal— no había tenido éxito. Por su parte, los despertadores habían cumplido su misión. Habían sonado a su debido tiempo con tanto vigor y estridencia que Ronny Devereux saltó de la cama con la confusa idea de que había llegado el día del Juicio Final. Si tal fue el efecto que produjeron en su habitación, ¿cuál debía ser el causado en aquella en la que se encontraban? Ronny salió apresuradamente al pasillo y aplicó el oído a la puerta.

Esperaba oír algunos juramentos, los esperaba lleno de confianza y satisfacción, pero no oyó nada. Es decir, no oyó nada de cuanto esperaba. Los relojes seguían emitiendo su monótono
tic-tac
, con arrogancia y fuerza. Y entonces sonó otro con una nota aguda que habría provocado una irritación aguda hasta en un sordo.

No cabía la menor duda: los despertadores funcionaban correctamente. Hacían lo que Mr. Murgatroyd había asegurado y mucho más. Pero, al parecer, en Gerald Wade encontraban la horma de su zapato.

Los confabulados se sintieron defraudados.

—Ese tipo no es un ser humano —gruñó Jimmy Thesiger.

—Quizá ha creído que era el timbre del teléfono y se ha dado la vuelta, quedándose dormido nuevamente. —Sugirió Helen (o posiblemente Nancy).

—Me parece un caso muy notable. —Afirmó Rupert Bateman con toda seguridad—. Creo que debería ser examinado por un médico.

—Quizás sufre alguna enfermedad del oído. —Sugirió Bill.

—En mi opinión —observó Socks—, creo que se está burlando de nosotros. Claro que lo han despertado, pero quiere hacernos creer que no los ha oído.

Todos miraron a Socks con respeto y admiración.

—Es una idea. —Admitió Bill.

—Gerry es un muchacho sutil. —Afirmó Socks—. Ya lo veréis. Sin duda bajará a desayunar más tarde que de costumbre sólo para hacernos quedar mal.

Y puesto que en aquellos momentos el reloj señalaba algo más de las doce, la opinión general fue que la teoría de Socks era correcta. Sólo Ronny Devereux discrepaba.

—Olvidáis que yo estaba frente a su puerta cuando sonó el primer despertador. No importa lo que haya intentado hacer después, el primero debió sorprenderle y algo hubiera hecho. ¿Dónde lo pusiste, Pongo?

—En la mesa cerca de su oreja —dijo Mr. Bateman.

—Tuviste una buena idea, Pongo. —Observó Ronny—. Ahora, dime —prosiguió, volviéndose a Bill—: ¿cómo reaccionarías tu si una condenada campanilla empezara a sonar junto a tu oído a las seis y media de la mañana?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bill—. Diría…

Calló bruscamente.

—Claro que sí —repuso Ronny—. Y yo también y cualquier persona. Aquello que llaman la bestia que todo hombre lleva dentro saldría a la superficie. Pues bien, no salió. Por eso afirmo que Pongo, como de costumbre, tiene razón y que Gerry debe padecer alguna extraña enfermedad del oído.

—Ya son las doce y veinte. —Observó una de las chicas.

—Me parece que la cosa pasa de castaño oscuro —dijo Jimmy lentamente—. Una broma es una broma, pero esto ya va demasiado lejos. No está bien para los Coote.

Bill le miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es propio de Gerry hacer algo por el estilo —repuso Jimmy.

Le fue difícil encontrar palabras para expresar lo que sentía. No quería dar a entender mucho, pero, sin embargo, vio que Ronny lo

miraba súbitamente alerta.

En aquel momento, Tredwell entró en la habitación y miró a su alrededor, vacilante.

—Pensé que Mr. Bateman se encontraba aquí —dijo disculpándose.

—Hace un momento salió por la puerta cristalera. —Repuso Ronny.

Tredwell pasó los ojos de él a Jimmy Thesiger y volvió a mirarlo. Como si les hubieran llamado, los dos jóvenes salieron del comedor tras Tredwell, que cerró cuidadosamente la puerta.

—Bien —dijo Ronny—. ¿Qué sucede?

—Como Mr. Wade no bajaba, señor, me tomé la libertad de mandar a Williams a su habitación.

—¿Si?

—Williams ha bajado corriendo presa de gran agitación, señor. —Tredwell hizo una pausa, como si quisiera prepararles para algo —. Me temo, señor, que el joven caballero haya muerto mientras dormía.

Jimmy y Ronny lo miraron asombrados.

—¡Tonterías! —exclamó Ronny después de un momento—. Es… es imposible. Gerry… —La expresión de su rostro cambió—. Voy a ir yo mismo. Williams debe haberse equivocado.

Tredwell extendió la mano y le detuvo. Jimmy, con una extraña sensación de distanciamiento, comprendió que el mayordomo dominaba la situación.

—No, señor. Williams no se ha equivocado. Ya he mandado a buscar al doctor Cartwright y, entretanto, me he tomado la libertad de cerrar la puerta con llave antes de informar a sir Oswald acerca de lo sucedido. Ahora debo encontrar a Mr. Bateman.

Tredwell se alejó apresuradamente. Ronny estaba paralizado por el asombro.

—Gerry —murmuró.

Jimmy cogió a su amigo por el brazo y lo llevó hacia la terraza, obligándole a sentarse.

—Tómatelo con calma, amigo mío —dijo bondadosamente—. Dentro de un minuto, te sentirás mucho mejor.

Pero le miraba con curiosidad. No imaginaba que Ronny y Gerry Wade fueran tan buenos amigos.

—¡Pobre Gerry! —dijo pensativamente—. ¡Tan lleno de salud como parecía estar!

Ronny asintió.

—Esa broma de los despertadores parece fúnebre ahora. —Prosiguió Jimmy—. Es extraño, verdad, que la farsa se mezcle tan a menudo con la tragedia.

Hablaba sin pensar, para dar tiempo a que Ronny se recobrara. El otro se movía inquieto.

—Quisiera que el médico llegara de una vez. Quiero saber… —dijo Ronny.

—¿Qué quieres saber?

—De qué murió.

Jimmy frunció los labios.

—Quizá del corazón. —Aventuró.

Ronny se rió con una risa breve y burlona.

—Oye, Ronny… —dijo Jimmy.

—¿Qué?

Jimmy encontró difícil seguir hablando.

—No querrás decir… no pensarás… Quiero decir que no creerás que… que, bien, que lo han matado, ¿verdad? Como Tredwell ha cerrado la puerta de su cuarto, no sé qué pensar.

Jimmy creyó que sus palabras merecían una contestación, pero Ronny siguió con la mirada fija. Movió la cabeza y permaneció en silencio. Nada podía hacer sino esperar. Asique esperó.

Tredwell llegó un momento después.

—El doctor desea verlos a ustedes dos, caballeros. En la biblioteca, por favor.

Ronny se puso en pie de un salto. Jimmy le siguió.

El doctor Cartwright era un hombre joven, de aspecto enérgico y rostro inteligente. Les saludó con una breve inclinación de cabeza. Pongo, que parecía estar más serio que nunca, hizo las presentaciones.

—Creo que era usted muy buen amigo de Mr. Wade —dijo el médico, dirigiéndose a Ronny.

—Su mejor amigo.

—¡Ajá! Este asunto parece muy claro. Sin embargo, es triste. Parecía gozar de excelente salud. ¿Sabe usted si tomaba algo para dormir?

—¿Para dormir? —Repitió Ronny asombrado—. Dormía como un tronco.

—¿No le oyó jamás quejarse de insomnio?

—Nunca.

—Bien, los hechos son muy sencillos. Sin embargo, temo que deberá haber una investigación.

—¿De qué murió?

—No hay duda acerca de ello. En mi opinión, debido a una sobredosis de cloral. Estaba en la mesita de noche, en la cual hay asimismo una botella y un vaso. Es algo muy penoso.

Jimmy hizo la pregunta que parecía temblar en los labios de su amigo y que, por algún motivo, Ronny se sentía incapaz de formular.

—¿Se excluye la posibilidad de que alguien interviniera en su muerte?

El doctor le miró fijamente.

—¿Por qué lo pregunta?, ¿tiene usted motivos para sospechar?

Jimmy miró a Ronny. Si su amigo sabía algo, aquél era el momento de hablar. Pero Ronny negó repentinamente con la cabeza.

—Ninguno. —Repuso claramente.

—¿Y en cuanto al suicidio?

—Ciertamente, no.

Ronny fue enfático. El médico no parecía muy convencido.

—¿No sabe nada que pudiera inducirle a hacerlo? ¿Acaso dificultades económicas o alguna mujer?

Ronny negó otra vez con la cabeza.

—Debemos pensar ahora en sus parientes. Hay que avisarlos.

—Tiene una hermana, media hermana mejor dicho, que vive en Deane Priory, a unas veinte millas de aquí. Cuando no estaba en la ciudad, Gerry vivía con ella.

—Bien —dijo el médico—. Debemos avisarla.

—Yo iré a verla. —Repuso Ronny—. Es algo muy penoso, pero alguien debe hacerlo. —Miró a Jimmy—. Tú la conoces, ¿verdad?

—Ligeramente. He bailado con ella una o dos veces.

—Entonces, iremos en tu coche. No te importa, ¿verdad? Me falta valor para ir solo.

—Está bien. —Le tranquilizó Jimmy—. Iba a sugerírtelo. Sacaré

el coche.

Estaba contento de tener algo que hacer. La actitud de Ronny le intrigaba. ¿Qué sabía o sospechaba? ¿Y por qué no le comunicaba al médico sus sospechas, si las tenía?

Unos momentos después, los dos amigos viajaban en el coche de Jimmy con alegre despreocupación por cosas tales como el límite de velocidad.

—Jimmy —dijo Ronny al cabo de un rato—, supongo que eres el mejor amigo que me queda ahora.

—Bueno. —Repuso Jimmy—. ¿Por qué lo dices?

—Hay algo que me gustaría comunicarte, algo que deberías saber —dijo con voz ronca.

—¿Acerca de Gerry Wade?

—Sí.

Jimmy esperó.

—¿Bien? —Inquirió finalmente.

—No sé si debo —murmuró Ronny.

—¿Por qué?

—Estoy ligado por una promesa.

—¡Oh! Entonces quizá sea mejor que no me lo digas.

Siguió un silencio.

—Sin embargo, me gustaría… Tú piensas mejor que yo, Jimmy.

—Lo cual no es muy difícil —repuso éste desabrido.

—No, no puedo —dijo Ronny súbitamente.

—Muy bien. Haz lo que te plazca.

Se produjo una larga pausa.

—¿Cómo es? —preguntó Ronny.

—¿Quién?

—Esa chica, la hermana de Gerry.

Jimmy no habló durante algunos momentos y, después, lo hizo con una voz que, por algún motivo, se había alterado.

—Es una buena muchacha. En realidad, es magnífica.

—Gerry la quería mucho. A menudo hablaba de ella.

—Y ella le correspondía. Será muy duro para la pobre.

—Sí, desde luego.

Permanecieron en silencio hasta llegar a Deane Priory.

Miss Lorraine, les dijo la doncella, estaba en el jardín. Si querían podían ver a Mrs. Coker.

Jimmy dijo claramente que no quería ver a Mrs. Coker.

—¿Quién es esa señora? —preguntó Ronny mientras se dirigían hacia un jardín algo descuidado.

—La vieja que vive con Lorraine.

Recorrieron un sendero pavimentado a cuyo extremo vieron a una muchacha con dos perros de aguas negros. Era de corta estatura, muy rubia, y llevaba un viejo vestido de lana. No era la clase de muchacha que Ronny esperaba encontrar. Ni tampoco del tipo que Jimmy prefería.

Se adelantó hacia ellos con uno de los perros cogidos del collar.

—¿Cómo están ustedes? —dijo—. No hagan caso de Elizabeth. Acaba de tener cachorros y recela de todos.

Se comportaba de forma absolutamente natural. Cuando levantó la cara, sus mejillas se sonrojaron levemente. Sus ojos eran de un azul oscuro, como la flor de la genciana.

De pronto se agrandaron, ¿era una expresión de alarma? Como si lo hubiera adivinado.

Jimmy se apresuró a hablar.

—Miss Wade, le presento a Ronny Devereux. Debe de haber oído hablar de él a Gerry.

—¡Oh, sí! —Se volvió hacia Ronny con una cálida sonrisa de bienvenida—. Creo que estaban ustedes pasando unos días en Chimneys. ¿Por qué no ha venido Gerry también?

—Nosotros… pues… no ha sido posible —tartamudeó Ronny.

Nuevamente, Jimmy vio una expresión de temor en los ojos de la muchacha.

—Miss Wade —empezó a decir—, me temo que tenemos malas noticias para usted.

En el acto, Lorraine se puso alerta.

—¿Gerry?

—Sí, Gerry. Está…

—¡Díganmelo! ¡Díganmelo! —De pronto se volvió hacia Ronny —. Usted me lo dirá.

Jimmy sintió el aguijón de los celos y en aquel momento supo lo que había vacilado en admitir para sí. Supo porqué Helen y Nancy y Socks no eran sino «chicas» para él, y nada más.

Sólo medio oyó la voz de Ronny que decía con bravura:

—Sí, miss Wade. Yo se lo diré. Gerry ha muerto.

Era una muchacha valerosa. Contuvo una exclamación y dio un paso hacia atrás, pero un momento después estaba haciendo preguntas ansiosas: «¿Cómo? ¿Cuándo?».

Ronny le contestó con la suavidad de que fue capaz.

—¿Polvos para dormir? ¿Gerry?

No cabía duda alguna en cuanto al tono de incredulidad de su voz. Jimmy la miró. Era casi una mirada de aviso. Súbitamente sintió que Lorraine, en su inocencia, podía decir demasiado.

A su vez, le explicó con gentileza la necesidad de una investigación. Lorraine se estremeció. Declinó su ofrecimiento de llevarla a Chimneys con ellos, explicando que iría allí más tarde. Tenía un pequeño coche de dos plazas.

—Pero primero quiero estar un rato a solas —dijo con voz temblorosa.

—Lo comprendo. —Asintió Ronny.

—Desde luego —murmuró Jimmy.

La miraron sin saber qué hacer.

—Muchas gracias a los dos por haber venido.

Regresaron en silencio. Había cierta tirantez entre ellos.

—Dios mío, esa muchacha tiene valor —comentó Ronny un rato después.

Jimmy asintió.

—Gerry era amigo mío. —Observó Ronny—. Me corresponde a mi cuidar de ella.

—Ah, sí; desde luego.

De regreso a Chimneys, lady Coote, llorosa, se acercó a Jimmy.

—Pobre muchacho —decía—, pobre muchacho.

Jimmy hizo todas las observaciones propias del caso.

Lady Coote le dio largos detalles de la muerte de varias queridas amigas suyas. Jimmy la escuchaba por respeto a sus sentimientos, y por fin logró apartarse de su lado sin parecer grosero.

Subió las escaleras rápidamente. Ronny salía de la habitación de Gerald Wade. Pareció sorprenderse de la aparición de Jimmy.

—He entrado a verlo —dijo—. ¿Vas a hacerlo tú también?

—Creo que no —repuso Jimmy, a quien no le gustaba la muerte.

—Opino que todos sus amigos deberían hacerlo.

—¿Lo crees así? —preguntó Jimmy con la impresión de que Ronny Devereux se portaba de manera muy extraña.

—Sí, es una muestra de respeto.

Jimmy suspiró, pero cedió.

—Bueno —dijo, entrando en la habitación y apretando algo los dientes al hacerlo.

La cama estaba cubierta de flores. Jimmy miró breve y nerviosamente aquella cara pálida. ¿Podía aquella figura inmóvil ser el angelical y sonrosado Gerry Wade? Se estremeció.

Al dar media vuelta para salir de la habitación, sus ojos se posaron en la repisa y se detuvo asombrado. Los despertadores estaban alineados en ella.

Salió rápidamente. Ronny le esperaba.

—Parece que está durmiendo. ¡Qué mala suerte ha tenido! —murmuró Jimmy.

Un instante después, agregó:

—¿Quién colocó los despertadores en hilera en la repisa?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Supongo que habrá sido alguno de los criados.

—Lo curioso es —siguió diciendo Jimmy— que hay siete y no ocho. Falta uno. ¿Lo has observado tú también?

Ronny contestó algo ininteligible.

—Siete en lugar de ocho —dijo Jimmy frunciendo el ceño—. ¿Me pregunto por qué?

Capítulo IV

UNA CARTA

—Desconsiderado. No puedo llamarlo de otra manera —dijo lord Caterham con voz quejumbrosa y suave, satisfecho del adjetivo—. Sí, muy desconsiderado. —Insistió—. A menudo encuentro que esos hombres que se han formado a sí mismos carecen totalmente de consideración. Es muy posible que a eso se deba que consigan amasar tan grandes fortunas.

Paseó la mirada tristemente por la finca de sus antepasados, cuya posesión había recobrado aquel mismo día.

Su hija, lady Eileen Brent, conocida por sus amigos y la sociedad en general como Bundle, estalló en una carcajada.

—Tú jamás amasarás una gran fortuna —observó secamente—, aunque, desde luego, supiste sacarle un buen pico al viejo Coote al alquilarle esta casa. ¿Qué aspecto tiene? ¿Es presentable?

—Es uno de esos hombres grandes —repuso lord Caterham estremeciéndose ligeramente—, de rostro cuadrado y cabello gris acerado. Transmite fuerza. Posee lo que se llama una personalidad poderosa. Es la clase de hombre que resultaría de la trasformación de una apisonadora en un ser humano.

—¿Un pelmazo? —Sugirió Bundle.

—Un pelmazo de tomo y lomo, y lleno de las más deprimentes virtudes, como la sobriedad y la puntualidad. No sé qué es peor, si una personalidad poderosa o un político diligente. Siento preferencia por los ineptos alegres.

—Un inepto no hubiera podido pagar el precio que pedías por este viejo mausoleo. —Le recordó Bundle.

Lord Caterham se estremeció.

—Quisiera que no empleases esa palabra, Bundle. Ahora que comenzábamos a olvidarnos del tema.

—No comprendo por qué eres tan terriblemente sensible acerca de ello. Después de todo, la gente tiene que morirse en alguna parte —replicó Bundle.

—Pero no en mi casa —alegó lord Caterham.

—No veo por qué no. Mucha gente lo ha hecho. Montones de bisabuelos y abuelos.

—Eso es distinto —arguyó lord Caterham—. Es lógico que los Brent fallezcan aquí; ellos no cuentan. Pero no quiero que los extraños también lo hagan. Y me opongo muy especialmente a las investigaciones. Eso se va a convertir en una costumbre. Ya es el segundo caso. ¿Recuerdas el jaleo que tuvimos hace cuatro años? Del cual, por cierto, considero a George Lomax como el único culpable.

—Y ahora quieres hacer responsable al pobre Coote. Tengo la certeza de que el pobre hombre se sintió tan molesto como tú.

—Muy desconsiderado —insistió lord Caterham empecinado—. No debería invitar a la gente propensa a tales cosas. Tú dirás lo que quieras, Bundle, pero no me gustan las investigaciones ni me han gustado nunca.

—Pero ésta no es igual que la anterior —repuso Bundle tratando de calmarlo—. Quiero decir que esta vez no se trató de un asesinato.

—Pudiera haberlo sido, por la importancia que ese cabeza hueca de inspector le dio. No ha podido jamás sobreponerse a ese asunto de hace cuatro años. Piensa que cada muerte que se produce aquí es forzosamente un turbio asunto criminal con graves implicaciones políticas. No tienes idea del lío que armó. Tredwell me lo ha contado. Buscó huellas dactilares en los sitios más absurdos. Y desde luego, todas las que encontró en la habitación correspondían al muerto. Es el caso más claro que pueda imaginarse, aunque si fue suicidio o accidente es algo que no se aclaró.

—Yo conocí a Gerry Wade —dijo Bundle—. Era amigo de Bill. Te hubiera gustado, papá. Jamás vi a nadie tan inepto y alegre como él.

—No me gusta nadie que venga y se muera en mi casa con el propósito de fastidiarme. —Insistió lord Caterham.

—Desde luego no me imagino a nadie asesinándolo —dijo Bundle—. La idea es absurda.

—Claro que lo es —asintió lord Caterham—, y cualquier persona que no sea el borrico del inspector Raglán se daría cuenta.

—Quizá se sintiera importante al buscar huellas dactilares —prosiguió Bundle con intención de calmar a su padre—. De todas maneras, el veredicto fue «muerte accidental», ¿no es verdad?

Lord Caterham asintió.

—Tenían que mostrar alguna atención a su hermana.

—¿Hay una hermana? Lo ignoraba.

—Media hermana, según creo. Es mucho más joven que él. El viejo Wade se escapó con la madre de la chica. Acostumbraba a hacer esas cosas. No le gustaba ninguna mujer a menos que perteneciera a otro hombre.

—Me alegro que ése no sea uno de tus malos hábitos —dijo Bundle.

—Siempre he llevado una vida muy respetable y temerosa de Dios —afirmó lord Caterham—. Considerando que no hago daño a nadie, parece raro que no me dejen en paz. Si solamente…

Se interrumpió al ver salir su hija por la puerta cristalera.

—MacDonald —llamó Bundle con voz clara.

El emperador se acercó. Algo que podía interpretarse como sonrisa de bienvenida trató de expresarse en su rostro, pero el lúgubre natural de todos los jardineros la disipó.

—Sí, milady —dijo.

—¿Cómo está usted? —preguntó Bundle.

—No muy bien —repuso MacDonald.

—Quería hablarle acerca del campo de bolos. El césped ha crecido mucho. Mande a alguien que lo corte.

MacDonald meneó la cabeza con aire dubitativo.

—Para ello tendría que sacar a William del arriate inferior, milady.

—Al infierno con el arriate inferior —repuso Bundle—. Que empiece enseguida. Además, MacDonald…

—Sí, milady.

—Corte algunas uvas del invernadero. Ya sé que no es el momento adecuado porque nunca lo es, pero quiero comer uvas. ¿Comprendido?

Bundle regresó a la biblioteca.

—Lo siento, papá —dijo—. Quería hablar con MacDonald. ¿Decías algo?

—En realidad, si —repuso lord Caterham—. Pero no importa. ¿De qué hablaste con MacDonald?

—Intentaba quitarle de la cabeza la idea de que es Dios Todopoderoso, pero es imposible. Supongo que los Coote habrán sido un incordio. No es hombre de preocuparse por una apisonadora por grande que sea. ¿Cómo es lady Coote?

Lord Caterham consideró la pregunta.

—Creo que ha ido a demasiadas funciones teatrales de aficionados. Al parecer, se sintió muy trastornada por el asunto de los despertadores.

—¿Que despertadores?

—Tredwell me lo acaba de contar. Al parecer, los invitados prepararon una broma y compraron varios despertadores, que escondieron en la habitación del joven Wade. Y luego, el pobre muchacho apareció muerto, lo que hizo que la broma resultara fúnebre.

Bundle asintió.

—Tredwell me contó algo más, bastante extraño, acerca de los relojes. —Prosiguió lord Caterham deleitándose en el relato—. Alguien los recogió para ponerlos encima de la repisa, en fila, cuando el pobre individuo estaba ya muerto.

—¿Por qué no había de hacerlo? —preguntó Bundle.

—Tampoco yo lo encuentro extraño. —Observó lord Caterham —. Pero, según dijo Tredwell, produjo cierta excitación. Nadie admitió haberlo hecho. La servidumbre fue interrogada y todos juraron no haberlos tocado. En realidad, constituye un misterio. El *coroner* hizo algunas preguntas acerca de ello en la investigación, y ya sabes lo difícil que es explicar cosas detalladamente a gente de esa clase.

—Sí —admitió Bundle.

—Desde luego —admitió lord Caterham— es muy difícil comprender algunas cosas después de que hayan sucedido. No comprendo el sentido de la mitad de las que Tredwell me ha contado. A propósito, Bundle, ese muchacho murió en tu habitación.

Bundle hizo un gesto de desagrado.

—¿Por qué tiene la gente que morir en mi habitación? —preguntó indignada.

—Esto es precisamente lo que yo decía. —Observó lord Caterham triunfalmente—. Muy desconsiderado. Todo el mundo es desconsiderado hoy en día.

—Pero no me importa. —Añadió Bundle valientemente—. ¿Por qué habría de importarme?

—Pues a mí me molestaría mucho —dijo su padre—. Soñaría cosas raras: manos espectrales y cadenas que entrechocan.

—Bien —observó Bundle—, te olvidas de que mi tía abuela Louise murió en tu cama. Me pregunto sino verás su espíritu inclinado sobre ti.

—Algunas veces sí —asintió lord Caterham con un estremecimiento—, sobre todo después de comer langosta.

—Gracias a Dios, no soy supersticiosa —afirmó Bundle.

Sin embargo, aquella noche, al sentarse ya en pijama frente al fuego de su habitación, sus pensamientos se dirigieron hacia aquel alegre y bobo Gerald Wade. Era imposible creer que alguien tan lleno de ganas de vivir pudiese suicidarse. No, la otra solución debía ser la correcta. Seguramente tomaba algún somnífero y, sin darse cuenta, ingirió una sobredosis. Eso era posible. Suponer cualquier otra cosa significaba atribuir a Gerry Wade una capacidad intelectual que no tenía.

Su mirada se fijo en la repisa y empezó a pensar en la historia de los despertadores. Su doncella le había hablado extensamente de ello, añadiendo un detalle que, al parecer, Tredwell no creyó digno de mencionar a lord Caterham, pero que excitó la curiosidad de Bundle.

Siete despertadores estaban puestos en hilera en la repisa y el otro se encontró en el césped, adonde había sido arrojado desde la ventana.

Bundle meditó sobre dicho detalle, que parecía una cosa perfectamente inútil y sin sentido. Podía muy bien imaginarse a una de las doncellas recogiendo los relojes y que, más tarde, temiendo verse envuelta en el caso, negara haberlos tocado. Pero seguramente ninguna de ellas hubiera arrojado un reloj al jardín.

¿Lo habría hecho el propio Gerry Wade cuando la campanilla le

despertó? No. También eso era imposible. Bundle recordaba haber oído decir que la muerte de Wade ocurrió a primeras horas de la madrugada y que, naturalmente, con anterioridad se produjo el estado comatoso.

Bundle frunció ceño. Aquel asunto de los relojes era ciertamente curioso. Tendría que hablar con Bill Eversleigh. Ella sabía que había sido uno de los invitados.

El pensamiento y la acción eran simultáneos en Bundle. Se dirigió a su pequeño escritorio, que se cerraba mediante una persiana enrollable. Cogió una hoja de papel y escribió:

Querido Bill:

Hizo una pausa para tirar de la bandeja del escritorio. Se había atascado como había sucedido en otras ocasiones. Bundle tiró de ella con impaciencia, pero no se movió. Recordó que, en una ocasión anterior, un sobre fue la causa del atasco. Cogió un cortapapeles y lo insertó en la ranura, moviéndolo en su interior hasta que asomó la esquina de una hoja de papel. Bundle la sacó. Era la primera página de una carta, algo arrugada.

La fecha le llamó la atención: 21 de septiembre.

—Veintiuno de septiembre —murmuró Bundle lentamente—. Ése fue seguramente el día…

Calló. Sí, estaba segura de ello. Gerry Wade fue encontrado muerto el día veintidós. Ésta era la carta que estaba escribiendo la víspera de la tragedia.

Bundle alisó el papel y leyó el texto. Estaba incompleto.

Mi querida Lorraine:

Llegaré a casa el miércoles. Me siento muy bien y contento. Será delicioso volverte a ver. Debes olvidar lo que te dije acerca de Seven Dials. Pensé que sería algo chistoso, pero no es así. Siento haberte hablado de ello. No es una cosa en la que muchachas como tú deban mezclarse. Olvídalo, ¿quieres?

Quería decirte algo más, pero tengo tanto sueño que no puedo mantener los ojos abiertos.

En cuanto a Lurcher, creo que…

Aquí terminaba la carta.

Bundle frunció el entrecejo. Seven Dials. ¿Dónde se encontraba aquel lugar? En alguno de los barrios bajos de Londres. Las palabras Seven Dials le recordaban algo más, pero, por el momento, no sabía qué. Su atención estaba fija en dos frases: «Me siento muy bien» y «tengo tanto sueño que no puedo mantener los ojos abiertos».

Eso no encajaba, porque aquella noche Gerry Wade tomó una dosis tan grande de cloral que no volvió a despertar. ¿Y por qué la había tomado si lo que escribió en la carta era verdad?

Bundle meneó la cabeza. Paseó la mirada por la habitación y se estremeció. Acaso Gerry Wade la estaba contemplando en aquel instante. Había muerto en aquella habitación.

Permaneció sentada, sin moverse. Sólo el
tic-tac
de su pequeño reloj de oro quebraba el silencio. Este sonido era desusadamente fuerte e imponente.

Bundle miró hacia la repisa. Un vivido retrato apareció en su imaginación. El muerto tendido en la cama y siete despertadores dejando oír su tic-tac en la repisa, fuertemente, ominosamente:
tic-tac
,
tic-tac
…

Capítulo V

EL HOMBRE DE LA CARRETERA

—Papá —dijo Bundle, abriendo la puerta del sanctasanctórum de lord Caterham y asomando la cabeza—, me voy a Londres en el Hispano Suiza. No puedo resistir más la monotonía de este lugar.

—Pero si llegamos ayer. —Se sorprendió lord Caterham.

—Ya lo sé, pero parece que hace cien años. Había olvidado lo aburrido que puede ser el campo.

—No estoy de acuerdo contigo. —Objetó lord Caterham—. Es pacífico; eso es, pacífico. Y muy cómodo. Me complace más de lo que puedes imaginar haber regresado a Chimneys y volver a disponer de Tredwell. Ese hombre se desvive por mi comodidad de la manera más extraordinaria. Alguien ha venido esta mañana preguntando si podrían celebrar una recuperación de las muchachas exploradoras en nuestro parque.

—Querrás decir reunión. —Le interrumpió Bundle.

—Reunión, recuperación, qué más da. Tener que negarme a ello me hubiera colocado en una situación muy embarazosa y es probable que hubiese dado mi consentimiento. Pero Tredwell me sacó de esa difícil situación. He olvidado ya lo que dijo. Era algo muy ingenioso que no podía herir los sentimientos de nadie, pero que dejaba la cosa muy clara.

—Yo no me conformo con la comodidad —dijo Bundle—. Quiero emoción.

Lord Caterham se estremeció.

—¿No tuvimos ya bastante hace cuatro años? —preguntó en tono quejumbroso.

—De eso hace ya mucho tiempo —repuso Bundle—. No confío

mucho en encontrar algo más de emoción en Londres, pero, por lo menos, no me dislocaré la mandíbula bostezando.

—Por mi experiencia —arguyó lord Caterham—, la gente que va en busca del peligro acaba encontrándolo. —Y bostezó largamente —. De todas maneras —prosiguió—, tampoco me importaría ir a la ciudad.

—Bien, entonces vamos —asintió Bundle—. Pero apresúrate, porque tengo prisa.

Lord Caterham había empezado a levantarse, pero al oír las palabras de su hija volvió a sentarse.

—¿Dices que tienes prisa? —preguntó con recelo.

—Muchísima —afirmó Bundle.

—Eso lo arregla todo —dijo lord Caterham—. No voy contigo. No es conveniente para un hombre de mi edad viajar contigo en el Hispano Suiza cuando quieres llegar rápidamente a alguna parte. Me quedaré aquí.

—Como quieras. —Observó Bundle saliendo de la biblioteca.

Entonces, entró Tredwell.

—El vicario desea verle, milord, para hablarle acerca de cierta infortunada controversia que se ha producido respecto al estatuto de la Brigada Juvenil.

Lord Caterham gruñó.

—Me pareció recordar, milord, que le había oído decir durante el desayuno que iría paseando hasta el pueblo esta mañana para hablar con el vicario de este asunto.

—¿Se lo ha dicho usted así? —preguntó lord Caterham con ansiedad en la voz.

—Sí, milord. Espero haber hecho bien.

—Claro que si, Tredwell. Usted siempre hace las cosas bien. No podría hacerlas de otra manera aunque se lo propusiera.

Tredwell sonrió benignamente y se retiró. Entretanto, Bundle hacía sonar la bocina ante la puerta del jardín mientras una niña salía corriendo de la caseta del guarda, apremiada por la voz de su madre.

—Corre, Katie. Debe ser milady, con tanta prisa como de costumbre.

Era característico de Bundle tener prisa, especialmente cuando estaba sentada al volante de un coche. Era buena conductora y

poseía una considerable habilidad y sangre fría. De lo contrario, su temerario modo de conducir hubiera acabado en desastre más de una vez.

Era un fresco día de octubre, con el cielo azul y el sol brillante. Los pinchazos del aire hicieron aflorar la sangre a las mejillas de Bundle y la llenaron de ganas de vivir.

Aquella mañana había remitido a Deane Priory la inacabada carta de Gerry Wade a Lorraine Wade, incluyendo unas líneas explicativas. La curiosa impresión que la carta le había causado quedaba algo disminuida a la luz del día, pero, sin embargo, seguía creyendo que requería una explicación. Intentaría ver a Bill Eversleigh y obtener de él detalles más completos de aquella tragedia. Entretanto, era una mañana magnífica y el Hispano Suiza corría como una exhalación.

Apretó el pie contra el acelerador y el Hispano Suiza respondió enseguida. Las millas pasaban veloces, había poco tránsito y Bundle tenía ante sí una larga recta.

Entonces, sin el menor aviso, un hombre salió, tambaleándose, de un seto y se metió en la calzada. Era imposible detener el coche a tiempo. Bundle viró rápidamente hacia la derecha. El coche casi volcó en la cuneta. Fue una maniobra peligrosa, pero tuvo éxito. Bundle tuvo casi la certeza de haber esquivado al hombre, evitando así una catástrofe.

Miró hacia atrás y sintió una desagradable sensación. El coche no lo había atropellado, pero, a pesar de todo, debió haberle dado de refilón al pasar. Estaba echado boca abajo en la carretera y yacía terriblemente inmóvil.

Bundle saltó del coche y corrió hacia él. Jamás había atropellado con su automóvil algo más importante que alguna gallina vagabunda. Que el accidente no hubiera sido culpa suya no mermaba su ansiedad. El hombre podría estar ebrio, pero ebrio o no, ella lo había matado. Estaba segura de ello. El corazón le latía fuertemente, resonándole en la cabeza.

Se inclinó sobre él y le dio la vuelta. No gruñó ni se quejó. Vio que se trataba de un hombre joven, de rostro agradable, elegantemente vestido y que lucía un pequeño bigote.

No había señal externa de herida alguna, pero tenía la certeza de que había muerto o se estaba muriendo. Los párpados del hombre

se movieron. Entreabrió los ojos. Eran lastimeros, como los de un perro. Parecía querer decir algo. Bundle volvió a inclinarse sobre él.

—Sí —dijo ella—. ¿Si?

Aquel hombre quería hablar, lo deseaba ardientemente y ella nada podía hacer para ayudarlo.

Por fin oyó las palabras, como un susurro.

—Seven Dials… dígale a…

El hombre quería pronunciar un nombre y apelaba para ello a todas sus desfallecidas fuerzas.

—Sí. ¿A quién se lo tengo que decir?

—Dígaselo a… Jimmy Thesiger…

Las palabras salieron de sus labios, y entonces, de pronto, la cabeza cayó hacia atrás y su cuerpo se relajó.

Bundle se sentó sobre sus talones, temblando de pies a cabeza. Jamás hubiera imaginado que podría sucederle algo tan horrible. Estaba muerto y ella lo había matado.

Trató de sobreponerse. ¿Qué debía hacer? Su primer pensamiento fue acudir a un médico. Era posible que aquel hombre sólo estuviera desvanecido y no muerto. Su instinto rechazaba esa posibilidad, pero ella se esforzaba en creerla. De una manera u otra, debía meterlo en el coche y llevarlo al médico más cercano. Aquella zona de la carretera estaba desierta y no había nadie que pudiera ayudarla.

A pesar de su esbeltez, Bundle era fuerte y tenía músculos de acero. Acercó el coche lo más posible y entonces, haciendo acopio de todas sus fuerzas, arrastró y tiró del cuerpo inanimado hasta meterlo en el vehículo. Fue algo terrible, pero hizo de tripas corazón y al fin lo consiguió.

Entonces, se puso al volante. Un par de millas más adelante, llegó a un pueblo y no tardó en encontrar la casa del médico.

El doctor Cassell, un hombre de mediana edad y rostro bondadoso, se sorprendió al entrar en su consultorio y encontrarse con una joven a punto de desmayarse.

Bundle habló con voz entrecortada.

—Creo… creo que he matado a un hombre. Lo atropellé. Está en el coche. Yo… conducía demasiado de prisa, supongo. Siempre he conducido así.

El doctor la miró con ojo práctico, se dirigió hacia una estantería

y vertió algo en un vaso.

—Beba esto —dijo— y se sentirá mejor.

Bundle obedeció y el color volvió a sus mejillas. El doctor asintió.

—Así está mejor. Ahora quiero que se siente tranquilamente aquí. Yo saldré y haré lo que tenga que hacer. Una vez me haya cerciorado de que nada puede hacerse por ese hombre, regresaré y me lo contará todo.

Estuvo ausente largo rato. Bundle miraba el reloj colocado sobre la repisa de la chimenea. Cinco minutos, diez, un cuarto de hora, veinte minutos… ¿No regresaría jamás el doctor?

La puerta se abrió y el doctor Cassell entró en el consultorio. Tenía un aspecto distinto, según observó Bundle enseguida: estaba más serio y alerta. Algo había en sus manera que ella no alcanzaba a comprender, como una excitación reprimida.

—Vamos a ver, señorita —dijo—. Cuénteme lo sucedido. Dice que atropello a ese hombre. Dígame exactamente cómo ocurrió el accidente.

Bundle lo explicó lo mejor que pudo. El doctor la escuchaba con atención.

—¿Y el coche no pasó por encima de él?

—No. En realidad, creí que había podido esquivarlo.

—¿Dice que se tambaleaba?

—Sí. Creí que estaba ebrio.

—¿Y salió del seto?

—Había un portalón en el seto. Debió salir por allí.

El doctor asintió, después se recostó en la silla y se quitó los quevedos.

—No me cabe la menor duda —dijo— de que conduce usted de forma muy arriesgada y que, uno de estos días, quizás atropellé a alguien. Sin embargo, hoy no lo ha hecho.

—Pero…

—El coche no lo tocó. *Ese hombre ha muerto de un tiro*.

Capítulo VI

OTRA VEZ SEVEN DIALS

Bundle lo miró asombrada. Poco a poco, el mundo, que desde hacía tres cuartos de hora estaba al revés, recobró la posición normal. Transcurrieron dos minutos antes de que Bundle hablara, pero cuando lo hizo no era ya aquella muchacha aterrorizada, sino la verdadera Bundle, fría, serena, eficiente y lógica.

—¿Cómo pudo ser herido de un balazo? —preguntó.

—No lo sé —repuso el médico secamente—, pero lo fue. Tiene una bala de fusil en el cuerpo. Tuvo una hemorragia interna; por ello usted no descubrió lesión alguna.

Bundle asintió.

—La cuestión es —prosiguió el doctor—: ¿quién disparó contra él? ¿No vio usted a nadie por allí?

Bundle negó con la cabeza.

—Es extraño. —Observó el médico—. De tratarse de un accidente, lo más natural sería que el causante saliera corriendo para prestar auxilio, a menos, naturalmente, que no supiera lo sucedido.

—No había nadie por allí —afirmó Bundle—. En la carretera, quiero decir.

—Supongo —prosiguió el médico—, que ese pobre muchacho debía estar corriendo y que la bala lo alcanzó cuando cruzaba el portalón, con la consecuencia de que salió a la carretera tambaleándose. ¿No oyó ningún disparo?

Bundle dijo que no con un gesto.

—Es difícil oír nada con el ruido del coche —contestó.

—Tiene razón. ¿No dijo nada al morir?

—Murmuró algunas palabras.

—¿Nada que pueda arrojar alguna luz sobre la tragedia?

—No. Quería que comunicara algo, no sé qué, a un amigo suyo. ¡Ah, sí! Y mencionó Seven Dials.

—¡Ajá! —exclamó el doctor—. No es un lugar apropiado para uno de su clase. Acaso el asaltante proviene de ese barrio. No debemos preocuparnos por esto ahora. Déjelo todo en mis manos. Yo lo notificaré a la policía. Desde luego, tendrá que darme su nombre y dirección, porque la policía seguramente querrá interrogarla. En realidad, quizá fuera mejor que me acompañara a la comisaría ahora. Podrían molestarse conmigo por haberla dejado marchar.

Fueron juntos en el coche de Bundle. El inspector de policía era un hombre de hablar lento. Se sintió abrumado por el nombre de Bundle y su dirección, y le escribió su declaración con mucho cuidado.

—¡Chicos! —exclamó—. Ha sido eso. Los chicos practicando. Son unos estúpidos. Disparan a los pájaros sin consideración alguna por quien pueda encontrarse al otro lado de un matorral.

El médico pensó que no era una solución muy lógica, pero comprendió que el caso estaría pronto en mejores manos y no juzgó oportuno hacer objeciones.

—¿Cuál es el nombre del muerto? —preguntó el sargento, humedeciendo la punta del lápiz.

—Llevaba un tarjetero. Al parecer se trata de Mr. Ronald Devereux, con residencia en Albany.

Bundle frunció el ceño. Aquel nombre le recordaba algo. Estaba segura de haberlo oído con anterioridad.

Sólo cuando estaba a medio camino de regreso a Chimneys, lo recordó. ¡Desde luego! Ronny Devereux, el amigo de Bill en el Foreign Office. Él y Bill, y, eso era, Gerald Wade.

La sorpresa fue tal que Bundle casi se salió de la carretera. Primero, Gerald Wade, después, Ronny Devereux. La muerte de Gerry Wade pudo deberse a un descuido, pero la de Ronny Devereux tenía sin duda una interpretación más siniestra.

Entonces, Bundle recordó algo más. ¡Seven Dials! Cuando el moribundo lo dijo le resultó familiar. Ahora sabía la razón: Gerald Wade mencionaba Seven Dials en la última carta a su hermana, que

había empezado a escribir la víspera de su muerte. Y aquello estaba relacionado con algo cuya comprensión se le escapaba.

Con la mente ocupada en estas cosas, Bundle conducía tan despacio que nadie la hubiera reconocido. Llevó el coche al garaje y fue en busca de su padre.

Lord Caterham estaba tranquilamente leyendo el catálogo de unas ediciones raras que se ponían próximamente a la venta y se sintió enormemente asombrado al ver a Bundle.

—Incluso para ti es imposible haber ido a Londres y regresar en tan poco tiempo.

—No he estado en Londres —repuso Bundle—. Atropellé a un hombre.

—¿Cómo?

—Sólo que en realidad no lo hice. Le dispararon.

—¿Cómo le dispararon?

—No sé cómo, pero le dispararon.

—¿Por qué disparaste contra él?

—Yo no lo hice.

—No deberías disparar contra la gente —dijo lord Caterham con un suave tono de reproche—. No deberías hacerlo. Me atrevo a decir que muchos se lo merecen, pero hacerlo no te traerá sino disgustos.

—Te digo que no disparé contra él.

—¿Entonces, quién lo hizo?

—Nadie lo sabe —repuso Bundle.

—¡Tonterías! —exclamó lord Caterham—. No es posible disparar contra un hombre y atropellado sin que nadie lo haya hecho.

—No fue atropellado —dijo Bundle.

—Pensaba que tú lo habías hecho.

—Dije que pensaba haberlo hecho.

—Probablemente, fue el estallido de un neumático. —Observó lord Caterham—. A veces suenan como los disparos. Así lo dicen las novelas de detectives.

—Eres verdaderamente imposible, papá. Parece que tengas menos cerebro que un conejo.

—En absoluto —protestó lord Caterham—. Vienes con una absurda historia de un hombre atropellado y con una bala en el cuerpo y no sé cuántas cosas más y esperas que yo lo comprenda

todo por arte de magia.

Bundle suspiró resignada.

—Préstame atención —dijo ella—. Te lo contaré en palabras de una sílaba. —Le relató lo sucedido y al acabar añadió—: Ya está. ¿Lo has comprendido ahora?

—Desde luego. Todo está muy claro. Comprendo que estuvieras agitada, querida. No estaba muy equivocado cuando antes de irte te dije que quien buscaba el peligro acababa por encontrarlo. Me complace mucho —acabó lord Caterham con un ligero temblor—, haberme quedado aquí.

Volvió a hojear el catálogo.

—¿Dónde está Seven Dials, papá?

—En alguna parte del East End, supongo. Algunas veces he visto autobuses que van allí. ¿O será, acaso, Seven Sisters? Jamás he estado allí, afortunadamente, porque imagino que es un lugar que no me gustaría. Sin embargo, tengo la curiosa impresión de haber oído hablar de él no hace mucho en relación a alguna cosa.

—¿Conoces a Jimmy Thesiger, verdad?

Lord Caterham estaba nuevamente absorto en la lectura del catálogo. Había hecho un esfuerzo por mostrarse inteligente sobre el asunto de Seven Dials, pero esta vez no lo hizo.

—Thesiger —murmuró vagamente—, Thesiger. ¿Uno de los Thesiger de Yorkshire?

—Es lo que te estoy preguntando. Préstame atención, papá. Es muy importante.

Lord Caterham hizo un desesperado esfuerzo por parecer inteligente sin tener que pensar demasiado en lo que se le preguntaba.

—Hay algunos Thesiger en Yorkshire —dijo animado—. Y si no me equivoco, también los hay en Devonshire. Tu tía abuela Selina se casó con un Thesiger.

—¿Y de qué me sirve eso? —exclamó Bundle.

Lord Caterham soltó una risita.

—De poco le sirvió a ella también, sino recuerdo mal.

—Eres imposible —repitió Bundle levantándose—. Tendré que buscar a Bill.

—Sí, querida —contestó su padre pasando una hoja—. Ciertamente. Desde luego.

Bundle se levantó con un suspiro de impaciencia.

—Quisiera poder recordar lo que decía aquella carta —murmuró, casi para sí misma—. No la leí con mucha atención. Algo sobre una broma, que Seven Dials no era ningún chiste.

Lord Caterham levantó súbitamente la vista del catálogo.

—¿Seven Dials? —dijo—. Desde luego, ahora lo recuerdo.

—¿Qué recuerdas?

—Por qué me sonaba familiar. George Lomax ha estado aquí. Por una vez Tredwell ha fallado y lo dejó pasar. Iba a la ciudad. Parece que la próxima semana habrá una reunión política en la Abadía y que ha recibido una carta de aviso.

—¿Qué quieres decir con una «carta de aviso»?

—En realidad, no lo sé. No entró en detalles. Creo que decía «Cuidado» y «El peligro amenaza» y todas esas cosas. Pero fue escrita en Seven Dials. Recuerdo claramente que él lo dijo. Iba a consultar con Scotland Yard. Ya sabes cómo es George.

Bundle asintió. Conocía bien a aquel animoso servidor público, George Lomax, subsecretario permanente de Estado de Su Majestad para los asuntos extranjeros, a quien muchos evitaban debido a su costumbre de recitar en privado sus discursos públicos. A causa de sus ojos saltones muchas personas, entre las cuales se contaba Bill Eversleigh, le conocían con el mote de «El besugo».

—Dime —preguntó—. ¿«El besugo» estaba interesado por la muerte de Gerald Wade?

—Creo que no, aunque bien podía estarlo.

Bundle permaneció en silencio durante algunos minutos. Se esforzaba en recordar con exactitud qué decía la carta que había mandado a Lorraine Wade y, al mismo tiempo, imaginarse cómo era la muchacha a la que iba dirigida. ¿Cómo sería aquella chica a la que, al parecer, Gerald Wade quería tanto? Cuanto más pensaba en ella, más le parecía que no era la clase de carta que un hermano escribiría a su hermana.

—¿Dijiste que la chica Wade era sólo medio hermana de Gerry? —preguntó súbitamente.

—Bien, desde luego, estrictamente hablando, supongo que no era, quiero decir que no era, su hermana en absoluto.

—Pero ¿se llama Wade?

—En realidad, no. No era hija del viejo Wade. Como te dije, él

se escapó con su segunda esposa, que estaba casada con un truhán. Supongo que el tribunal le concedería al marido rufián la custodia de la hija, pero él ciertamente no usó ese privilegio. El viejo Wade quería mucho a la niña e insistió en que llevara su apellido.

—Ya comprendo —observó Bundle—. Eso lo explica todo.

—¿Qué es lo que lo explica todo?

—Algo que me extrañó acerca de una carta.

—Creo que es una muchacha bastante bonita —dijo lord Caterham—. O es lo que he oído decir.

Bundle se dirigió a sus habitaciones, pensativa. Tenía varias cosas que hacer. Primero debía encontrar a ese Jimmy Thesiger. Acaso Bill pudiera ayudarla a conseguirlo. Ronny Devereux había sido amigo de Bill. Si Jimmy Thesiger lo era de Ronny, era posible que Bill también lo conociera.

Después estaba Lorraine Wade, que quizá pudiera arrojar alguna luz sobre la cuestión de Seven Dials. Evidentemente, Gerry Wade le había dicho algo al respecto. Su ansiedad para que lo olvidara tenía un viso trágico y siniestro.

Capítulo VII

BUNDLE HACE UNA LLAMADA

Encontrar a Bill no ofrecía dificultad alguna. Al día siguiente por la mañana, Bundle fue a Londres con su coche —esta vez sin aventuras por el camino— y lo llamó por teléfono. Bill dio grandes muestras de alegría e hizo varías sugerencias en cuanto a comer, tomar el té, cenar y bailar. Bundle las rechazó todas.

—Dentro de uno o dos días volveré y saldré contigo, pero por el momento estoy muy ocupada.

—¡Oh! —exclamo Bill—. Qué aburrimiento.

—No, no lo es —repuso Bundle—. Es cualquier cosa menos aburrido. ¿Conoces a alguien que se llame Jimmy Thesiger?

—Sí, y también tú.

—No, yo no.

—Claro que sí. Todo el mundo conoce a Jimmy.

—Lo siento —dijo ella—, pero por una vez parece que no soy todo el mundo.

—Pero debes conocerlo —insistió Bill—. Un tipo con la cara rosada. Tiene pinta de borrico, pero en realidad tiene tanto cerebro como yo.

—¡No me digas! —repuso Bundle—. La cabeza le debe pesar bastante cuando anda.

—¿Quieres ser sarcástica? —preguntó Bill.

—Hago un débil esfuerzo por serlo. ¿A qué se dedica Jimmy Thesiger?

—¿Qué quieres decir con «a qué se dedica»?

—¿Acaso pertenecer al Foreign Office te impide comprender tu propio idioma?

—¡Ah, ya entiendo! Quieres saber si tiene algún empleo. No. Sólo ronda por ahí. ¿Por qué habría de trabajar?

—Más dinero que cerebro, ¿eh?

—Yo no diría eso. Te he dicho que tiene más cerebro de lo que parece.

Bundle permaneció en silencio. Dudaba más y más. Aquel joven ocioso no parecía ser un aliado que prometiera mucho. Sin embargo, su nombre había sido lo primero en acudir a los labios del moribundo.

—Ronny aprecia mucho la inteligencia de Jimmy —dijo Bill—. Ya sabes, Ronny Devereux. Thesiger es su mejor amigo.

—Ronny…

Bundle calló, indecisa. Estaba claro que Bill no sabía nada de la muerte de su amigo. Entonces le pareció extraño que los periódicos de la mañana no mencionaran el caso. Era una noticia demasiado jugosa como para pasarla por alto. Sólo podía haber una explicación: por razones desconocidas, la policía ocultaba el asunto.

Bill seguía hablando.

—Hace la mar de tiempo que no he visto a Ronny, desde el fin de semana en tu casa, cuando el pobre Gerry Wade murió.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Supongo que estarás enterada de eso. ¡Oye, Bundle!: ¿Estás ahí todavía?

—Claro que sí.

—No has dicho esta boca es mía en mucho rato. Empezaba a creer que habías colgado.

—No. Estaba pensando en algo.

¿Comunicaría a Bill la muerte de Ronny? Decidió que no era algo que debía decirse por teléfono. Pero pronto, muy pronto, debería reunirse con él. Entretanto…

—Bill…

—Dime.

—Quizás cene contigo mañana.

—¡Magnífico! Y después iremos a bailar. Tengo muchas cosas que contarte. En realidad, he tenido una mala suerte espantosa.

—Mañana me lo contarás —le interrumpió Bundle—. ¿Quieres darme ahora la dirección de Jimmy Thesiger?

—¿Jimmy Thesiger?

—Eso es lo que he dicho.

—Vive en Jeremyn Street… ¿O es, acaso, la otra calle?

—Exprímete ese magnífico cerebro que tienes.

—Sí, Jeremyn Street. Espera y te daré el número.

Hubo una pausa.

—¿Estás todavía ahí?

—Siempre estoy ahí.

—Uno nunca sabe con estos condenados teléfonos. Es el número 103. ¿Lo tienes?

—Sí. Gracias, Bill.

—Sí, pero ¿para qué lo quieres? Me dijiste que no lo conocías.

—No, pero dentro de media hora lo conoceré.

—¿Vas a su apartamento?

—Correcto, Sherlock.

—Pero si todavía no se habrá levantado.

—¿No?

—Creo que no. Quiero decir: ¿quién se levanta a esta hora sino tiene por qué hacerlo? Míralo desde este punto de vista. No tienes idea de cuánto me cuesta llegar aquí cada mañana a las once. Cuando me retraso, «El besugo» pone el grito en el cielo. No puedes imaginarte lo terrible que es esta vida, Bundle.

—Mañana por la noche me lo contarás todo —dijo Bundle apresuradamente.

Colgó el auricular y analizó la situación. Primero consultó la hora. Eran las doce menos veinticinco. A pesar del conocimiento de las costumbres de su amigo que Bill tenía, creyó que Mr. Thesiger estaría ya a aquella hora en situación de recibir visitas y tomó un taxi para dirigirse al número 103 de la calle Jeremyn.

Le abrió la puerta el ejemplo ideal del mayordomo retirado. Su rostro, cortés y desprovisto de toda expresión, era uno de los que se encontraban por decenas en aquel aristocrático barrio de Londres.

—¿Quiere usted venir por aquí, madame?

La llevó arriba, a un salón extremadamente cómodo, provisto de enormes sillones de piel. Sumida en una de aquellas monstruosidades había otra muchacha más joven que Bundle, pequeña, de cabello rubio, vestida de negro.

—¿A quién debo anunciar, madame?

—No daré mi nombre —dijo Bundle—. Quiero ver a Mr.

Thesiger por un asunto importante.

El mayordomo se retiró con una inclinación, cerrando la puerta tras de sí. Hubo una pausa.

—Es un bonito día —dijo la muchacha rubia tímidamente.

—Muy bonito —asintió Bundle. Se produjo otra pausa.

—He venido del campo en coche esta mañana —dijo Bundle iniciando una conversación— y pensé que íbamos a tener una de esas terribles nieblas. Pero no ha sido así.

—No —repuso la otra muchacha—, no lo ha sido. Yo también he venido del campo. —Prosiguió.

Bundle la miró con mayor atención. Se había sentido ligeramente disgustada al encontrar a aquella muchacha allí. Ella pertenecía a la clase de personas que gustan de ir derechas al grano y pensó que tendría que librarse de la otra antes de poder hablar del asunto que la había llevado allí. No era algo que pudiera ser tratado delante de desconocidos.

Pero al mirarla atentamente se le ocurrió una idea extraordinaria. ¿Podría ser? La muchacha llevaba luto riguroso. Era algo arriesgado, pero Bundle creyó estar en lo cierto. Se armó de valor.

—Óigame —dijo—. ¿Es usted, por casualidad, Lorraine Wade?

Lorraine la miró asombrada.

—Sí. ¿Cómo ha podido adivinarlo si no nos conocemos?

Bundle hizo un gesto de satisfacción.

—Sin embargo, ayer le escribí. Soy Bundle Brent.

—Fue usted muy amable al mandarme la carta de Gerry —dijo Lorraine—. Le he contestado dándole las gracias. Jamás hubiera esperado encontrarla aquí.

—Voy a decirle lo que me ha traído aquí —repuso Bundle—. ¿Conocía usted a Ronny Devereux?

Lorraine asintió.

—Estuvo en casa el día en que Gerry… Después ha venido a verme una o dos veces. Era uno de sus mejores amigos.

—Lo sé. Bien, pues ha muerto.

Lorraine abrió la boca, sorprendida.

—¡*Muerto*! Pero si parecía rebosante de salud.

Bundle le contó los sucesos del día anterior lo más brevemente posible. Una expresión de miedo y horror se retrató en el rostro de

Lorraine.

—Entonces *es* verdad, *es* verdad.

—¿Qué es verdad?

—Lo que he pensado, lo que he estado pensando durante estas últimas semanas. Gerald no murió de muerte natural. Fue asesinado.

—¿Usted ha pensado eso?

—Sí. Gerry no hubiera tomado somníferos jamás. —Dejó escapar una breve risa—. Dormía demasiado bien para necesitarlos. Siempre me pareció extraño, y a él también. Yo sé que así lo creía.

—¿Quién?

—Ronny. Y ahora sucede esto y él ha sido asesinado. —Hizo una pausa y prosiguió—: Por eso vine aquí hoy. Tan pronto recibí la carta de Gerry que usted me mandó, quise ver a Ronny, pero me dijeron que no estaba. Entonces pensé en venir a ver a Jimmy, que era un buen amigo de Ronny. Creí que quizá él me diría lo que debía hacer.

—Quiere decir… —Bundle hizo una pausa—… acerca de Seven Dials.

Lorraine asintió. Se disponía a hablar, pero en aquel momento Jimmy Thesiger entró en el salón.

Capítulo VIII

JIMMY RECIBE VISITAS

Al llegar a este punto, debemos retroceder unos veinte minutos, al momento en que Jimmy Thesiger, que emergía de la niebla del sueño, tuvo conciencia de que una voz conocida le decía palabras extrañas. Su mente intentó hacerse cargo de la situación, pero no lo logró. Bostezó y se dio la vuelta.

—Una señorita desea verlo, señor.

La voz era implacable. Estaba tan dispuesta a repetir aquellas palabras una y otra vez que Jimmy se resignó a lo inevitable. Abrió los ojos y parpadeó.

—¿Qué dice, Stevens? —preguntó—. Repítalo.

—Una señorita desea verlo, señor.

—¡Oh! —Jimmy hizo un esfuerzo para comprender—. ¿Para qué?

—No lo sé, señor.

—No, supongo que no. —Pareció pensar en ello—. No, claro que no.

Stevens recogió la bandeja junto a la cama.

—Le traeré té recién hecho, señor. Éste está frío.

—¿Cree usted que debo levantarme y recibir a esa señorita?

Stevens no respondió, pero mantuvo la espalda bien erguida, y Jimmy entendió la señal correctamente.

—Está bien. —Cedió Jimmy—. Supongo que deberé verla. ¿Ha dado su nombre?

—No, señor.

—¿No será, por casualidad, mi tía Jemima? Porque, si es ella, no me levanto.

—La señorita, señor, no puede ser tía de nadie, a menos que sea el miembro más joven de una familia notablemente numerosa.

—¡Ajá! —Reaccionó Jimmy—. Joven y adorable. ¿Cómo es?

—La joven señorita, señor, es indudablemente *comme il faut*, si puedo permitirme emplear esta expresión.

—Puede usarla —dijo Jimmy, condescendiente—. Su pronunciación francesa, Stevens, si me permite decirle, es muy buena. Mucho mejor que la mía.

—Me complace escucharlo, señor. Últimamente he seguido un curso de francés por correspondencia.

—¿De verdad? Es usted maravilloso, Stevens.

Stevens sonrió con aire de superioridad y salió de la habitación.

Jimmy permaneció echado en la cama, tratando de recordar los nombres de las muchachas jóvenes y adorables, estrictamente *comme il faut*, que pudieran visitarlo en su casa.

El mayordomo regresó con el té recién hecho, y Jimmy se lo tomó mientras se sentía picado por una agradable curiosidad.

—Supongo, Stevens, que le habrá facilitado algún periódico para que se entretenga —dijo.

—Sí, señor, el *Morning Post* y el *Punch*, señor.

El timbre de la puerta le hizo salir nuevamente. A los pocos momentos, regresó.

—Otra señorita, señor.

—¿Cómo?

Jimmy se agarró la cabeza con ambas manos.

—Otra señorita, señor. No quiere dar su nombre, pero dice que debe tratar un asunto muy importante.

Jimmy le miró asombrado.

—Todo eso es muy extraño, Stevens, muy extraño. ¿A qué hora regresé anoche?

—A las cinco, señor.

—¿Y cómo… cómo estaba?

—Algo alegre, señor, sólo alegre. Se sentía inclinado a cantar «Rule Britannia».

—¡Qué extraordinario! —dijo Jimmy—. «Rule Britannia», ¿eh? No me imagino a mi mismo cantando «Rule Britannia» estando sobrio. Algún patriotismo latente sacado a la superficie por el estímulo de un par de copas de más. Estaba celebrando algo en

Mustard and Cress[2], según recuerdo. No es un sitio tan inocente como su nombre parece indicar, Stevens. —Hizo una pausa—. Me pregunto…

—¿Si, señor?

—Me pregunto si, estando bajo el influjo de este estímulo, no habré puesto un anuncio en el periódico pidiendo una niñera o algo por el estilo.

Stevens tosió.

—Dos muchachas. Parece raro. En el futuro, tendré que evitar el *Mustard and Cress*. Es una bonita palabra, Stevens: evitar. El otro día la vi en un crucigrama y me gustó.

Jimmy se vestía rápidamente mientras hablaba. Diez minutos más tarde, estaba preparado para recibir a sus desconocidas visitantes. Al abrir la puerta de la sala, la primera persona a quien vio fue a una muchacha de cabello oscuro, esbelta, que le era totalmente desconocida. Estaba de pie junto a la chimenea. Entonces, sus ojos se dirigieron hacia un enorme sillón de piel y su corazón latió apresuradamente. ¡Lorraine!

Ella se levantó y habló primero, con cierto nerviosismo.

—Debes estar muy sorprendido de verme, pero tenía que venir. Enseguida te explicaré el motivo. Ésta es lady Eileen Brent.

—Bundle, así es como suelen llamarme. Probablemente habrá oído hablar de mí a Bill Eversleigh.

—¡Oh, sí, naturalmente! —repuso Jimmy, tratando de hacerse cargo de la situación—. Siéntense y tomemos un cóctel o lo que sea.

Los dos muchachas declinaron el ofrecimiento.

—En realidad —prosiguió Jimmy— acabo de levantarme de la cama.

—Eso me dijo Bill —observó Bundle—. Cuando le dije que venía a verle, me aseguró que estaría usted durmiendo aún.

—Pero ahora ya estoy levantado —repuso Jimmy.

—Es sobre Gerry —dijo Lorraine—. Y ahora, sobre Ronny…

—¿Que quieres decir con ese «ahora acerca de Ronny»?

—Ayer lo mataron de un tiro.

—¿Qué? —gritó Jimmy.

Bundle repitió el relato por segunda vez.

Jimmy escuchaba como si estuviera soñando.

—El viejo Ronny… muerto —murmuró—. ¿Qué demonios es

todo este asunto?

Se sentó en el borde de un sillón, permaneciendo pensativo durante un par de minutos y después habló con voz queda.

—Hay algo que debería decirles.

—Si —dijo Bundle animándolo.

—Fue el día en que Gerry Wade murió. Cuando íbamos a tu casa para darte la noticia —dijo, señalando a Lorraine con un movimiento de cabeza—, Ronny me contó algo. Es decir, empezó a contármelo. Había algo que quería decirme, pero después dijo que estaba ligado por una promesa y no siguió hablando.

—Ligado por una promesa —repitió Lorraine pensativa.

—Eso dijo. Naturalmente, no insistí. Pero él se comportaba de una manera extraña, muy extraña. Entonces, tuve la impresión de que sospechaba algo y creí que se lo diría al doctor, pero ni siquiera lo sugirió. Después pensé que acaso me había equivocado y más tarde todo pareció tan claro que creí que mis sospechas eran totalmente infundadas.

—Pero ¿cree que Ronny seguía sospechando? —preguntó Bundle.

Jimmy asintió.

—Eso pienso ahora. Ninguno de nosotros le volvió a ver vivo desde entonces. Creo que estaba tratando de averiguar por su cuenta la verdad acerca de la muerte de Gerry. Es más, estoy convencido de que lo averiguó. Por eso lo mataron. Entonces trató de avisarme, pero sólo pudo pronunciar esas dos palabras.

—Seven Dials —dijo Bundle estremeciéndose ligeramente.

—Seven Dials —asintió Jimmy con gravedad—. Por lo menos, tenemos esto como punto de partida.

Bundle se volvió hacia Lorraine.

—Iba usted a decirme…

—¡Ah, sí! Primero, acerca de la carta. —Se dirigió a Jimmy—. Gerry dejó una carta. Lady Eileen…

—Bundle.

—Bundle la encontró. —Le explicó las circunstancias en pocas palabras.

Jimmy la escuchaba, muy interesado. Era lo primero que sabía acerca de la carta. Lorraine la sacó del bolso y se la alargó. La leyó y después miró a la muchacha.

—Ahora puedes ayudarnos. ¿Qué es eso que Gerry quería que olvidaras?

Lorraine frunció el ceño, perpleja.

—Me resulta muy difícil recordarlo exactamente ahora. Por error, abrí una carta de Gerry. Recuerdo que estaba escrita en papel barato y con letra bastante difícil de leer. La encabezaba una dirección en Seven Dials. Entonces me di cuenta de que no era para mí y volví a meterla en el sobre sin leerla.

—¿Estás segura? —preguntó Jimmy suavemente.

Lorraine rió por vez primera.

—Sé lo que piensas y admito que las mujeres somos curiosas, pero esa carta ni siquiera parecía interesante. Era una lista de nombres y fechas.

—Nombres y fechas —repitió Jimmy pensativo.

—A Gerry no pareció importarle mucho —prosiguió Lorraine—. Se rió. Me preguntó si había oído hablar de la Mafia alguna vez y entonces comentó que sería curioso que una sociedad así funcionara en Inglaterra, porque los ingleses no eran aficionados a esas cosas secretas. «Nuestros criminales —observó— no tienen una imaginación tan pintoresca».

Jimmy silbó por lo bajo.

—Estoy empezando a comprender —dijo—. Seven Dials debe ser el cuartel general de alguna sociedad secreta. Como dice en la carta que estaba escribiéndote, al principio debió parecerle una broma. Así lo afirma. Y hay algo más: su ansiedad porque olvidaras lo que él te había dicho. Sólo puede haber una razón para ello: si esa sociedad sospechara que sabes algo, entonces estarías en peligro. Gerald se dio cuenta y estaba terriblemente preocupado por ti.

Hizo una pausa y luego continuó en voz baja:

—Imagino que todos corremos peligro si decidimos seguir adelante en este asunto.

—¿Si decidimos? —exclamó Bundle indignada.

—Estoy hablando de ustedes dos. Es diferente en lo que a mí respecta. Yo era amigo del pobre Ronny —miró a Bundle—. Usted ha cumplido su cometido comunicándome su mensaje. No, por el amor de Dios, usted y Lorraine no deben mezclarse en esto.

Bundle interrogó con la mirada a la otra muchacha. Ella ya había decidido, pero evitó dar ninguna pista en aquel momento. No

deseaba empujar a Lorraine Wade a una misión tan peligrosa como aquélla.

Pero el rostro de Lorraine brilló de indignación.

—¿Crees por un momento que yo podría mantenerme al margen cuando han matado a Gerry, a mi querido Gerry, el hermano mejor, más cariñoso y más bondadoso que ninguna chica haya tenido? ¡Era la única persona que tenía en el mundo!

Jimmy se aclaró la garganta, incómodo. Lorraine, pensó, era maravillosa, sencillamente maravillosa.

—Mira —dijo vacilante—. No debes decir eso de que te encuentras sola en el mundo. Tienes muchos amigos que estaremos contentos de hacer por ti cuanto podamos. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Es posible que ella comprendiera, pues se sonrojó y, para cubrir su azoramiento, empezó a hablar con nerviosismo.

—Está decidido —dijo ella—. Haré cuanto pueda y nadie podrá impedírmelo.

—Y yo también, desde luego —afirmó Bundle.

Ambas miraron a Jimmy.

—Sí —repuso él—. Sí, ya veo.

Una vez más le miraron.

—Estaba pensando —siguió diciendo Jimmy— cómo vamos a empezar.

Capítulo IX

PLANES

Las palabras de Jimmy llevaron la discusión a un terreno más práctico.

—En realidad —dijo— no tenemos mucho en que basarnos. Sólo las palabras Seven Dials, y ni siquiera sé dónde está. No podemos registrar todo aquel barrio, casa por casa.

—Quizá si —dijo Bundle.

—Quizá podría hacerse, si es necesario, aunque no estoy muy seguro de ello. Imagino que debe tratarse de un barrio muy poblado. No sería sutil.

Esa palabra le recordó a Socks y sonrió.

—Después, naturalmente, tenemos el lugar en el que Ronny fue asesinado. Podríamos investigar por allí, pero la policía seguramente estará ya haciéndolo y, desde luego, mucho mejor que nosotros.

—Lo que me gusta de usted —observó Bundle sarcástica— es su alegre y optimista disposición.

—No le hagas caso, Jimmy —dijo Lorraine—. Sigue.

—No sea tan impaciente —repuso Jimmy dirigiéndose a Bundle —. Los mejores investigadores examinan los casos de esta forma, eliminando toda investigación innecesaria. Ahora, veamos la tercera alternativa: la muerte de Gerald. Sabemos que fue asesinado… A propósito, ustedes lo creen así, ¿no es verdad?

—Sí —dijo Lorraine.

—Sí —dijo Bundle.

—Magnífico. Yo también. Bien, me parece que es ahí donde podemos averiguar algo. Después de todo, si Gerry no tomaba

cloral, alguien debe de haber entrado en su habitación, haberlo puesto allí y disuelto en el vaso para que cuando se despertara lo bebiera. Naturalmente, dejó la caja o el frasco vacío. ¿Están de acuerdo conmigo?

—Sí —repuso Bundle despacio—, pero…

—Espere. Y ese alguien debía encontrarse en la casa. No pudo ser alguien del exterior.

—No —concedió Bundle.

—Muy bien. Eso limita el campo considerablemente. Para empezar, supongo que muchos de los criados ya lo eran de su familia.

—Sí —asintió Bundle—. Casi todos ellos se quedaron cuando la casa fue alquilada. Los principales siguen allí todavía. Desde luego, ha habido algunos cambios en cuanto a los menos importantes.

—Exactamente. A eso es a lo que iba. Usted —se dirigió a Bundle— debe encargarse de este aspecto de la cuestión. Averigüe cuándo se contrataron nuevos criados. ¿Qué hay de los lacayos, por ejemplo?

—Uno de ellos es nuevo. Se llama John.

—Bien, haga averiguaciones sobre John. Y también acerca de cualquier otro que haya sido admitido hace poco tiempo.

—Supongo —dijo Bundle despacio— que debió ser un criado quien lo hiciera. Pero ¿no podría haber sido uno de los invitados?

—No me parece posible.

—¿Quiénes estaban allí?

—Había tres muchachas: Nancy, Helen y Socks…

—¿Socks Daventry? La conozco.

—Acaso fuera ella. Siempre dice que las cosas son sutiles.

—Ésa es Socks. Sutil es una de sus palabras favoritas.

—Y también estábamos Gerry Wade y yo, Bill Eversleigh y Ronny. Y desde luego, sir Oswald y lady Coote. ¡Oh! Y Pongo.

—¿Quién es Pongo?

—Su nombre es Bateman, secretario del viejo Coote. Es un tipo con aire solemne, pero muy concienzudo. Fui al colegio con él.

—No parece haber ningún sospechoso entre los mencionados. —Observó Lorraine.

—No, no lo hay —repuso Bundle—. Como usted dice, habrá que buscar entre los criados. A propósito, ¿cree usted que puede tener

alguna importancia el hecho de que uno de los despertadores fuera arrojado por la ventana?

—¿Un despertador arrojado por la ventana? —Repitió Jimmy asombrado.

Era la primera vez que tenía noticia de ello.

—No puedo comprender qué relación puede haber. —Observó Bundle—. Es un hecho raro que parece carecer de sentido.

—Ahora recuerdo —dijo Jimmy hablando lentamente— que entré a ver al pobre Gerry y vi los despertadores alineados en la repisa. Sólo había siete, no ocho.

Se estremeció ligeramente e intentó explicarse.

—Lo siento, pero esos despertadores siempre me han dado cierta aprensión. Algunas veces he soñado con ellos. Odiaría tener que entrar en esa habitación de noche y verlos allí alineados.

—No podría verlos en la oscuridad. —Objetó Bundle con sentido práctico—. A menos que tuvieran esferas luminosas. ¡Oh! —exclamó, afluyéndole la sangre a las mejillas—. ¿No comprenden? ¡*Seven Dials*!

Los otros la miraron, sin comprender, pero ella insistió con creciente vehemencia.

—Debe ser eso. Es imposible que se trate de una coincidencia.

Se produjo una pausa.

—Acaso tenga usted razón —dijo Jimmy Thesiger finalmente—. Es… es muy extraño.

Bundle empezó a interrogarle rápidamente.

—¿Quién compró los despertadores?

—Todos nosotros.

—¿De quién fue la idea?

—De todos.

—Tonterías. Alguien debió pensar en ello primero.

—No sucedió así. Estábamos discutiendo lo que podríamos hacer para obligar a Gerry a levantarse temprano y Pongo habló de un despertador, y alguien dijo que con uno no habría bastante. Y alguien más, creo que fue Bill Eversleigh, preguntó que por qué no una docena. Entonces compramos uno para cada uno y uno más para Pongo y otro para lady Coote, por pura generosidad. No hubo premeditación alguna.

Bundle calló, pero no se dio por vencida.

Jimmy procedió entonces a hacer un resumen metódico.

—Creo que podemos decir que estamos seguros de ciertos hechos. Hay una sociedad secreta, que tiene algunas semejanzas con la Mafia. Gerry Wade tuvo conocimiento de ella. Al principio trató el asunto como un chiste, como algo absurdo. No podía creer que fuera verdaderamente peligrosa. Pero más tarde sucedió algo que lo convenció de que no era cosa de broma y entonces se sintió alarmado. Me imagino que debió decirle algo a Ronny Devereux. Fuera como fuese, cuando Gerry murió, Ronny sospechó algo y encontró una pista. Desgraciadamente, nosotros nos hallamos en plena oscuridad: no sabemos lo que ellos sabían.

—Quizás sea una ventaja. —Observó Lorraine fríamente—. No sospecharán de nosotros y, por tanto, no intentarán quitarnos de en medio.

—Quisiera estar seguro de esto —dijo Jimmy preocupado—. Ya sabes que el propio Gerry quería alejarte de esto. ¿Crees que podría…?

—No, no podrías. —Le interrumpió Lorraine—. No vayamos a discutir más eso. Es una pérdida de tiempo.

Al oír mencionar la palabra «tiempo», los ojos de Jimmy se posaron en el reloj y lanzó una exclamación de asombro. Se levantó y abrió la puerta.

—Stevens.

—Sí, señor.

—¿Podría preparar algo de comer?

—Me anticipé a sus deseos, señor. La señora Stevens ya tiene todo preparado.

—Es usted maravilloso —dijo Jimmy con un suspiro de alivio—. Inteligencia, simple inteligencia. —Observó dirigiéndose a las dos muchachas—. Sigue cursos por correspondencia. Algunas veces me pregunto si no me convendría a mí también.

—No seas tonto. —Observó Lorraine.

Stevens abrió la puerta y empezó a servir un delicado almuerzo. A la tortilla siguieron unas codornices y los más suaves *soufflés*.

—¿Por qué son tan felices los hombres solteros? —dijo Lorraine con voz trágica—. ¿Por qué les cuidan mejor los extraños que nosotras mismas?

—No lo creas —repuso Jimmy—. Quiero decir que no es cierto.

¿Cómo podría serlo? A menudo imagino que…

De pronto, Bundle dio un grito y los otros dos la miraron, francamente asombrados.

—¡Qué idiota! —exclamó Bundle—. ¡Qué imbécil! Yo misma, por supuesto. Sabía que había olvidado algo.

—¿Qué?

—¿Conoce usted a «El besugo», a George Lomax, quiero decir?

—He oído hablar mucho de él —repuso Jimmy—, a Bill y a Ronny.

—«El besugo» celebrará una reunión la semana próxima y ha recibido una carta de aviso de Seven Dials.

—¿Cómo? —exclamó Jimmy excitado. Acercó la silla—. ¿Es eso cierto?

—Sí. El mismo se lo contó a papá. ¿Qué cree usted que puede indicar eso?

Jimmy se recostó en su sillón, pensando rápida y lacónicamente. Por fin, habló y sus palabras fueron breves y concisas.

—Algo sucederá en esa reunión.

—Eso mismo creo yo —asintió Bundle.

—Todo encaja —dijo Jimmy.

Se volvió hacia Lorraine.

—¿Qué edad tenías durante la guerra? —preguntó inesperadamente.

—Nueve años. No, ocho.

—Y supongo que Gerry tendría unos veinte. La mayor parte de los muchachos de veinte años participaron en la guerra. Gerry, no.

—No —dijo Lorraine, después de permanecer pensativa durante un momento—. No, Gerry no estuvo en el ejército; no sé por qué.

—Yo puedo decírtelo. —Observó Jimmy—. O por lo menos, puedo adivinarlo. Estuvo fuera de Inglaterra de 1915 a 1918. Me he tomado la molestia de averiguarlo. Nadie parece saber dónde estuvo exactamente. Yo creo que estaba en Alemania.

La sangre afluyó a las mejillas de Lorraine, que miró a Jimmy con admiración.

—Eres muy inteligente.

—Hablaba el alemán muy bien, ¿no es verdad?

—Oh, si, como si hubiera vivido toda la vida en Alemania.

—Tengo la convicción de estar en lo cierto. Óiganme. Gerry

Wade estaba en el Foreign Office. Parecía ser la misma clase de tonto, y perdona esta palabra, Lorraine, pero ya sabes lo que quiero decir, que Bill Eversleigh y Ronny Devereux. Era una superficialidad para la galería. Pero se trata, realmente, de algo muy distinto. Gerry Wade era muy inteligente. Nuestro servicio secreto es el mejor del mundo y, en mi opinión, Gerry ocupaba un alto cargo en él. Y eso lo explica todo. Recuerdo haber mencionado al azar aquella noche en Chimneys que Gerry no podía ser tan borrico como aparentaba.

—¿Y si está usted en lo cierto? —preguntó Bundle, práctica como siempre.

—Entonces, la cosa es más grave de lo que pensamos. Seven Dials no es sólo una organización criminal, sino internacional. Hay algo imprescindible: alguien tiene que acudir a la reunión en casa de Lomax.

Bundle hizo una mueca.

—Yo conozco bien a George, pero no le caigo bien. Jamás se le ocurriría invitarme a una reunión seria. De todas maneras, yo podría…

Permaneció unos momentos sumida en sus pensamientos.

—¿Cree que podría lograrlo yo a través de Bill? —preguntó Jimmy—. Seguramente estará allí, como la mano derecha de «El besugo». Puede invitarme con cualquier pretexto.

—No veo por qué no —repuso Bundle—. Tendré que aleccionar a Bill y hacerle decir las cosas necesarias. Es incapaz de pensarlas por sí mismo.

—¿Qué sugiere usted? —preguntó Jimmy humildemente.

—¡Oh! Es muy fácil. Bill puede describirle a usted como un joven rico, interesado en la política, que desea presentarse como candidato al Parlamento. George morderá el anzuelo enseguida. Ya sabe lo que son los partidos políticos: siempre andan a la caza de jóvenes ricos. Cuanto más rico diga Bill que es usted, más fácil resultará.

—Mientras no me describa como a un Rothschild, lo que se le ocurra —repuso Jimmy.

—Entonces, creo que está prácticamente arreglado. Mañana cenaré con Bill y conseguiré la lista de las personas que asistirán. Nos será útil.

—Siento que no pueda usted estar allí —observó Jimmy—, pero,

después de todo, acaso sea mejor así.

—No estoy muy segura de que no podré ir —dijo Bundle—. «El besugo» me odia como si yo fuera veneno, pero hay otros medios.

Se interrumpió pensativo.

—¿Y yo? —preguntó Lorraine, con una vocecita.

—Tú no debes mezclarte en esto —contestó Jimmy en el acto—. Después de todo, necesitamos a alguien fuera para…

—¿Para qué?

Jimmy decidió cambiar de táctica. Se volvió suplicante hacia Bundle.

—¿No cree que Lorraine debe permanecer al margen? —preguntó.

—Desde luego.

—Otra vez será —dijo Jimmy bondadosamente.

—¿Y si no hay otra vez? —preguntó Lorraine.

—Seguramente, la habrá. No lo dudes.

—Comprendo. Debo irme a casa y esperar.

—Eso es —repuso Jimmy aliviado—. Sabía que lo comprenderías.

—Si los tres tratamos de forzar nuestra admisión en la reunión, eso podría dar lugar a sospechas —explicó Bundle—. Y su presencia sería imposible de justificar. ¿No lo cree así?

—Si —asintió Lorraine.

—Entonces, arreglado. Tú no harás nada —dijo Jimmy.

—No haré nada —repitió Lorraine, muy dócil.

Bundle la miró escamada. La docilidad con que la muchacha aceptaba la situación no parecía natural. Lorraine le devolvió la mirada. Sus ojos azules parecían inocentes y sostuvieron la de Bundle sin pestañear. Bundle estaba sólo parcialmente satisfecha. La docilidad de Lorraine Wade le resultaba muy sospechosa.

Capítulo X

BUNDLE VISITA SCOTLAND YARD

Ahora podemos decir que, en la anterior conversación, cada una de las tres personas que tomaron parte en ella dejó algo en reserva. El refrán popular «Nadie lo dice todo» es muy cierto. Puede dudarse, por ejemplo, de que Lorraine Wade fuera totalmente sincera al explicar los motivos que la indujeron a visitar a Jimmy Thesiger.

Asimismo, Jimmy Thesiger tenía diversas ideas y planes en relación con la próxima reunión en casa de George Lomax que, por ejemplo, no abrigaba la menor intención de revelar a Bundle.

Y la propia Bundle tenía un plan que se proponía poner en práctica inmediatamente y del cual no habló.

Al salir del apartamento de Jimmy Thesiger, se dirigió a Scotland Yard, donde preguntó por el superintendente Battle.

El superintendente Battle era un hombre más bien corpulento que se encargaba casi exclusivamente de casos de delicada naturaleza política. Uno de ellos tuvo lugar en Chimneys hacía cuatro años y Bundle confiaba, francamente, en que él la recordara.

Después de una corta espera, fue conducida a lo largo de varios pasillos hasta llegar al despacho privado de Battle. El superintendente tenía un rostro inexpresivo. Parecía muy poco inteligente y su aspecto era más el de un viajante que el de un detective.

Cuando Bundle entró, estaba de pie junto a la ventana mirando la calle con su inexpresividad habitual.

—Buenas tardes, lady Eileen —saludó—. Tenga la bondad de tomar asiento.

—Gracias —contestó Bundle—. Temí que acaso no me

recordara.

—Siempre recuerdo a las personas —repuso él, y añadió—: en mi trabajo, es necesario.

—¡Oh! —exclamo Bundle algo desilusionada.

—¿Qué puedo hacer por usted? —inquirió Battle.

Bundle habló sin rodeos.

—He oído decir que ustedes, en Scotland Yard, tienen listas de las sociedades secretas y cosas así que se forman en Londres.

—Tratamos de estar informados —repuso Battle con cautela.

—Supongo que muchas de ellas no son realmente peligrosas.

—Seguimos una regla bastante buena —dijo el superintendente —. Cuanto más hablan, menos daño hacen. Se sorprendería de lo bien que funciona.

—¿Es cierto que algunas veces las dejan ustedes que funcionen libremente?

Battle asintió.

—Sí. ¿Por qué no puede un hombre llamarse a si mismo Hermano de la Libertad y reunirse con otros como él, dos veces por semana, en algún sótano y hablar de ríos de sangre? Eso no le hace daño ni a él ni a nosotros. Y si alguna vez sucede algo, siempre sabemos dónde echarle el guante.

—Pero supongo que, en alguna ocasión, una sociedad puede ser más peligrosa de lo que uno puede imaginar. —Señaló Bundle.

—Es posible. —Observó Battle.

—Pero *podría* suceder. —Insistió Bundle.

—Claro, *podría* suceder —admitió el superintendente.

Hubo un corto silencio. Entonces, Bundle preguntó con discreción:

—¿Superintendente Battle, podría darme una lista de las sociedades secretas que tienen su cuartel general en Seven Dials?

El superintendente Battle se vanagloriaba de que era capaz de reprimir siempre sus emociones. Pero Bundle podía haber jurado que, por un instante, sus ojos parpadearon y pareció sorprendido. Sólo por un breve instante, desde luego. Cuando habló, era el hombre inexpresivo de siempre.

—Estrictamente hablando, hoy en día no existe un lugar llamado Seven Dials.

—¿No?

—No. La mayor parte ha sido derribado y reconstruido. Antaño fue un barrio de bastante mala nota, pero hoy es discreción respetable y de clase alta. Ya no es un lugar romántico donde buscar misteriosas sociedades secretas.

—¡Oh! —exclamó Bundle disgustada.

—De todas maneras, me gustaría mucho saber por qué se interesa por ese barrio, lady Eileen.

—¿Debo decírselo?

—Nos evitaría problemas, ¿no? Así sabríamos dónde estamos, por decirlo de alguna manera.

Bundle vaciló un instante.

—Ayer mataron a un hombre de un tiro —dijo lentamente—. Creí que yo lo había atropellado conduciendo mi coche.

—¿Mr. Ronald Devereux?

—Usted lo sabía, desde luego. ¿Por qué no han hablado de ello los periódicos?

—¿Quiere realmente saberlo, lady Eileen?

—Sí, por favor.

—Pensamos que nos vendrían bien veinticuatro horas de discreción. La prensa lo publicará mañana.

—¡Oh! —dijo Bundle sorprendida.

¿Qué se escondía tras aquel inescrutable rostro? ¿Consideraba el asesinato de Ronald Devereux como un crimen vulgar o como algo extraordinario?

—Mencionó Seven Dials mientras se estaba muriendo —dijo Bundle despacio.

—Gracias —dijo Battle—. Tomaré nota de ello.

Escribió una palabra en el secante de la carpeta del escritorio.

Bundle siguió otra táctica.

—Creo que Mr. Lomax vino a verle ayer a causa de una carta amenazadora que había recibido.

—Sí.

—Fue enviada desde Seven Dials.

—Creo que estaba matasellada allí.

Bundle sintió como si estuviera llamando inútilmente a una puerta cerrada.

—Si me permite aconsejarle, lady Eileen…

—Sé lo que va a decir.

—Váyase a su casa y no piense más en estas cosas.

—Y dejárselo todo a ustedes, ¿verdad?

—Después de todo —respondió el superintendente Battle—, nosotros somos los profesionales.

—Y yo sólo una aficionada. Sí, pero usted olvida algo. Quizás no tenga sus conocimientos y su habilidad, pero poseo una ventaja sobre ustedes: puedo trabajar en la oscuridad.

Le pareció que el superintendente se sorprendía, como si sus palabras hubieran dado en el clavo.

—Desde luego —siguió Bundle—, sino quiere darme una lista de las sociedades secretas…

—No he dicho tal cosa. Le daré una lista completa.

Fue a la puerta, la abrió, pronunció algunas palabras y regresó a su asiento. De pronto, Bundle se quedó perpleja. La facilidad con que había accedido a sus deseos le parecía sospechosa. Battle la estaba contemplando plácidamente.

—¿Recuerda la muerte de Mr. Gerald Wade? —preguntó ella de pronto.

—Ocurrida en su casa, ¿verdad? Creo que tomó una sobredosis de somníferos.

—Su hermana afirma que jamás tomaba nada para dormir.

—¡Ah! —exclamó el superintendente—. Se sorprendería usted de las cosas que las hermanas ignoran.

Bundle volvió a asombrarse. Permaneció en silencio hasta que entró un hombre con una hoja de papel escrita a máquina, que entregó al superintendente.

—Aquí tiene —dijo este último cuando el otro se marchó—. Los Hermanos de Sangre de San Sebastián, los Perros Lobos, los Camaradas de la Paz, el Club de los Camaradas, los Amigos de la Opresión, los Hijos de Moscú, los Abanderados Rojos, los Arenques, los Camaradas de los Caídos y media docena más.

Le alargó el papel con un guiño.

—Me la da —dijo Bundle— porque sabe que no me servirá de nada. ¿Quiere que abandone este asunto?

—Lo preferiría —afirmó Battle—. Si mete usted la nariz en estos sitios, nos meterá en un montón de problemas.

—¿Cuidando de mi, acaso?

—Cuidando de usted, lady Eileen.

Bundle se había puesto de pie, pero estaba indecisa. Hasta aquel momento, el superintendente Battle parecía el triunfador. Pero entonces ella recordó un ligero incidente y lo utilizó como su última baza.

—Hace un momento, le dije que un aficionado podía hacer algunas cosas imposibles para un profesional. Usted no me contradijo. No lo hizo porque es un hombre honesto, superintendente Battle. Sabía que yo estaba en lo cierto.

—Siga usted. —Se apresuró a decir Battle.

—En Chimneys me permitió ayudarle. ¿Por qué no deja que también lo haga ahora?

Battle pareció meditar aquellas palabras. Animada por su silencio, Bundle prosiguió:

—Usted sabe muy bien como soy, superintendente Battle. Me meto en todo. No quiero entrometerme en su camino o tratar de hacer lo que usted hace mucho mejor. Pero si hay una oportunidad para un aficionado, démela.

Se produjo otra pausa y entonces el superintendente Battle dijo en voz baja:

—No pudo usted haberse expresado con mayor claridad, lady Eileen. Pero voy a decirle una cosa. Lo que usted propone es peligroso y, cuando digo peligroso, *significa* peligroso.

—Me doy cuenta de ello —repuso Bundle—. No soy tonta.

—No —dijo Battle—. Jamás he conocido a ninguna señorita como usted. Lo que haré por usted, lady Eileen, es lo siguiente. Le daré una pequeña pista, y lo hago porque jamás he creído mucho en la divisa «Seguridad ante todo». En mi opinión, más nos valdría que la mitad de la gente que se pasa la vida evitando ser atropellada por un autobús, acabaran atropelladas. No sirven para nada.

Esta extraordinaria opinión en labios del superintendente Battle dejó a Bundle sin aliento.

—¿Cuál es la pista que va a darme? —preguntó por fin.

—Conoce a Mr. Eversleigh, ¿verdad?

—¿Si conozco a Bill? Desde luego, pero…

—Imagino que él podrá decirle cuanto usted quiera saber acerca de Seven Dials.

—¿Bill lo sabe? ¿Bill?

—Yo no he dicho tal cosa. Pero creo que, siendo usted una

señorita tan inteligente, podrá sonsacarle cuanto quiera. Y por ahora —prosiguió el superintendente Battle con firmeza—, no voy a decirle nada más.

Capítulo XI

LA CENA CON BILL

Llena de expectación, Bundle se dispuso a encontrarse con Bill. Éste la saludó con visibles muestras de alegría.

«Bill *resulta* realmente bastante agradable —pensó Bundle—. Es como uno de esos perros grandes y torpes que agitan la cola cuando están contentos de verte».

El perro grande estaba emitiendo cortos ladridos de comentarios e informaciones.

—Estás maravillosa, Bundle. No puedo decirte cuánto me complace verte. He encargado ostras. Te gustan, ¿verdad? ¿Y cómo está todo? ¿Por qué estuviste tanto tiempo en el extranjero? ¿Te divertiste mucho?

—No —repuso Bundle—. Fue terrible. Viejos coroneles enfermos arrastrándose al sol, mustias solteronas, directoras de bibliotecas y cofradías…

—A mi dame Inglaterra —dijo Bill—. No me gusta el extranjero, excepto Suiza. Suiza está bien. Estoy pensando en ir allí estas Navidades. ¿Por qué no vienes tú también?

—Lo pensaré. —Observó Bundle—. ¿Qué has estado haciendo estos últimos tiempos, Bill?

Era una pregunta ingenua, que Bundle hizo sólo por cortesía y como preliminar a sus propios tópicos de conversación. Era, sin embargo, lo que Bill estaba esperando.

—Eso es exactamente lo que quería decirte. Tú eres inteligente, Bundle, y quiero tu consejo. ¿Conoces esa revista musical *Malditos sean tus ojos*?

—Sí.

—Pues voy a contarte uno de las jugarretas más sucias que puedas imaginarte. ¡Dios mío, esa gente del teatro! Hay una muchacha —una norteamericana— una verdadera preciosidad…

A Bundle se le cayó el alma a los pies. Los agravios de las amigas de Bill eran siempre interminables y no había manera de pararlos…

—Esa chica. Babe St. Maur…

—¿De dónde sacó ese nombre? —preguntó Bundle con sarcasmo.

—Del *Quién es quién*. Lo abrió y, sin mirar, puso un dedo en una página. Inteligente, ¿verdad? Su verdadero nombre es Golschmidt o Abrameier, o algo imposible de pronunciar.

—¡Ah, vaya! —asintió Bundle.

—Bien, pues Babe St. Maur es lista. Y tiene buenos músculos. Es una de las ocho chicas que hacían el puente viviente…

—Bill —le interrumpió Bundle desesperada—, ayer por la mañana fui a visitar a Jimmy Thesiger.

—El bueno de Jimmy. —Observó Bill—. Bien, como te decía, Babe es lista. Hay que serlo hoy en día. Si uno quiere sobrevivir, tiene que ser audaz, como dice Babe. Y es guapa. Además, actúa de la forma más maravillosa. No ha tenido mucha suerte en *Malditos sean tus ojos*, donde aparece en un grupo con otras chicas bonitas. Le aconsejé que intentara trabajar en el teatro serio —ya sabes, Tanqueray y esas cosas— pero ella se rió.

—¿Has visto a Jimmy?

—Sí. Esta mañana. ¿Qué te estaba diciendo? ¡Ah, sí! Y todo fueron celos, nada más que celos. La otra chica no se puede comparar con Babe y ella lo sabe. Asique por la espalda, traidoramente…

Bundle se resignó a lo inevitable y escuchó toda la historia de las desgraciadas circunstancias que obligaron a prescindir de Babe St. Maur en el reparto de *Malditos sean tus ojos*. El relato fue largo. Cuando Bill hizo, finalmente, una pausa para tomar aliento, Bundle habló.

—Tienes razón, Bill, es una vergüenza. Debe de haber muchos celos sueltos.

—Todo el mundo teatral está podrido de ellos.

—Lo creo. ¿Te ha dicho Jimmy algo acerca de ir a la Abadía la semana próxima?

Por primera vez Bill prestó atención a las palabras de Bundle.

—Me relató una larga historia que quiere que le cuente a «El besugo» acerca de afiliarse al partido conservador; pero ya sabes, Bundle, que es muy arriesgado.

—Tonterías —repuso ella—. Si George lo descubre todo, no te echará la culpa a ti. Creerá que te han tomado el pelo, simplemente.

—No es tan sencillo —repuso Bill—. Quiero decir que es muy arriesgado para Jimmy. Antes de que se dé cuenta, lo exhibirán en algún lugar como Tooting East, donde tendrá que besar a los niños y pronunciar discursos. No sabes bien lo enérgico y meticuloso que es «El besugo».

—Tendremos que arriesgarnos. —Observó Bundle—. Jimmy tendrá que cuidar de sí mismo.

—No conoces a «El besugo». —Insistió Bill.

—¿Quiénes acudirán a esa reunión, Bill? ¿Se trata de algo muy especial?

—Lo mismo de siempre. Mrs. Macatta será uno de los asistentes.

—¿La parlamentaria?

—Sí. Ya sabes, ésa que siempre habla de beneficencia, de Leche Pura y de Salvemos a los Niños. Imagínate al pobre Jimmy conversando con ella.

—No te preocupes por Jimmy. Sigue hablando.

—También una señora húngara, de una sociedad o partido llamado Joven Hungría. Es condesa de No-sé-qué impronunciable.

Tragó saliva, como si se sintiera avergonzado, y Bundle observó que con los dedos desmenuzaba el pan nerviosamente.

—¿Joven y hermosa? —preguntó con delicadeza.

—Más bien.

—No sabía que George se interesara por la belleza femenina.

—¡Oh, no! La condesa tiene a su cargo una organización de alimentación infantil en Budapest. Naturalmente, ella y Mrs. Macatta querían conocerse.

—¿Quién más?

—Sir Stanley Digby.

—¿El ministro de aviación?

—Sí. Y su secretario, Terence O'Rourke. Era todo un personaje cuando volaba. También un alemán llamado herr Eberhard. No sé quién es, pero parecen considerarlo mucho. Ya he tenido que

llevarlo a comer dos veces y puedo asegurarte que no es broma. No es como la gente de la embajada, que son tipos decentes. Ese hombre sorbe la sopa haciendo un ruido infernal y come los guisantes con cuchillo. No sólo eso, sino que el muy bruto se come las uñas, se las devora.

—¡Qué asco!

—¿Verdad que si? Creo que inventa cosas. Bien, eso es todo. ¡Ah! Se me olvidaba: también asistirá lord Oswald Coote.

—¿Y lady Coote?

—Creo que también.

Bundle permaneció absorta en sus pensamientos durante unos momentos. La lista de Bill era sugestiva, pero carecía de tiempo para pensar en sus posibilidades. Debía pasar al punto siguiente.

—¿Qué es todo eso acerca de Seven Dials, Bill? —preguntó.

Bill pareció muy consternado. Parpadeó y evitó su mirada.

—No sé de qué me hablas —contestó.

—No digas tonterías. Me han asegurado que estás totalmente al corriente.

—¿Sobre qué?

La pregunta parecía hecha para ganar tiempo.

—No sé por qué has de querer ser tan misterioso. —Se quejó Bundle cambiando de táctica.

—No soy misterioso en absoluto. Nadie va mucho por allí ahora.

Las palabras de Bill parecían un complicado rompecabezas.

—Una se pierde tantas cosas cuando está fuera… —dijo Bundle tristemente.

—¡No te has perdido mucho! —repuso Bill—. La gente iba allí sólo para poder decir que lo conocía. Era realmente aburrido y la verdad es que el pescado frito puede llegar a cansar.

—¿Dónde iba toda la gente?

—Al club Seven Dials, desde luego —dijo Bill mirándola con asombro—. ¿No era eso lo que me preguntabas?

—No lo conocía por ese nombre —repuso ella.

—Así se llamaba un barrio bastante malo situado en los alrededores de Tottenham Court Road, pero ya lo han derribado. Sin embargo, el Club Seven Dials conserva el viejo ambiente: pescado y patatas fritas y suciedad en general. Es algo así como un East End en miniatura, pero bastante adecuado para ir allí después

del teatro.

—Supongo que será un club nocturno —comentó Bundle—, en el que se puede bailar.

—Eso sí. Y la clientela es bastante variada. Nada de copete. Artistas, toda clase de mujeres raras y algunos de los nuestros. Se dicen muchas cosas, pero creo que sólo es para que no decaiga la clientela.

—¡Magnífico! —exclamó Bundle—. Iremos esta noche.

—No deberíamos hacerlo —dijo Bill volviendo a sentirse consternado—. Está ya muy visto. Nadie importante lo frecuenta ahora.

—Pues nosotros iremos.

—No te gustará, Bundle.

—Me vas a llevar al Club Seven Dials o a ninguna parte. Además, me gustaría saber por qué te niegas a complacerme.

—¿Yo?

—Sí. ¿Cuál es tu secreto?

—¿Mi secreto?

—Deja ya de repetir lo que digo. Lo haces para ganar tiempo.

—No es cierto —repuso Bill indignado—. Es sólo que…

—Sabía que había algo. No sabes esconder bien las cosas.

—No tengo nada que esconder; es sólo que…

—¿Qué?

—Se trata de una historia muy larga. Una noche llevé a Babe St. Maur allí…

—¡Oh! Babe St. Maur otra vez.

—¿Por qué no?

—No sabía que ibas a hablar de ella —repuso Bundle ahogando un bostezo.

—Como te decía, llevé a Babe St. Maur allí. Se le había antojado comer langosta. Yo llevaba una bajo el brazo…

La historia prosiguió. Cuando la langosta fue por último desmembrada en el forcejeo entre Bill y un extraño, Bundle le interrumpió.

—Ya veo —dijo—. ¿Hubo una pelea?

—Sí, pero la langosta era mía. Yo la había comprado y pagado. Tenía perfecto derecho…

—Claro que sí. —Observó Bundle apresuradamente—. Pero

estoy segura de que ese incidente ya habrá pasado al olvido. Además, no me interesan las langostas. Así es que vamos a ir allí.

—Pueda haber una redada. En la planta alta hay una habitación donde se juega al bacará.

—Entonces, papá tendrá que venir y pagar la fianza, eso es todo. Vamos ya, Bill.

Bill parecía muy reacio, pero Bundle no cedía y, finalmente, se encontraron en un taxi que les condujo a Seven Dials.

Aquel lugar se parecía mucho a la idea que Bundle se había hecho de él. Era una casa alta en una calle estrecha. Bundle observó cuidadosamente la dirección: Hunstanton Street, número 14.

Un hombre, cuyo rostro le era vagamente familiar, abrió la puerta. Bundle creyó percibir una rápida expresión de asombro cuando la vio, pero saludó respetuosamente a Bill. Era alto, de cabello rubio, rostro más bien delgado y anémico y algo bizco. Bundle se preguntó dónde lo había visto antes.

Bill había recobrado su compostura y se sintió complacido al actuar como guía. Bailaron en el sótano, que estaba lleno de humo, a través del cual se veía a la gente como sumida en una niebla azulada. El olor a pescado frito era tremendo.

En la pared había varios bocetos al carbón, algunos de ellos verdaderamente buenos. La concurrencia era variopinta. Extranjeros obesos, opulentas judías, algunos miembros de la buena sociedad y varias señoras que pertenecían a la más antigua profesión del mundo.

Pronto Bill llevó a Bundle al piso superior, en el que se encontraba el hombre de la cara anémica, examinando con ojos de lince a cuantos entraban en la sala de juego. Entonces, Bundle lo recordó.

—Claro —dijo—. ¡Qué tonta soy! Es Alfred, que era segundo lacayo en Chimneys. ¿Cómo está usted, Alfred?

—Muy bien, gracias, lady Eileen.

—¿Cuándo se marchó de Chimneys, Alfred? ¿Fue antes de que nosotros regresáramos?

—Hace alrededor de un mes, milady. Tuve la oportunidad de mejorar y me pareció tonto no aprovecharla.

—Supongo que le deben pagar muy bien aquí. —Observó Bundle.

—Muy bien, milady.

Bundle entró. Comprendió enseguida que en esta habitación se mostraba la verdadera razón de la existencia del club. Vio que las apuestas eran altas y que las personas reunidas alrededor de las dos mesas, con los ojos hundidos, macilentos, tenían la fiebre del juego en la sangre.

Permanecieron allí una media hora. Entonces, Bill empezó a sentirse inquieto.

—Salgamos de aquí, Bundle, y vayamos a bailar.

Bundle asintió. No había nada que ver allí. Bajaron a la pista. Bailaron durante media hora y comieron pescado y patatas fritas, y entonces Bundle se declaró dispuesta a regresar a casa.

—Es muy temprano. —Protestó Bill.

—No, ya es tarde. Además, mañana tengo muchas cosas que hacer.

—¿Cuáles son?

—¡Eso depende! —repuso Bundle, misteriosamente—. Pero puedo afirmarte que la hierba no crecerá bajo mis pies.

—Amén —corroboró Mr. Eversleigh.

Capítulo XII

BUNDLE INVESTIGA EN CHIMNEYS

Bundle no había ciertamente heredado el temperamento de su padre, cuya principal característica era una amable y total inercia. Como Bill Eversleigh había apropiadamente observado, la hierba jamás crecía bajo los pies de Bundle.

Al mañana siguiente de la cena con Bill, se levantó llena de energía. Tenía tres planes distintos que quería poner en práctica aquel mismo día, y comprendió que el tiempo y espacio le impondrían algunas limitaciones.

Afortunadamente, no adolecía del mismo mal que Gerry Wade, Ronny Devereux y Jimmy Thesiger: levantarse por la mañana. El propio sir Oswald Coote no hubiera podido encontrar defecto en ella en lo que a madrugar se refiere. A las ocho y media, Bundle se dirigía a Chimneys en el Hispano Suiza después de un completo desayuno.

Su padre se mostró complacido al verla.

—Jamás se cuándo te presentarás —dijo—, pero al venir me evitas tener que telefonear. El coronel Melrose estuvo aquí, ayer, a causa de la encuesta.

El coronel Melrose era el jefe de policía del condado y un viejo amigo de lord Caterham.

—¿Te refieres a la encuesta sobre la muerte de Ronny Devereux? ¿Cuándo se celebrará?

—Mañana, a las doce. Melrose pasará a recogerte. Tendrás que declarar por haber sido tú quien encontró el cadáver, pero dijo que no debes alarmarte.

—¿Por qué habría de alarmarme?

—Ya sabes —repuso lord Caterham, en un tono de disculpa—, que Melrose es algo anticuado.

—A las doce —dijo Bundle—. Bien, aquí me encontrará si todavía estoy viva.

—¿Tienes algún motivo para suponer que puedes no estarlo?

—Una nunca sabe —repuso Bundle—. Es la tensión de la vida moderna, como dicen los periódicos.

—Lo que me recuerda que George Lomax me pidió que fuera a la Abadía la semana próxima. Naturalmente, me negué.

—Hiciste bien —asintió Bundle—. No queremos verte mezclado en asuntos extraños.

—¿Habrá algún asunto extraño? —preguntó lord Caterham con súbito interés.

—Bien… cartas amenazadoras y todo eso —repuso Bundle.

—Quizás asesinen a George —comentó lord Caterham esperanzado—. ¿Qué te parece, Bundle? Acaso sea mejor que vaya, después de todo.

—Contén tus sanguinarios instintos y quédate tranquilamente en casa —dijo Bundle—. Voy a hablar con Mrs. Howell.

Mrs. Howell era el ama de llaves, aquella majestuosa señora que infundía terror en el corazón de lady Coote. No atemorizaba a Bundle, a quien, por cierto, llamaba miss Bundle, reliquia de los tiempos en que fuera una niña traviesa de piernas largas, antes de que su padre heredara el título.

—Vamos a tomar una taza de chocolate juntas —dijo Bundle al ama de llaves— y, entretanto, me contará lo que ha sucedido de nuevo en la casa.

Obtuvo la información que deseaba sin gran dificultad, tomando notas mentales como sigue:

«Dos fregonas, aldeanas. No parece haber nada ahí. Una nueva tercera doncella, sobrina de la primera camarera. Conforme. Howell parece haber intimidado mucho a lady Coote. Es propio de ella».

—Jamás pensé que llegaría el día en que mis ojos vieran Chimneys habitado por extraños, miss Bundle.

—Una debe moverse de acuerdo con los tiempos, Howell —repuso Bundle—. Tendrá suerte si nunca ve esta casa dividida en apartamentos con derecho a los magníficos jardines.

Una sensación de frío recorrió la reaccionaria y aristocrática

espina dorsal de Mrs. Howell.

—No he visto jamás a sir Oswald Coote. —Observó Bundle.

—Sir Oswald Coote es, sin duda, un caballero muy inteligente —dijo Mrs. Howell con una voz distante.

Bundle supuso que la servidumbre no sentía mucha simpatía por sir Oswald.

—Desde luego, Mr. Bateman se encargaba de todo. —Prosiguió el ama de llaves—. Es un caballero muy eficiente, por cierto, que sabe cómo deben hacerse las cosas.

Bundle llevó la conversación hacia la muerte de Gerald Wade. Mrs. Howell se mostró muy dispuesta a hablar de ella y prorrumpió en una sarta de lastimeras palabras acerca del pobre caballero, pero Bundle no averiguó nada que no supiera ya. Un rato después, se separó de Mrs. Howell y volvió a la planta baja, donde llamó a Tredwell.

—¿Cuándo se marchó Alfred?

—Hace alrededor de un mes, milady.

—¿Por qué se fue?

—Por su propia voluntad, milady. Creo que se encuentra en Londres. Yo no estaba descontento de él. Espero que John, el nuevo criado, merecerá su aprobación. Parece conocer muy bien su trabajo y está siempre dispuesto a complacer.

—¿De dónde vino?

—Sus referencias eran excelentes, milady. Últimamente estuvo con lord Mount Vernon.

—Comprendo —repuso Bundle pensativa.

Acababa de recordar que lord Mount Vernon estaba de cacería en África.

—¿Cuál es su apellido, Tredwell?

—Bower, milady.

Tredwell permaneció en silencio y entonces, al ver que Bundle no deseaba preguntarle nada más, salió silenciosamente de la habitación. Bundle estaba sumida en sus pensamientos.

John le había abierto la puerta al llegar por la mañana, y ella se había fijado en él con disimulo. Aparentemente era un criado perfecto, bien preparado y con una cara carente de expresión. Tenía, acaso, un porte algo más militar que la mayoría de los lacayos y había algo raro en la forma de la parte posterior de su

cabeza.

Pero aquellos detalles no tenían gran importancia, pensó Bundle. Estaba sentada, con el ceño fruncido, mirando el papel secante que tenía ante sí, y, se entretenía escribiendo el nombre Bower una y otra vez.

Súbitamente se le ocurrió una idea y miró con fijeza lo que había escrito. Entonces llamó nuevamente a Tredwell.

—¿Cómo se escribe el apellido Bower[3], Tredwell?

—B-A-U-E-R, milady.

—No es un apellido inglés.

—Creo que es de origen suizo, milady.

—¡Ah! Eso es todo, Tredwell. Gracias.

¿De origen suizo? ¡No! Alemán. Aquel porte marcial y la forma de la cabeza. Y había llegado a Chimneys quince días antes de la muerte de Gerry Wade. Bundle se puso de pie. Había averiguado cuanto podía en Chimneys. Quedaban otras cosas por hacer y fue en busca de su padre.

—Me voy —dijo—. Tengo que ver a tía Marcia.

—¿Vas a ver a Marcia? —La voz de lord Caterham estaba henchida de asombro.

—Por una vez —repuso Bundle— voy a visitarla por propia voluntad.

Lord Caterham la miraba sin salir de su asombro. Era totalmente incomprensible para él que alguien tuviera el deseo de visitar a su temible cuñada. Marcia, marquesa de Caterham, viuda de su difunto hermano Henry, era una personalidad importante. Lord Caterham admitía que había sido una buena esposa para Henry y que, de no haber sido por ella, su hermano jamás hubiera llegado a ser secretario de Estado de Asuntos Exteriores. Por otra parte, él siempre consideró la muerte de Henry como una misericordiosa liberación.

Le pareció que Bundle estaba metiéndose, tontamente, en la boca del lobo.

—No creo que debas hacerlo —dijo—. No sabes en qué puede acabar.

—Espero saberlo, papá —contestó Bundle—. No te preocupes por mí. Se cuidarme bien.

Lord Caterham suspiró y se acomodó en su asiento sumiéndose

nuevamente en la lectura de *Field*. Pero un momento después, Bundle volvió a asomar la cabeza.

—Lo siento —dijo—, pero quiero preguntarte otra cosa. ¿Qué es sir Oswald Coote?

—Ya te lo dije: una apisonadora.

—No me refiero a tu impresión personal acerca de él. Quiero saber cómo ha ganado su dinero. ¿Fabrica quizá botones para pantalones, hojas de afeitar o camas de latón?

—Ah, ya veo. Está en el negocio del acero. Tiene las mejores acerías de Inglaterra. Desde luego, no las dirige personalmente, ahora. Ha formado una compañía o varias compañías, no estoy muy seguro de ello. Me hizo director de algo. Es muy interesante para mí. Sólo tengo que ir a la City una o dos veces al año, a uno de los grandes hoteles de Canon Street o Liverpool Street, y sentarme a una mesa en la cual colocan carpetas con un bonito papel secante. Entonces Coote, o algún otro tipo inteligente, pronuncia un discurso lleno de cifras, al que no debe uno necesariamente prestar atención. Te asombraría saber las magníficas comidas que te ofrecen como almuerzo después de escuchar estas parrafadas.

Bundle no sentía el menor interés por aquellas comidas y salió dejando a su padre con la palabra en la boca. De camino a Londres, trató de analizar los datos averiguados.

Por lo que ella podía ver, el acero y la beneficencia infantil no guardaban relación entre sí. Uno de los dos, preferiblemente el último, era superfluo. Mrs. Macatta y la condesa húngara podían ser descartadas. No eran sino un camuflaje. El eje de todo aquello parecía ser el poco atractivo herr Eberhard. No era, con seguridad, la clase de persona a quien George Lomax invitaría normalmente. Éste había dicho, en forma harto vaga, que inventaba cosas. Después estaban el ministro de Aviación, y sir Oswald Coote, que representaba el acero. Todo ello parecía guardar una profunda relación.

Puesto que era inútil seguir especulando, Bundle se concentró en la inminente visita a lady Caterham.

La dama vivía en un caserón lúgubre, situado en uno de los barrios más lujosos. El interior olía a lacre, alpiste y flores mustias. Lady Caterham era una mujer grande, grande en todos los sentidos. Sus proporciones eran majestuosas. Tenía una enorme nariz

ganchuda, usaba gafas con montura de oro y en su labio superior aparecía la ligera insinuación de un bigote.

Se sintió sorprendida al ver a su sobrina, a quien ofreció una frígida mejilla, que Bundle besó debidamente.

—Tu visita constituye para mí un inesperado placer, Eileen —dijo, con frialdad.

—Hace poco que hemos regresado, tía Marcia.

—Ya lo sé. ¿Cómo está tu padre? Supongo que como de costumbre.

Había menosprecio en sus palabras. Tenía una pobre opinión de Alistair Edward Brent, noveno marqués de Caterham. De haber conocido la palabra le habría llamado «panoli».

—Papá está bien; lo he dejado en Chimneys.

—Sí. Jamás he aprobado, Eileen, que alquilara Chimneys. El lugar puede ser considerado, en muchos aspectos, como un monumento histórico. No debe ser profanado.

—Debió haber sido maravilloso en vida de tío Henry —dijo Bundle con un suspiro.

—Henry sabía cuáles eran sus responsabilidades —repuso su viuda.

—¡Y pensar que los principales estadistas de Europa han sido invitados allí! —exclamó Bundle con éxtasis.

Lady Caterham suspiró.

—Más de una vez se han escrito en esa casa capítulos de la Historia. —Observó—. Si tu padre tan sólo…

Meneó la cabeza tristemente.

—A papá le aburre la política —dijo Bundle— y, sin embargo, constituye el más fascinante estudio que existe, especialmente cuando se la conoce desde dentro.

Hizo esta extravagante y falsa manifestación de sus sentimientos sin sonrojarse lo más mínimo. Su tía la miró sorprendida.

—Me complace oírte hablar así. —Observó—. Siempre imaginé que sólo te interesaba esa moderna persecución del placer.

—Eso era antes —repuso Bundle.

—Es cierto que eres todavía muy joven —musitó lady Caterham pensativa—. Pero dada tu posición social y mediante un matrimonio conveniente, podrías convertirte en una de las más importantes anfitrionas políticas.

Bundle se sintió ligeramente alarmada. Por un momento, temió que su tía le hubiera ya escogido un marido.

—Pero me siento tan ignorante —dijo Bundle—, quiero decir que sé tan poco.

—Eso puede remediarse fácilmente —repuso lady Caterham con vivacidad—. Puedo prestarte cuantos libros sean necesarios para mejorar tus conocimientos.

—Gracias, tía Marcia —contestó Bundle, y se apresuró a pasar a su segunda línea de ataque.

—¿Conoces a Mrs. Macatta, tía Marcia?

—Claro que sí. Es una estimable señora de privilegiado talento. Por regla general, no me parece bien que las mujeres se presenten a las elecciones. Pueden hacer sentir su influencia de una manera más femenina.

Hizo una pausa para recordar, sin duda, la forma femenina en que obligó a su renuente marido a dedicarse a la política y el maravilloso éxito que coronó sus esfuerzos.

—Pero los tiempos cambian y la obra que Mrs. Macatta lleva a cabo es de indudable interés nacional y de gran valor para todas las mujeres. Sería muy conveniente que la conocieras.

Bundle suspiró desconsolada.

—Asistirá a una reunión en casa de George Lomax la semana próxima —dijo—. George invitó a papá, quien naturalmente no quiere ir, pero no se le ocurrió invitarme a mí. Supongo que me cree muy tonta.

Lady Caterham pensó que su sobrina estaba muy cambiada. ¿Se debía, acaso, a unos amores desgraciados? En su opinión, un desengaño amoroso es muy conveniente para las jovencitas. Les obliga a tomarse la vida en serio.

—Imagino que George no se habrá dado cuenta todavía de que tú, ¿cómo diría yo?, has crecido. —Observó lady Caterham—. Querida Eileen, hablaré con él.

—No le gusto —afirmó Bundle— y no me invitará.

—¡Tonterías! —dijo tía Marcia—. Insistiré en que lo haga. Conozco a George Lomax desde que era así de alto. —Señaló una altura imposible en un niño—. Estará encantado de complacerme. Y le haré ver que es de vital importancia que las jóvenes de nuestra clase sientan un inteligente interés por el bienestar y la prosperidad

de su país.

Bundle estuvo a punto de decir: «Espera, espera,» pero se contuvo.

—Te buscaré algunos libros interesantes —dijo lady Caterham levantándose—. ¡Miss Connor! —llamó con voz aguda.

Una secretaria, de expresión asustada, se presentó corriendo. Lady Caterham le dio diversas instrucciones.

Pocos minutos después, Bundle conducía su coche hacia Brook Street con un montón de volúmenes de ciencias políticas.

Su próximo paso fue llamar inmediatamente a Jimmy Thesiger.

—¡Lo he arreglado! —exclamó Jimmy con voz triunfante—. Tuve bastante dificultad con Bill, pero por fin lo convencí. Se le había metido en la cabeza que yo sería el cordero rodeado de lobos. Estoy estudiando una cantidad enorme de folletos y libros de todos los colores: el libro blanco de aquí, el libro rojo de allá… A propósito, ¿has oído alguna vez hablar de la disputa fronteriza de Santa Fe?

—Jamás —repuso Bundle.

—Lo he escogido como tema principal. Duró años y fue muy complicada. Hoy en día es necesario especializarse en algo.

—Yo también tengo libros de la misma clase —dijo Bundle—. Tía Marcia me los ha dado.

—¿Tía qué?

—Tía Marcia, la cuñada de papá. Está muy metida en política. En realidad, hará que George Lomax me invite a la reunión.

—No me digas. ¡Eso es fantástico! —exclamó Jimmy.

Tras una ligera pausa, prosiguió:

—Creo que será mejor que no digamos nada de esto a Lorraine, ¿no te parece?

—Desde luego.

—Quizá no le guste que la dejemos fuera de este asunto, pero creo que debemos evitar que se mezcle en él.

—Tienes razón.

—Quiero decir que no podemos permitir de ninguna manera que una muchacha como ella corra peligro alguno.

Bundle pensó que el tacto de Mr. Thesiger dejaba algo que desear. La posibilidad de que ella, Bundle, corriera peligro, no le preocupaba en absoluto.

—¿Está usted ahí todavía? —preguntó Jimmy.

—Sí. Estaba pensando.

—Ya veo. ¿Irá a la encuesta mañana?

—Sí. ¿Y usted?

—También. A propósito, la noticia aparece en los periódicos de la tarde, perdida en un rincón. Creía que le iban a dar mayor relieve.

—Sí. Yo también.

—Bien —dijo Jimmy—, debo proseguir con mi tarea. Estoy en el momento en que Bolivia nos mandó una nota de protesta.

—Supongo que debo hacer lo mismo —afirmó Bundle—. ¿Va a dedicarse a ello toda la noche?

—Creo que sí. ¿Y usted?

—Probablemente también. Adiós.

Ambos eran unos embusteros redomados. Jimmy Thesiger sabía perfectamente que había invitado a Lorraine Wade a cenar.

En cuanto a Bundle, apenas colgó el auricular, procedió a vestirse con diversas prendas que, en realidad, pertenecían a su doncella. Una vez vestida, salió pensando en cuál de los dos medios populares de transporte, el autobús o el metro, sería más adecuado para ir al club Seven Dials.

Capítulo XIII

EL CLUB SEVEN DIALS

Alrededor de las seis de la tarde, Bundle llegó al número 14 de la calle Hunstanton. En aquel momento, como había supuesto, no había nadie en el club Seven Dials. Su objeto era sencillo: quería ver a Alfred, el ex lacayo. Estaba convencida de que, una vez le hubiese hablado, todo resultaría fácil. Bundle tenía un sencillo sistema autocrático de tratar a los criados que no acostumbraba a fallar, y no veía ningún motivo para que fallase ahora.

Lo único de que no estaba segura era del número de personas que vivían en la casa. Naturalmente, deseaba que su presencia allí fuera conocida por el menor número posible de curiosos.

Mientras pensaba en cuál sería su mejor plan de ataque, el problema se resolvió fácilmente de manera singular. La puerta del numero 14 se abrió y Alfred apareció en el umbral.

—Buenas tardes, Alfred —dijo Bundle con voz agradable.

Alfred se sobresaltó.

—¡Oh! Buenas tardes, milady. No había reconocido a milady —repuso.

Rindiendo tributo mental a los vestidos de su doncella, Bundle fue directamente al asunto que le interesaba.

—Quiero hablar con usted, Alfred. ¿Dónde puedo hacerlo?

—Bien… realmente, milady… no sé… Este barrio no es muy…

Bundle le interrumpió.

—¿Quién hay en el club ahora?

—Nadie, milady.

—Pues vamos allí.

Alfred sacó una llave y abrió la puerta. Bundle entró. Alfred,

preocupado y obediente, la siguió. Bundle tomó asiento y miró al desconcertado Alfred.

—Supongo que sabe que lo que está usted haciendo aquí es contrario a la ley. —Empezó.

Alfred se movió intranquilo, pasando el peso del cuerpo de una pierna a otra.

—Es cierto que la policía ha registrado el club en dos ocasiones —admitió—, pero no encontraron nada comprometedor debido a la forma en que Mr. Mosgorovky hace las cosas.

—No me refiero sólo al juego —dijo Bundle—. Hay algo más, aparte de esto, que probablemente usted no sabe. Voy a hacerle una pregunta y quisiera que me contestara la verdad. ¿Cuánto le pagaron para que dejara su empleo en Chimneys?

Alfred miró a un lado y a otro como si buscase inspiración, tragó saliva tres o cuatro veces y entonces siguió el curso inevitable de una voluntad débil frente a una fuerte.

—Así fue, milady. Mr. Mosgorovky vino a Chimneys con un grupo de visitantes en una ocasión en que la casa estaba abierta al público. Mr. Tredwell se sentía indispuesto y me correspondió a mí acompañar a las visitas. Después de recorrer las dependencias, Mr. Mosgorovky se retrasó y, después de darme una buena propina, empezó a hablarme.

—Sí —dijo Bundle animándolo a proseguir.

—En resumidas cuentas —siguió diciendo Alfred, dando ímpetu a su relato—, me ofreció cien libras si dejaba mi trabajo en aquel momento y venía aquí para encargarme del club. Quería a alguien que estuviera acostumbrado a servir a personas de la buena sociedad para darle tono al club, según me dijo. Me pareció absurdo desaprovechar tan buena oportunidad, teniendo en cuenta que, además, me ofreció un sueldo tres veces mayor que el que estaba ganando.

—Cien libras —murmuró Bundle—. Es una cantidad apreciable, Alfred. ¿Se mencionó algo acerca de quién habría de sustituirlo en el cargo que ocupaba en Chimneys?

—Puse algunas dificultades en cuanto a dejar mi trabajo en el acto. Indiqué que no era correcto hacerlo puesto que podría causar algunos inconvenientes, pero Mr. Mosgorovky dijo que conocía a un joven que había hecho esa clase de trabajo que podría

reemplazarme al momento. Entonces hablé con Mr. Tredwell y todo se arregló satisfactoriamente.

Bundle asintió. Sus sospechas habían sido correctas y el *modus operandi* fue como ella había intuido. Siguió preguntando:

—¿Quién es Mr. Mosgorovky?

—El caballero que dirige este club. Es un caballero ruso muy inteligente.

Bundle no siguió pidiendo información por el momento y habló de otros asuntos.

—Cien libras es una gran suma de dinero, Alfred.

—Mayor que cualquiera que jamás haya poseído, milady —repuso Alfred con candidez.

—¿No sospechó jamás que podía tratarse de algo turbio?

—¿Turbio, milady?

—Sí. No hablo del juego, sino de otra cosa mucho más grave. Supongo que no querrá ir a parar a la cárcel, ¿verdad, Alfred?

—¡Oh, Dios mío, milady! ¿Habla usted en serio?

—Estuve en Scotland Yard anteayer —prosiguió Bundle en tono grandilocuente— y oí algunas cosas curiosas. Quiero que usted me ayude, Alfred, y si algo sucede, si las cosas toman mal cariz, intentaré que no le pase nada.

—Estoy dispuesto a hacer cuanto pueda por usted, milady.

—Perfecto —dijo Bundle—. Ante todo, quiero recorrer el club hasta el último rincón.

Acompañada del atemorizado Alfred, llevó a cabo una cuidadosa inspección sin encontrar nada que le llamara la atención, hasta llegar a la sala de juego. Allí observó una puerta en un rincón, cerrada con llave.

Alfred habló rápidamente.

—Es una puerta para escapar, milady. Tras ella hay una habitación con una salida que da a una escalera que llega a la calle vecina. Por ahí se marchan los caballeros cuando viene la policía.

—¿Y la policía no se ha dado nunca cuenta de esto?

—Está muy bien disimulada, milady. Parece un aparador.

Bundle se sintió excitada.

—Debo entrar ahí —dijo.

Alfred negó con la cabeza.

—No es posible, milady. Mr. Mosgorovky tiene la llave.

—Bueno —observó Bundle—. Hay otras llaves.

Observó que la cerradura era corriente y que, con toda probabilidad, podría ser abierta fácilmente. Alfred, un tanto preocupado, obedeció la orden de Bundle de traer todas las llaves de la casa. La cuarta que Bundle probó abrió la puerta.

Bundle se encontró en una habitación pequeña y deslustrada, en cuyo centro había una mesa rodeada de sillas. No se veían otros muebles. A cada lado de la chimenea, había un aparador incrustado en la pared. Alfred señaló el más cercano con una inclinación de cabeza.

—Ése es —dijo.

Bundle trató de abrirlo, pero estaba cerrado y observó que la cerradura era de una clase que sólo podría abrirse con su propia llave.

—Es muy ingenioso —explicó Alfred—. Cuando está abierta, la puerta queda muy disimulada con estanterías. Nadie sospecharía nada, pero al apretar en cierto lugar, todo el aparador gira sobre unos goznes.

Bundle estaba examinando la habitación con sumo cuidado. Observó que la puerta por la que había entrado estaba forrada para aislar la habitación de ruidos. Entonces, sus ojos se posaron en las sillas. Eran siete en total, tres a cada lado de la mesa y una mayor bien centrada en la cabecera.

Los ojos de Bundle brillaron. Había encontrado lo que estaba buscando. Estaba segura de que aquel lugar era el punto de reunión de la organización secreta. Era algo perfecto. Se llegaba allí por la sala de juego o por la entrada secreta, y todas aquellas precauciones quedaban fácilmente explicadas por el juego de la habitación vecina.

Estaba pensando en estas cosas cuando, inadvertidamente, pasó la mano por la repisa de la chimenea. Alfred interpretó erróneamente aquel movimiento.

—Está limpia, milady —dijo—. Mr. Mosgorovky ordenó esta mañana que se arreglara esta habitación y yo lo hice mientras él estaba aquí.

—¡Oh! —exclamó Bundle reflexionando—. Esta mañana, ¿eh?

—Algunas veces hay que hacerlo —dijo Alfred—. Aunque esta habitación no se usa casi nunca.

Un instante después recibió una desconcertante sorpresa.

—Alfred —dijo Bundle—, tiene que encontrarme un sitio en esta habitación en el que pueda esconderme. Alfred la miró con expresión desmayada.

—Es imposible, milady. Me buscará usted un disgusto y hará que pierda mi empleo.

—Lo perderá de todas maneras cuando vaya a la cárcel —dijo Bundle seria—. Pero, en realidad, no debe asustarse, pues nadie se enterará.

—No hay ningún sitio en el que pueda esconderse. —Gimoteó Alfred—. Véalo usted misma, milady, sino me cree. Bundle se vio obligada a admitir que la afirmación de Alfred era cierta, pero estaba poseída por el verdadero espíritu de la aventura.

—¡Pamplinas! —exclamó— tiene que haber uno.

—Pero no lo hay —chilló Alfred.

Jamás habitación alguna pareció menos apropiada para esconderse en ella. Los cristales de las ventanas estaban cubiertos por descoloridos visillos y no había cortinas en la puerta ni en lugar alguno. El pretil de la ventana tenía en su parte exterior sólo cuatro pulgadas de anchura. Dentro de la habitación solamente estaba la mesa, las sillas y los aparadores.

El segundo aparador tenía la llave puesta. Bundle se dirigió hasta él y lo abrió, revelándose su interior lleno de vasos y piezas de vajilla.

—Es cristalería y loza de repuesto que no usamos —explicó Alfred—. Usted misma puede ver, milady, que no hay sitio para esconder ni un gato.

Pero Bundle estaba examinando las estanterías.

—¿Hay algún sitio abajo donde guardar todo esto? —preguntó señalando el contenido del aparador—. ¿Si? ¡Magnífico! Entonces traiga una bandeja y empiece a trasladarlo todo. De prisa, no hay tiempo que perder.

—Es imposible, milady. Además, se está haciendo tarde. Los cocineros llegarán enseguida.

—Ese Mr. Mosgo-no-sé-cuántos no vendrá hasta más tarde, supongo.

—No suele aparecer antes de medianoche. Pero milady…

—No hable tanto, Alfred. —Le interrumpió Bundle—. Busque

esa bandeja. Si sigue aquí remoloneando, se buscará un disgusto.

Alfred salió de la habitación haciendo lo que comúnmente se conoce como retorcerse las manos. No tardó en regresar con una bandeja y, comprendiendo que era inútil discutir con Bundle, empezó a trabajar con energía.

Como ella imaginaba, los estantes fueron fáciles de quitar. Los amontonó junto al aparador y entró en su interior.

—¡Ajá! —Observó—. Es bastante estrecho. Cierre la puerta con cuidado, Alfred. Así. Si, puede hacerse. Ahora quiero una barrena.

—¿Una barrena, milady?

—Eso he dicho.

—No creo…

—Debe haber una en la casa. Quizá tengan también un berbiquí. Sino hay, tendrá que ir a comprar uno, así que espabile y búsquelo.

Alfred salió y regresó pocos momentos después provisto de una buena colección de herramientas. Bundle encontró lo que quería y procedió rápidamente a taladrar un agujero al nivel de su ojo derecho. Lo hizo desde el exterior, para que fuera menos visible, no osando perforarlo demasiado grande para evitar llamar la atención.

—Ya está —dijo finalmente.

—¡Oh, pero, milady…! Milady…

—¿Qué?

—La encontrarán si abren la puerta.

—No la abrirán —repuso Bundle— porque usted la cerrará y se llevará la llave.

—¿Y si Mr. Mosgorovky, por casualidad, la pidiera?

—Dígale que se ha perdido —contestó Bundle—. Pero nadie se preocupará por este aparador. Sólo está aquí para hacer pareja con el otro. Ahora, váyase, Alfred. Alguien puede llegar en cualquier momento. Enciérreme en el aparador y sáqueme cuando todo el mundo se haya ido.

—Se sentirá usted mal ahí, milady. Se desmayará…

—No me desmayo nunca —repuso Bundle—. Pero podría usted traerme un cóctel. Lo necesito. Después, cierre la puerta de la habitación también y devuelva las llaves a su sitio. Y, Alfred, no sea tan gallina. Recuerde que si las cosas van mal yo le ayudaré.

«Y ahora, a esperar lo que ocurra», se dijo Bundle cuando, habiéndole Alfred traído el cóctel, se encontró encerrada en el

aparador.

No temía que Alfred la traicionara. Sabía que el miedo del criado era demasiado grande para hacerlo. Además, su práctica como criado le ayudaba a esconder sus emociones.

Sólo una cosa preocupaba a Bundle. Quizás interpretase erróneamente el significado de la limpieza llevada a cabo aquella mañana en la habitación. Si así fuera… Bundle suspiró en la estrechez del aparador. El pensamiento de que debería permanecer encerrada en él varias horas no era ni mucho menos atractivo.

Capítulo XIV

LA REUNIÓN DE LAS SIETE ESFERAS

Será mejor pasar lo más rápidamente posible sobre los sufrimientos de Bundle durante las siguientes cuatro horas. Encontró que su posición era extremadamente incómoda. Había calculado que la reunión, si iba a celebrarse alguna, tendría lugar cuando el club se encontrara en el momento de mayor ajetreo, probablemente entre medianoche y las dos de la madrugada.

Ya pensaba que serían las seis de la mañana cuando un agradable sonido, producido por una puerta al abrirse, llegó hasta sus oídos.

Un instante después, se encendió la luz. El murmullo de voces que había oído durante un momento cesó tan súbitamente como había empezado. Bundle oyó cerrarse un cerrojo. No cabía duda de que alguien había entrado procedente de la sala de juego, y ella dio gracias porque la puerta de comunicación fuera a prueba de ruidos.

Unos segundos después, aquella persona se puso en su línea de visión, bastante restringida ciertamente, pero que cumplía su objetivo. Un hombre alto, de anchos hombros y aspecto fornido, con barba negra. Bundle recordó haberlo visto en una de las mesas de bacará la noche anterior.

Ése debía ser, pues, el misterioso caballero ruso propietario del club: el siniestro Mr. Mosgorovky. El corazón de Bundle latió aceleradamente. Se parecía tan poco a su padre, que en estos instantes disfrutaba con la estrechez del escondrijo.

El ruso permaneció unos momentos junto a la mesa, acariciándose la barba. Después, sacó un reloj de bolsillo y consultó la hora. Movió la cabeza en señal de satisfacción y, metiéndose la

mano en el bolsillo, sacó algo que Bundle no pudo ver. Luego, desapareció de su vista.

Cuando reapareció, Bundle casi no logró reprimir una exclamación de asombro.

Su cara estaba cubierta por una máscara, pero no una máscara de las convencionales. No tenía la forma de la cara. Era un simple pedazo de tela que le cubría las facciones como una cortina, con dos agujeros correspondientes a los ojos. Era redonda y en ella se había pintado una esfera de reloj, con las manecillas señalando las seis.

«¡Las Siete Esferas!», se dijo Bundle.

Y en aquel instante, oyó un nuevo ruido: siete golpes en la puerta.

Mosgorovky se dirigió al lugar en el que Bundle sabía se encontraba el otro aparador. Oyó un chasquido, y unas voces que hablaban en un idioma extranjero.

Poco después, tuvo a los recién llegados ante su vista. También llevaban máscaras con esferas pintadas, pero las manecillas no señalaban las seis sino las cinco y las cuatro, respectivamente. Ambos hombres vestían de etiqueta, pero había una gran diferencia. Uno de ellos era un joven alto, vestido con un traje de corte exquisito. La gracia de sus movimientos lo hacía parecer extranjero más que inglés. El otro podía ser más bien descrito como fuerte y delgado. La ropa le caía bien, pero nada más, y Bundle adivino su nacionalidad incluso antes de que hablara.

—Veo que somos los primeros en llegar —dijo con una voz agradable y un fuerte acento norteamericano en el que se advertía un ligero deje irlandés.

El joven elegante habló en buen inglés, aunque algo afectado.

—Tuve muchas dificultades para venir esta noche. Estas cosas no se arreglan siempre satisfactoriamente. Al contrario que el número cuatro aquí presente, no soy dueño de mi tiempo.

Bundle trató de adivinar su nacionalidad. Antes de que hablara lo creyó francés, pero su acento no correspondía al del vecino país. Pensó que podía ser austríaco o húngaro, o incluso ruso.

El americano fue al otro lado de la mesa y Bundle oyó el ruido de una silla al ser arrastrada.

—La una ha tenido un éxito fantástico —dijo—. Le felicito por haberse arriesgado tanto.

El cinco se encogió de hombros.

—A menos que uno se arriesgue… —dijo sin concluir la frase.

Se oyeron siete golpes y Mosgorovky se dirigió hacia la puerta secreta.

Durante algunos momentos Bundle no vio nada, puesto que se encontraban fuera de su vista, pero después escuchó la voz del ruso.

—¿Empezamos la reunión?

Rodeó la mesa dirigiéndose hacia la cabecera y tomó asiento junto a la silla allí dispuesta, situada frente al aparador en el que se encontraba Bundle. El elegante cinco se sentó a su lado; la tercera silla estaba fuera de la vista de Bundle, pero el americano, cuyas manecillas señalaban las cuatro, permaneció frente al agujero unos momentos antes de dirigirse a su asiento.

Sólo podía ver dos sillas en el lado más cercano de la mesa y, mientras ella miraba, una mano inclinó la segunda, que era, en realidad, la del medio. Y entonces, moviéndose rápidamente, uno de los recién llegados pasó junto al aparador y se sentó frente a Mosgorovky, y de espaldas, naturalmente, a Bundle. Y era esa espalda lo que Bundle miraba con gran interés, pues correspondía a una hermosa dama muy escotada.

Fue ella la primera en hablar. Su voz era musical, extranjera, con un tono seductor. Miraba hacia la silla vacía de la cabecera de la mesa.

—¿Tampoco esta noche veremos al número siete? —preguntó—. Díganme, amigos míos, ¿lo veremos alguna vez?

—Eso no es bueno, nada bueno —dijo el americano—. En cuanto al siete, estoy empezando a creer que no existe tal persona.

—Le aconsejo que no piense eso, amigo mío —repuso el ruso con voz agradable.

Se produjo un silencio que a Bundle le pareció incómodo.

Seguía mirando, fascinada, la hermosa espalda situada ante su ojo. Debajo del hombro derecho había un pequeño lunar que hacía resaltar la blancura de la piel. Bundle sintió en aquel momento que la expresión «hermosa aventurera» adquiría significado. Poseía la certeza de que aquella mujer tenía un rostro hermoso: un rostro eslavo con ojos apasionados.

La voz del ruso, quien parecía actuar de maestro de ceremonias, la sacó de su abstracción.

—¿Les parece que empecemos?

Hizo un curioso gesto con la mano hacia la silla inclinada junto a la mujer, que los demás imitaron.

—Quisiera que el número dos estuviera con nosotros esta noche —continuó—. Quedan muchas cosas por hacer. Se han presentado dificultades insospechadas y hemos de ocuparnos de ellas.

—¿Ha recibido usted su informe? —pregunto el americano.

—Hasta el momento, no sé nada de él. —Se produjo una pausa —. No puedo comprenderlo.

—¿Cree que está… descarriado?

—Es una posibilidad.

—En otras palabras —dijo el número cinco con voz suave—, hay peligro.

Pronunció la palabra con delicadeza y un regusto de placer.

El ruso asintió enfáticamente.

—Sí, lo hay. Se está hablando demasiado acerca de nosotros y de este lugar. Conozco a varias personas que sospechan. —Añadió con frialdad—: Deben ser silenciadas.

Bundle sintió que un frío temblor le recorría la espina dorsal. ¿Sería ella silenciada si la encontraban allí? Una palabra pronunciada en la habitación la devolvió a la realidad.

—¿No se ha aclarado nada de lo sucedido en Chimneys?

Mosgorovky negó.

—Nada.

El número cinco se inclinó de pronto hacia delante.

—Yo estoy de acuerdo con Anna. ¿Dónde está nuestro presidente, el número siete? ¿No lo veremos jamás? Eso me intriga.

—El número siete —repuso el ruso— trabaja a su manera.

—Eso es lo que usted siempre nos dice.

—No diré nada más —siguió Mosgorovky—. ¡Ay del hombre o la mujer que se enfrente a él!

Siguió un extraño silencio.

—Debemos seguir con nuestros negocios —añadió Mosgorovky tranquilamente—. ¿Tiene usted los planos de la Abadía, número tres?

Bundle aguzó el oído. Hasta aquel momento no había visto ni oído al número tres. Le oyó entonces y, en su tono agradable e indistinto, reconoció su voz como la de un inglés educado.

—Los tengo aquí, señor.

Unos papeles fueron depositados encima de la mesa. Todos se inclinaron hacia delante. Un momento después, Mosgorovky levantó la cabeza.

—¿Y la lista de invitados?

—Aquí está.

El ruso la leyó.

—Sir Stanley Digby, Mr. Terence 0'Rourke, sir Oswald y lady Coote, Mr. Bateman, condesa Anna Radzky, Mrs. Macatta, Mr. James Thesiger… —Hizo una pausa y después preguntó tajante—: ¿Quién es Mr. James Thesiger?

El americano rió.

—Creo que no debe usted preocuparse por él. Es uno de esos borricos modernos.

—Herr Eberhard y Mr. Eversleigh. Eso completa la lista.

«¿Ah, sí? —pensó Bundle—. ¿Y qué hay de la encantadora lady Eileen Brent?».

—En efecto, no parece haber por ahora nada que pueda preocuparnos —dijo Mosgorovky. Luego miró a los reunidos—. Supongo que no habrá duda alguna en cuanto al valor del invento de Eberhard.

El hombre cuya esfera señalaba las tres replicó con el laconismo británico:

—Ninguna.

—Comercialmente debe valer millones —prosiguió el ruso—. E internacionalmente, todos sabemos demasiado de la ambición de algunas naciones.

Bundle tuvo la idea de que, tras su máscara, sonreía desagradablemente.

—Sí. —Prosiguió—. Una mina de oro.

—Que bien vale algunas vidas. —Observó el número cinco, con una risa cínica.

—Pero ya saben ustedes cómo son los inventores —dijo el americano—. Algunas veces los frutos de su ingenio no dan resultado.

—Un hombre como sir Oswald Coote no se habrá equivocado. —Objetó Mosgorovky.

—En mi calidad de aviador —interpuso el americano—, creo

que es perfectamente factible. Se ha hablado de ello durante varios años, pero fue necesario el genio de Eberhard para llevarlo a buen fin.

—Bien —dijo Mosgorovky—. No creo que debamos discutir más este asunto. Todos ustedes han visto los planos. No me parece que nuestro plan original pueda ser mejorado. A propósito, he oído decir que se encontró una carta de Gerald Wade en la que se menciona esta organización. ¿Quién la encontró?

—Lady Eileen Brent, la hija del aristócrata lord Caterham.

—Bauer debió haber sido más precavido —dijo Mosgorovky—. Fue un descuido por su parte. ¿A quién estaba dirigida la carta?

—Creo que a su hermana —contestó el tres.

—Es un incidente desgraciado —observó Mosgorovky—, pero nada puede hacerse respecto a él. Mañana se celebra la encuesta sobre la muerte de Ronald Devereux. ¿Han sido tomadas las medidas necesarias?

—Por todas partes han surgido comentarios acerca de muchachos que estaban disparando sus rifles al azar —dijo el americano.

—Entonces, todo irá bien. Creo que no hay nada más que decir y que debemos todos felicitar al número uno y desearle suerte en el papel que debe representar.

—¡Hurra! —gritó el número cinco—. ¡Por Anna!

Las manos de los reunidos se levantaron en el gesto que Bundle había observado antes.

—¡Por Anna!

El número uno dio las gracias con un típico gesto extranjero. Después, se puso en pie y los demás la imitaron. Por vez primera, Bundle vio al número tres cuando ayudó a Anna a ponerse la capa: era un hombre alto y de constitución fuerte.

Entonces los reunidos salieron por la puerta secreta, que Mosgorovky cerró tras ellos. Esperó unos momentos y Bundle le oyó abrir la otra puerta y salir por ella después de apagar la luz.

Dos horas más tarde Alfred, pálido y ansioso, abrió el aparador en el que Bundle estaba escondida. Ella casi cayó en sus brazos y el criado se vio obligado a sostenerla.

—No es nada —dijo Bundle—. Tengo las piernas doloridas, eso es todo. Déjeme sentar un momento.

—¡Oh, Dios mío, milady! Ha sido terrible.

—¡No tanto! —repuso Bundle—. Todo ha salido muy bien. No se asuste ahora, todo ha pasado. Pudo haber salido mal, pero a Dios gracias no ha sido así.

—Por fortuna, milady. He estado temblando toda la noche. Es una gente muy rara, milady.

—Puede usted asegurarlo, Alfred. —Observó Bundle, frotándose vigorosamente brazos y piernas—. En realidad, hasta esta noche había creído que gente de esa clase sólo existía en las novelas. En esta vida, Alfred, siempre se aprende algo.

Capítulo XV

LA ENCUESTA

Eran alrededor de las seis de la mañana cuando Bundle llegó a su casa. A las nueve y media estaba ya levantada y vestida, y llamó a Jimmy Thesiger por teléfono.

La rapidez con que contestó le causó alguna sorpresa, que se disipo cuando le explico que asistiría a la encuesta.

—Yo también —dijo Bundle—. Y tengo muchas cosas que contarle.

—¿Quiere que pase a recogerla y así hablaremos por el camino?

—Muy bien, pero hágalo con tiempo suficiente para pasar por Chimneys, pues el jefe de policía avisó que iría a buscarme.

—¿Por qué lo hace?

—Porque es un hombre muy bondadoso.

—También lo soy yo —observó Jimmy—. Muy bondado…

—¡Oh! Usted… usted es un borrico —dijo Bundle—. Anoche oí a alguien que lo dijo.

—¿Quién fue?

—Un judío ruso. No, no fue él, sino…

Pero una indignada protesta la acalló.

—Quizás sea un borrico —dijo Jimmy—. Incluso creo que lo soy, pero no estoy dispuesto a consentir que un judío ruso diga eso de mi. ¿Qué hizo usted anoche?

—Eso es lo que le contaré después —contesto Bundle—. Hasta luego.

Colgó el auricular de una manera encantadora que dejó a Jimmy agradablemente interesado. Tenía la mejor opinión de la capacidad de Bundle, aunque no había nada más en sus sentimientos hacia

ella.

«Ha estado haciendo algo —pensó, mientras apuraba apresuradamente su taza de café—. Estoy seguro».

Veinte minutos después, su pequeño coche de dos plazas se detuvo frente a la casa de Brook Street y Bundle, que le estaba esperando, bajó rápidamente. Jimmy no era, por regla general, un muchacho muy observador, pero notó las ojeras que le circundaban los ojos, que delataban que se había acostado muy tarde.

—Vamos a ver —dijo mientras se dirigían hacia los suburbios—. ¿Qué ha estado haciendo?

—Ahora se lo contaré todo —repuso Bundle—, pero no me interrumpa hasta que haya acabado.

El relato fue bastante largo y Jimmy no podía apartar los ojos del camino para evitar tener un accidente. Suspiró cuando Bundle terminó. Entonces, la miró pensativo.

—Bundle.

—Sí.

—¿No me habrá estado tomando el pelo?

—¿Qué quiere decir?

—Lo siento —se excusó Jimmy—; pero me parece haber oído eso antes en un sueño, ¿sabe?

—Lo sé —repuso Bundle comprensiva.

—Es posible —dijo Jimmy expresando sus pensamientos en voz alta—. La hermosa aventurera extranjera, la banda internacional, el misterioso número siete cuya identidad nadie conoce… He leído esas cosas muchas veces en las novelas.

—Claro que si, y yo también; pero ése no es motivo para que no sucedan realmente.

—Supongo que no —admitió Jimmy.

—Después de todo, la ficción se basa en hechos reales.

Quiero decir que si las cosas no sucedieran, la gente no podría pensar en ellas.

—Sus razonamientos son lógicos —asintió Jimmy—. Pero de todas maneras, no puedo evitar pellizcarme para comprobar si estoy despierto.

—Yo también tuve esa impresión.

Jimmy suspiró profundamente.

—Bien, supongo que estamos despiertos. Déjeme ver: un ruso,

un americano, un inglés, un posible austriaco o húngaro, y la señora, que puede ser de cualquier nacionalidad, por ejemplo, rusa o polaca. Es un grupo muy representativo.

—Y un alemán —dijo Bundle—. Ha olvidado usted al alemán.

—¡Oh! —exclamó Jimmy—. Usted cree…

—El número dos, que estaba ausente, es Bauer, nuestro lacayo. Me parece bastante claro por lo que dijeron acerca de esperar un informe que no había llegado, aunque no alcanzo a imaginar qué puede hacer en Chimneys que pueda proporcionarle información.

—Debe de tratarse de algún asunto relacionado con la muerte de Gerry Wade —repuso Jimmy—. Hay algo ahí en lo que aún no hemos profundizado. ¿Dice usted que mencionaron a Bauer por su nombre?

Bundle asintió.

—Le reprocharon que no hubiese encontrado esa carta.

—Bien, las cosas están más claras. Tendrá que perdonar mi incredulidad, Bundle, pero su historia parecía muy extraña. ¿Dice usted que ellos saben que iré a la abadía Wyvern la semana próxima?

—Sí. Entonces fue cuando el americano —fue él, no el ruso— dijo que no había necesidad de preocuparse, que usted era un borricos.

—¡Ah! —exclamó Jimmy. Pisó a fondo el acelerador y el coche salió disparado—. Me complace que me haya contado esto, pues eso me hace interesarme en el asunto.

Permaneció en silencio un momento y prosiguió:

—¿Dice usted que el nombre del inventor alemán es Eberhard?

—Sí. ¿Por qué?

—Espere un momento. Estoy recordando algo. Eberhard, Eberhard… Sí, tengo la certeza de que éste era el nombre.

—Cuénteme.

—Eberhard es un individuo que está en posesión de un sistema para templar el acero. No puedo explicarlo detalladamente porque carezco de conocimientos científicos, pero sé que lo endurece de tal forma que un alambre tiene tanta resistencia como una barra. Eberhard estaba relacionado con la aviación y su idea consistió en que, de reducirse el peso de los aviones, la aviación se revolucionaría. Quiero decir que el coste de fabricación quedaría

muy reducido. Creo que ofreció el invento al gobierno alemán y se lo rechazaron, alegando que tenía algunos defectos, pero lo hicieron con bastante grosería. Entonces, se puso a trabajar de firme y logró corregir los fallos, pero se sentía ofendido por la actitud del gobierno y juró que no les daría su invento. Siempre creí que se trataba de un bulo, pero ahora toma un cariz distinto.

—Eso es —asintió Bundle animada—. Creo que tiene usted razón. Eberhard debe haber ofrecido su invento a nuestro gobierno, que ha pedido, o pedirá, la opinión de un experto como sir Oswald Coote, para lo cual sir Oswald, George, el ministro de Aviación y Eberhard celebrarán una reunión en la Abadía. Eberhard llevará consigo los planos, o la fórmula, o como se llame…

—Fórmula. —Sugirió Jimmy—. Me parece que ésta es la palabra adecuada.

—Llevará la fórmula consigo, y las Siete Esferas quieren robarla. Recuerdo que el ruso dijo que valía millones.

—Supongo que debe ser así —asintió Jimmy.

—Y unas cuantas vidas —dijo otro de ellos.

—Parece que ya las ha estado contando. —Observó Jimmy, cuyo rostro se ensombreció—. Fíjese en la encuesta de hoy. ¿Está segura, Bundle, de que Ronny no dijo nada más?

—No —repuso ella—. Sólo Seven Dials… Dígaselo a Jimmy Thesiger. Eso es todo cuanto alcanzó a decir, pobre muchacho.

—Ojalá supiéramos lo que había averiguado. —Observó Jimmy —. Pero sabemos una cosa. Me parece casi evidente que Bauer, el criado, es responsable de la muerte de Gerry. ¿Sabe, Bundle?

—¿Si?

—A veces me siento angustiado y me pregunto quién será la próxima víctima. No es la clase de asunto en que una joven debe mezclarse.

Bundle sonrió. Se le ocurrió que Jimmy había necesitado mucho tiempo para clasificarla en la misma categoría que a Lorraine Wade.

—Es más probable que el próximo en caer sea usted. —Observó alegremente.

—¿Por qué no piensa en algo más alegre, como, por ejemplo, en que haya alguna víctima en el otro lado? —preguntó Jimmy—. Esta mañana me siento bastante sanguinario. ¿Reconocería usted a algunos de los miembros de la banda si los volviera a ver?

Bundle vaciló.

—Creo que al número cinco —dijo finalmente—. Habla de una manera algo rara, como con un ceceo.

—¿Y el inglés?

Bundle negó con la cabeza.

—Fue al que menos vi —sólo un atisbo— y tiene una voz corriente. Excepto que es un hombre corpulento, no sé nada más.

—Está la mujer, desde luego —continuó Jimmy—. Debería ser más fácil de identificar. Seguramente hace el trabajo sucio, dejándose invitar a cenar por enamoradizos ministros y sonsacándoles secretos de estado cuando han bebido un par de copas. Por lo menos, así es como sucede en las novelas. Pero en realidad, el único ministro a quien conozco sólo bebe limonada.

—Piense en George Lomax —dijo Bundle riendo—. ¿Puede imaginárselo enamorándose de hermosas mujeres extranjeras?

Jimmy estuvo de acuerdo con ella.

—En cuanto al misterioso número siete —prosiguió Jimmy—, ¿tiene usted alguna idea de quién puede ser?

—Ninguna en absoluto.

—Si nos guiamos por las novelas, debe de tratarse de alguien a quien todos conocemos. ¿Será, acaso, el propio George Lomax?

Bundle no estuvo de acuerdo.

—Sería el jefe perfecto en una novela —dijo—, pero conociendo a «El besugo»… —Y estalló en una fuerte carcajada—. ¡«El besugo», el gran criminal! —exclamó entre espasmos de risa—. ¿No sería maravilloso?

Jimmy asintió. Su conversación duraba ya algún rato y, sin darse cuenta, Jimmy había aminorado la velocidad del coche. Cuando llegaron a Chimneys, el coronel Melrose estaba ya allí. Jimmy le fue presentado y los tres se dirigieron juntos a la encuesta.

Como predijera el coronel Melrose, el procedimiento fue muy sencillo. Bundle declaró y también el doctor. Se mencionaron las prácticas de tiro en la vecindad y, tras una breve deliberación, se dio el veredicto de muerte por accidente.

Una vez finalizada la encuesta, el coronel Melrose se ofreció para llevar a Bundle a Chimneys y Jimmy Thesiger regresó a Londres.

A pesar de su aspecto indiferente, el relato de Bundle le

impresionó profundamente y apretó los labios con fuerza.

—Ronny, amigo mío —había murmurado—, voy a vengarte y tú no estarás aquí para tomar parte en el juego.

Un pensamiento acudió a su mente. ¡Lorraine! ¿Estaría ella en peligro?

Después de vacilar durante un momento, se dirigió al teléfono y la llamó.

—Soy yo, Jimmy. Pensé que te gustaría saber el resultado de la encuesta. Muerte por accidente. Y nada más.

—¡Oh! Pero…

—Sí, también yo creo que algo se esconde detrás de todo eso. Seguramente, el *coroner* recibió alguna indicación. Creo que alguien trabaja para que no se remueva el caso. Oye, Lorraine…

—¿Si?

—Creo… creo que suceden algunas cosas muy raras. Tendrás cuidado, ¿verdad? Hazlo por mí.

Jimmy escuchó la nota de alarma en su voz.

—Entonces, Jimmy, es peligroso para ti. Tengo mucho miedo.

Él se rió.

—¡Oh! *Eso* no importa. Tengo siete vidas, como los gatos. Adiós, pequeña.

Colgó y permaneció ensimismado durante unos momentos. Después, llamó a Stevens.

—¿Sabe dónde podría adquirir una buena pistola, Stevens?

—¿Una pistola, señor?

Stevens, como buen mayordomo, no demostró sorpresa alguna.

—¿Qué clase de pistola necesita, señor?

—De la clase que cuando se aprieta el gatillo dispara hasta que se quita el dedo.

—Una automática, señor.

—Eso es —asintió Jimmy—, una automática. Y me gustaría que tuviera el cañón pavonado. En las novelas americanas, el bueno siempre saca una pistola pavonada del bolsillo trasero del pantalón.

Stevens se permitió sonreír discretamente.

—La mayor parte de los caballeros americanos a quienes he conocido llevan algo muy distinto en ese bolsillo. —Observó.

Jimmy Thesiger se rió.

Capítulo XVI

REUNIÓN EN LA ABADÍA

Bundle llegó a la Abadía el viernes a tiempo de tomar el té. George Lomax salió a recibirla con considerable *empressement*.

—Mi querida Eileen —exclamó—, no sabe cuánto me complace verla aquí. Debe perdonarme que no la invitara junto con su padre, pero, a decir verdad, jamás imaginé que una reunión de esta clase pudiera interesarle. Me sentí… ah… sorprendido así como… ah… encantado, cuando lord Caterham me habló de su… ah… interés por… ah… la política.

—Deseaba tanto venir. —Señaló Bundle con voz ingenua.

—Mrs. Macatta llegará en el último tren —explicó George—. Anoche dio una conferencia en Manchester. ¿Conoce a Thesiger? Es un muchacho joven, pero con notables conocimientos de política exterior. Claro que por su aspecto nadie lo diría.

—Conozco a Mr. Thesiger —dijo Bundle y estrechó solemnemente la mano de Jimmy, que se había peinado con la raya en medio para dar mayor énfasis a su expresión.

—Escuche —dijo Jimmy apresuradamente en voz baja cuando George se separó de ellos por unos momentos—. No se enfade, pero le he hablado a Bill de nuestros planes.

—¿A Bill? —preguntó Bundle, enfadada.

—Después de todo —se disculpó Jimmy—, es uno de los nuestros. Tanto Ronny como Gerry eran amigos suyos.

—Ya lo sé —admitió Bundle.

—¿Cree que es un error? Lo siento.

—Bill es un buen muchacho, desde luego. No se trata de eso —explicó Bundle—, sino de que es torpe de nacimiento.

—¿Quiere decir que no es mentalmente muy ágil? —preguntó Jimmy—. Pero olvida usted algo: Bill tiene unos puños muy fuertes. Y tengo la impresión de que unos puños fuertes podrían llegar a ser muy útiles.

—Quizá tenga razón. ¿Cómo reaccionó?

—Me costó algo hacérselo comprender y tuve que repetírselo varias veces para que se le metiera en la cabeza. Naturalmente, está con nosotros en cuerpo y alma.

George reapareció de pronto.

—Quiero presentarte a algunas personas, Eileen. Éste es sir Stanley Digby. Lady Eileen Brent. Mr. O'Rourke…

El ministro de aviación era un hombre bajo y sonriente. Mr. O'Rourke, alto, de expresivos ojos azules y rostro típicamente irlandés, saludó a Bundle con entusiasmo.

—¡Y yo que creía que se trataba de una aburrida reunión política! —susurró con picardía.

—No siga —repuso Bundle—. Me interesa la política… mucho.

—Supongo que conoce a sir Oswald y a lady Coote —prosiguió George.

—No, no había tenido el placer de conocerlos —dijo Bundle sonriendo y aplaudiendo mentalmente el poder descriptivo de su padre.

Sir Oswald estrechó la mano de Bundle con fuerza, haciéndola contraerse ligeramente de dolor.

Después de un triste saludo, lady Coote se volvió hacia Jimmy Thesiger, como si encontrara en él algo similar al placer. A pesar de su mala costumbre de levantarse tan tarde para el desayuno, a lady Coote le gustaba aquel joven amable y sonrosado. Su aire de irreprimible buen carácter la fascinaba. Sentía un deseo maternal de quitarle sus malas costumbres y convertirlo en uno de los muchos trabajadores del mundo. Jamás se había preguntado si, una vez formado, seguiría siendo tan atractivo. En aquel momento, empezó a describirle un doloroso accidente automovilístico sufrido por una de sus amigas.

—Mr. Bateman —dijo George brevemente, como si deseara pasar a cosas más importantes.

Un joven de aspecto serio y cara pálida se inclinó.

—Y ahora —continuó George—, quiero presentarle a la condesa

Radzky.

La condesa Radzky había estado conversando con Mr. Bateman. Reclinada en el sofá y con las piernas cruzadas de forma bastante atrevida, fumaba un cigarrillo en una boquilla increíblemente larga y con incrustaciones de turquesa.

Bundle se dijo que era una de las mujeres más hermosas que había visto jamás. Sus ojos eran muy grandes y azules, su cabello tenía el color del carbón, su cutis era suave y delicado, y su cuerpo esbelto y sinuoso. Bundle tuvo la certeza de que en la Abadía jamás se habían visto unos labios tan rojos como los de la condesa.

—Es Mrs. Macatta, ¿verdad? —dijo ésta animadamente.

George respondió que no y al presentarle a Bundle, la condesa la saludó con un breve movimiento de cabeza y prosiguió su conversación con el grave Mr. Bateman.

Bundle oyó la voz de Jimmy que murmuraba algo a su oído.

—Pongo está totalmente fascinado por la adorable eslava —dijo —. ¿No le parece patético? Venga, vamos a tomar una taza de té.

Una vez más, se acercaron al lugar donde se encontraba sir Oswald Coote.

—Su residencia de Chimneys es magnífica —comentó el gran hombre.

—Me complace que le gustara —respondió Bundle con modestia.

—Necesita tuberías nuevas —observó sir Oswald—. Modernizarla, ya sabe.

Permaneció pensativo durante un momento.

—He alquilado la residencia del duque de Alton por tres años mientras busco una para comprar. Supongo que su padre no podría vender Chimneys aunque quisiera, ¿verdad?

Bundle sintió que le faltaba el aliento. Tuvo una horrible visión de Inglaterra con innumerables sir Oswald Coote residiendo en innumerables Chimneys, todos ellos desde luego con tuberías nuevas.

Sintió un súbito y violento resentimiento que, se dijo, era absurdo. Sir Oswald poseía una de aquellas poderosas personalidades que hacen palidecer a cuantos se encuentran a su alrededor. Como lord Caterham había dicho, era una apisonadora humana. Y sin embargo, en muchos sentidos resultaba estúpido. Dejando aparte los conocimientos que tenía de su industria,

seguramente era muy ignorante. Aquellos cien delicados placeres de la vida de que lord Caterham sabía gozar eran un libro cerrado para sir Oswald.

Mientras reflexionaba en estos términos, Bundle seguía charlando agradablemente. Supo que herr Eberhard había llegado, pero que se había ido a la cama con dolor de cabeza. Esta información le fue dada por Mr. O'Rourke, que se las apañó para encontrar un sitio a su lado y conservarlo.

Bundle fue a vestirse para la cena, sintiendo una agradable expectación, así como cierto nervioso y temor cuando pensaba en la inminente llegada de Mrs. Macatta. Barruntó que conversar con Mrs. Macatta no sería un camino de rosas.

Recibió la primera sorpresa cuando bajó, elegantemente vestida con un traje negro, y cruzó el vestíbulo. Un lacayo estaba de pie allí, o por lo menos, un hombre vestido de lacayo. Pero aquel cuerpo grande y fuerte no se prestaba a error. Bundle se detuvo y lo miró fijamente.

—Superintendente Battle —susurró.

—Sí, lady Eileen.

—¡Oh! —exclamó Bundle vacilando—. ¿Está usted aquí para… para…?

—Para vigilar.

—Comprendo.

—Aquella carta amenazadora —dijo el superintendente—, preocupó bastante a Mr. Lomax, que insistió en que viniera para evitar cualquier acontecimiento desagradable.

—Pero ¿no cree usted…? —Empezó a decir Bundle, y se interrumpió. No osaba sugerirle al superintendente que su disfraz no era muy bueno. Era como si las palabras «agente de policía» estuvieran escritas en él, lo cual, creyó Bundle, no dejaría de ser advertido por el menos desconfiado criminal.

—Usted cree —dijo el superintendente— que me reconocerán.

—Yo… oh… creo que sí —admitió Bundle.

Algo parecido a una sonrisa distendió el rostro del superintendente Battle.

—Los pondré en guardia, ¿eh? Bien, lady Eileen, ¿por qué no?

—¿Por qué no? —Repitió Bundle, en su opinión como una estúpida.

El superintendente asentía lentamente.

—No queremos que suceda nada desagradable, ¿verdad? —dijo —. No tenemos que ser demasiado listos y sólo debemos mostrar a quienes puedan tener malos deseos que hay alguien vigilando.

Bundle lo miro con admiración. Comprendió que la súbita aparición de un personaje tan importante como el superintendente Battle podía tener un efecto deprimente sobre los planes que quizás alguien se hubiera forjado.

—Es un gran error ser demasiado inteligente. —Repetía el superintendente Battle—. Lo importante es que nada desagradable suceda este fin de semana.

Bundle se separó del superintendente, pensando en cuántos de los invitados habían reconocido, o reconocerían, al detective de Scotland Yard. Encontró a George en el salón, con el ceño fruncido y un sobre amarillo en la mano.

—Muy desagradable —dijo—. Es un telegrama de Mrs. Macatta diciendo que no podrá venir por tener a sus hijos con paperas.

Bundle sintió un considerable alivio.

—Lo siento especialmente por usted, Eileen —afirmó George bondadosamente—. Conozco el interés que usted tenía por conocerla. También la condesa se sentirá muy desilusionada.

—No importa —dijo Bundle—. Me molestaría mucho que, por haber venido, me contagiara las paperas.

—Una enfermedad muy desagradable —asintió George—. Pero no creo que la infección se transmita así. Mrs. Macatta jamás hubiera querido correr un riesgo de esas características. Es una mujer de muy nobles sentimientos, con un verdadero sentido de la responsabilidad para con la comunidad. En estos días de interés nacional, todos debemos tener en cuenta que…

Estaba a punto de empezar un discurso, pero se contuvo a tiempo.

—Afortunadamente —dijo—, no hay prisa en su caso. Pero, por desgracia, la condesa estará poco tiempo en nuestro país.

—Creo que es húngara, ¿verdad? —comentó Bundle, que sentía mucha curiosidad por ella.

—Sí. Seguramente habrá usted oído hablar del partido de la Joven Hungría. La condesa es uno de sus líderes. Esa mujer de gran riqueza, que enviudó muy joven, ha puesto su dinero y su talento al

servicio de su pueblo. Siente especial inclinación por el problema de la mortalidad infantil, terrible en Hungría en la actualidad. Yo… ¡Ah! Aquí está herr Eberhard.

El inventor alemán era más joven de lo que Bundle había imaginado y probablemente no tenía más de treinta y tres o treinta y cuatro años. Era tosco y no parecía encontrarse a gusto, pero no dejaba de ser agradable. Sus ojos azules eran más tímidos que esquivos, y su característica más desagradable, el comerse las uñas que tanto había molestado a Bill, surgía a su juicio, de un temperamento nervioso. Era delgado como un junco y tenía el semblante típico de una persona anémica.

Habló algo torpemente con Bundle en un inglés pomposo y ambos agradecieron la interrupción del alegre Mr. O'Rourke. Poco después hizo acto de presencia Bill, dirigiéndose seguidamente hacia el lugar donde se encontraba Bundle. Parecía perplejo y atribulado.

—Hola, Bundle. Oí que habías llegado. He tenido que trabajar toda la tarde. De lo contrario, hubiera venido a saludarte antes.

—¿Han sido pesadas las tareas de estado esta noche? —preguntó O'Rourke con conmiseración.

—No sé cómo es tu jefe. —Se quejó—. Parece buena persona, pero «El besugo» es absolutamente imposible. Trabajar, trabajar y trabajar de la mañana a la noche. Todo lo que uno hace está mal hecho y todo lo que dejas por hacer hay que hacerlo.

—Parece que cites frases de tu libro de oraciones. —Observó Jimmy, que se reunía con ellos en aquel momento.

Bill lo miró con reproche.

—Nadie sabe lo que tengo que soportar —dijo con un tono patético.

—Agasajando a la condesa, ¿verdad? —Sugirió Jimmy—. Pobre Bill, ha debido ser un esfuerzo considerable para ti, que odias a las mujeres.

—¿Qué significa eso? —preguntó Bundle.

—Después del té —explicó Jimmy sonriendo—, la condesa le pidió a Bill que le hiciese de cicerone.

—No pude negarme, ¿no os parece? —replicó Bill, rojo como un tomate.

Bundle se sintió inquieta. Conocía muy bien lo susceptible que

era Bill a los encantos femeninos. Mr. William Eversleigh sería como cera blanda en manos de la condesa. Una vez más, se preguntó si Jimmy Thesiger había hecho bien confiando en Bill.

—La condesa —dijo Bill— es una mujer encantadora y muy inteligente. Tendrías que haberla visto mientras recorríamos la casa. No hacía sino preguntar cosas.

—¿Qué clase de cosas? —Inquirió Bundle, de pronto.

Bill fue vago en su contestación.

—¡Oh, no sé! Acerca de su historia, los muebles… y toda clase de cosas.

En aquel momento, la condesa entró en el salón. Parecía faltarle el aliento. Con un ceñido vestido de terciopelo negro, tenía un aspecto majestuoso. Bundle observo que Bill gravitaba inmediatamente cerca de ella y que el serio joven de las gafas se unía a él.

—Bill y Pongo están completamente prendados de ella —observó Jimmy Thesiger riendo.

Bundle no estaba muy segura de que aquello pudiera tomarse a risa.

Capítulo XVII

DESPUÉS DE LA CENA

George no creía en las innovaciones modernas y la Abadía desconocía algo tan usual como la calefacción central. En consecuencia, cuando las señoras entraron en el salón después de la cena, la temperatura carecía allí de los grados necesarios para llevar sin riesgo los modernos vestidos de noche. El fuego que ardía en la chimenea fue como un imán y las tres mujeres se apiñaron junto a él.

—¡Brrrrr! —dijo la condesa, emitiendo un exótico y coqueto sonido extranjero.

—Se acorta el día. —Observó lady Coote, echándose sobre los hombros un horrible chal.

—¿Por qué demonios George no tiene la casa caliente? —preguntó Bundle.

—Ustedes, los ingleses, nunca calientan sus casas —dijo la condesa.

Sacó su larga boquilla y empezó a fumar.

—Aquel hogar es anticuado. —Señaló lady Coote—. El calor se escapa por la chimenea en lugar de extenderse por el salón.

—¡Oh! —exclamó la condesa.

Se produjo una pausa. La condesa estaba tan claramente aburrida que la conversación se hacía difícil.

—Es curioso —dijo lady Coote tratando de animar la escena— que los niños de Mrs. Macatta tengan paperas. Bueno, no quiero decir exactamente curioso…

—¿Qué son paperas? —preguntó la condesa.

Bundle y lady Coote empezaron a explicárselo a la vez.

Finalmente, entre las dos lograron que comprendiera.

—Supongo que los niños húngaros también las tienen. —Observo lady Coote.

—¿Padecen también paperas los niños húngaros?

—No lo sé. —Repuso la condesa—. ¿Por qué habría de saberlo?

Lady Coote la miró sorprendida.

—Pero yo creía que usted se dedicaba a…

—¡Oh, eso!

La condesa descruzó las piernas, se quitó la boquilla de la boca y empezó a hablar rápidamente.

—Les contaré algunos horrores —dijo—. Horrores que yo he presenciado y que ustedes se resistirán a creer.

Cumplió su palabra. Habló fluidamente y con gráfica fuerza descriptiva. Contó a sus oyentes increíbles escenas de hambre y miseria. Habló de Budapest poco después de la guerra y de sus vicisitudes hasta aquel momento. Era dramática y también, en opinión de Bundle, como un disco de gramófono. No faltaba más que darle cuerda. Y después, con la misma brusquedad, se pararía.

Lady Coote parecía conmovida hasta los tuétanos. Permanecía sentada con la boca entreabierta y no apartaba la mirada de sus ojos tristes del rostro de la condesa. De vez en cuando colaba algún comentario.

—Una vez, los tres hijos de una prima mía sufrieron tan graves quemaduras que murieron.

La condesa no le prestó atención. Seguía hablando sin cesar. Y finalmente se calló, tan súbitamente como había empezado.

—Ya se lo he explicado —dijo—. Tenemos dinero, pero nos falta organización.

Lady Coote suspiró.

—Muchas veces he oído decir a mi esposo que nada se puede hacer sin métodos regulares. A ello atribuye él su propio éxito. Afirma que no habría prosperado sin ellos.

Volvió a suspirar. Por un momento, se imaginó a un sir Oswald que no había existido. Un sir Oswald que hubiera conservado, en lo esencial, los atributos de aquel alegre joven del taller de bicicletas. Y pensó en lo mucho más agradable que hubiera podido ser la vida para ella si sir Oswald no hubiera tenido métodos para todo.

Por una muy comprensible asociación de ideas, se volvió hacia

Bundle.

—Dígame, lady Eileen —dijo—, ¿le gusta su jardinero jefe?

—¿MacDonald? Pues… —Bundle vaciló—. No creo que a nadie pueda gustarle MacDonald —explicó—, pero es un magnífico jardinero.

—En efecto, lo es —asintió lady Coote.

—Pero hay que mantenerlo en su sitio —dijo Bundle.

—Supongo que sí —murmuró lady Coote.

Miró con envidia a Bundle, que parecía considerar muy tranquilamente la forma de poner a MacDonald en su lugar.

—Adoro los jardines hermosos. —Suspiró la condesa.

Bundle la miró con atención, pero en aquel momento se presentó Jimmy Thesiger que le dijo con voz extraña y mucha prisa:

—¿Quiere venir a ver aquellos grabados? La están esperando.

Bundle salió precipitadamente con Jimmy pegado a sus talones.

—¿Qué grabados? —preguntó al cerrarse la puerta tras ella.

—Ninguno —repuso Jimmy—. Tenía que buscar cualquier pretexto. Vamos, Bill nos espera en la biblioteca. No hay nadie allí.

Bill se paseaba a grandes zancadas por la habitación profundamente agitado.

—Mira —dijo—, esto no me gusta nada.

—¿Qué es lo que no te gusta nada?

—Que te mezcles en esto. Apuesto diez contra uno a que habrá alguna pelea y entonces…

La miró con cierto patético desmayo, que proporcionó a Bundle un cálido sentimiento de agrado.

—Debe permanecer fuera de esto, ¿no te parece, Jimmy? —dijo apelando al otro.

—Ya se lo he dicho —repuso Jimmy.

—Pero Bundle —suplicó Bill—, alguien puede resultar herido.

Bundle se volvió hacia Jimmy.

—¿Qué le ha dicho usted?

—Todo.

—No lo acabo de entender —confesó Bill—. Quiero decir, eso de esconderte en el club Seven Dials y todo eso. —La miró tristemente —. Bundle, escucha, quisiera que no lo hicieras.

—¿Que no hiciera qué?

—Mezclarte en esta clase de cosas.

—¿Por qué no? —Objetó Bundle—. Son emocionantes.

—Oh, sí, emocionantes, pero pueden ser terriblemente peligrosas. Recuerda lo que le sucedió al pobre Ronny.

—Sí —asintió Bundle—. De no haber sido por tu amigo Ronny, jamás me hubiera mezclado en esto. Pero ya lo estoy y de nada sirve que protestes.

—Ya sé que tú eres encantadora, Bundle, pero…

—Déjate de cumplidos y hagamos nuestros planes.

Vio con alivio que Bill reaccionaba favorablemente a su insinuación.

—Tienes razón acerca de la fórmula —dijo—. Eberhard lleva algunos planos consigo, o quizás sea sir Oswald. Se han hecho pruebas en sus acerías, muy secretamente, desde luego. Eberhard ha estado allí con él. Ahora están todos en el gabinete.

—¿Cuánto tiempo permanecerá aquí sir Stanley Digby? —preguntó Jimmy.

—Mañana regresará a la ciudad.

—¡Ajá! —dijo Jimmy—. Entonces, algo está completamente claro. Si como supongo sir Stanley se lleva la fórmula mañana, cualquier intento de apoderarse de ella tendrá lugar esta noche.

—Supongo que sí.

—No lo dudéis. Eso hace que la situación sea favorable para nosotros. Quienes intenten hacerlo deberán desplegar toda su inteligencia. Entremos en detalles. Ante todo, ¿dónde estará la fórmula sagrada esta noche? ¿La tendrá Eberhard o sir Oswald Coote?

—Ninguno de los dos. Tengo entendido que esta noche le será entregada al ministro de aviación para que la lleve a Londres mañana. En tal caso,
O’Rourke
la tendrá en su poder. Estoy casi seguro.

—Bien, sólo cabe hacer una cosa. Si pensamos que alguien intentará apoderarse de ella esta noche, debernos montar guardia, mi querido amigo Bill.

Bundle abrió la boca como si fuera a protestar, pero la cerró sin decir nada.

—A propósito —prosiguió Jimmy—, ¿se trata de un vendedor de Harrods o es nuestro amigo Lestrade de Scotland Yard a quien he

visto esta noche en el vestíbulo?

—Muy inteligente, Watson —dijo Bill.

—Supongo —observó Jimmy— que nos estamos metiendo en su terreno.

—No podemos evitarlo —repuso Bill— si queremos seguir nuestros planes hasta el final.

—Entonces, estamos de acuerdo —dijo Jimmy—. Dividamos la noche en dos guardias.

Nuevamente, Bundle abrió la boca y también esta vez la cerró sin decir nada.

—Desde luego —asintió Bill—. ¿Quién hará el primer turno?

—¿Lo echamos a suertes?

—Como quieras.

—Muy bien. Si sale cara, tú harás el primer turno y yo el segundo. Y si sale cruz, será al revés.

Bill asintió. La moneda fue lanzada al aire y Jimmy se inclinó para mirarla cuando cayó al suelo.

—Cruz —dijo.

—¡Maldita sea! —exclamó Bill—. Te toca el primer turno y, probablemente, toda la diversión.

—Eso nunca se sabe —repuso Jimmy—. Los criminales son imprevisibles. ¿A qué hora quieres que te despierte? ¿Te parece bien a las tres?

—Bueno.

En aquel momento, Bundle consiguió intervenir.

—¿Y qué papel tengo yo en todo esto? —preguntó.

—Ninguno. Se irá a la cama y se acostará como una buena chica.

—¡Oh! —exclamó—. Eso no es nada divertido.

—No lo asegure todavía —observó Jimmy—. A lo mejor, la asesinan mientras duerme, y en cambio Bill y yo nos libramos.

—Es una probabilidad —comentó Bundle—. Escuche, Jimmy, esa condesa no me gusta nada. Sospecho de ella.

—No digas tonterías —dijo Bill acaloradamente—. Está por encima de toda sospecha.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Bundle.

—Porque sí. Uno de los funcionarios de la embajada húngara lo garantiza.

—¡Oh! —exclamó Bundle momentáneamente, sorprendida por el fervor de Bill.

—Las mujeres sois todas iguales —gruñó Bill—. Sólo porque es hermosa…

Bundle estaba familiarizada con ese injusto argumento masculino.

—Bueno, pero no le murmures confidencias a su sonrosada oreja. —Observó—. Me voy a la cama. Estaba aburrida como una ostra en el salón y no quiero regresar allí.

Salió de la biblioteca. Bill miró a Jimmy.

—Es una buena muchacha —dijo—. Temí que pudiera ser más difícil de manejar. Ya sabes lo dispuesta que siempre está para participar en todo. Creo que lo ha aceptado muy bien.

—Yo también —asintió Jimmy—. Me sorprendió.

—Tiene sentido común. Sabe cuándo una cosa es imposible para ella. A propósito, ¿no te parece que debiéramos contar con un arma?

—Tengo una automática pavonada —repuso Jimmy con cierto orgullo—. Pesa varias libras y tiene un aspecto que impresiona. Te la prestaré cuando llegue tu turno.

Bill lo miró con expresión de respeto y envidia.

—¿Qué te hizo pensar en traerla? —preguntó.

—No lo sé —repuso Jimmy—. Simplemente, se me ocurrió, eso es todo.

—Espero que no disparemos contra quien no debamos —observó Bill con ansiedad.

—Sería muy lamentable —repuso Jimmy gravemente.

Capítulo XVIII

LAS AVENTURAS DE JIMMY

Nuestra crónica debe dividirse ahora en tres partes distintas. La noche tenía que ser prodiga en sucesos y cada una de las tres personas involucradas en ella la vio desde su punto de vista particular. Empezaremos con ese agradable y simpático joven, Mr. Jimmy Thesiger, en el momento en que se despide del otro conspirador, Bill Eversleigh.

—No te olvides de llamarme a las tres —dijo Bill—. Es decir, si aún estás vivo —añadió amablemente.

—Puedo ser un borrico —repuso Jimmy al recordar, irritado, la observación que Bundle le había repetido—, pero no tanto como parezco.

—Eso mismo dijiste de Gerry Wade, ¿recuerdas? —Observó Bill lentamente—. Y aquella misma noche ocurrió…

—¡Cállate, estúpido! —le interrumpió Jimmy—. ¿No tienes ninguna delicadeza?

—Claro que tengo delicadeza —contestó Bill—. Soy un incipiente diplomático y todos los diplomáticos la tienen.

—¡Ah! —exclamó Jimmy—. Pero debes estar en lo que llaman estado larvario.

—No acabo de comprender a Bundle —dijo Bill, volviendo a un tópico tratado anteriormente—. Creía que iba a ocasionarnos alguna dificultad, pero veo que ha mejorado mucho.

—Eso mismo decía tu jefe —observó Jimmy—. Dijo que se sentía agradablemente sorprendido.

—Me pareció que Bundle estaba exagerando algo —repuso Bill —, pero «El besugo» es tan animal que es capaz de creer cualquier

cosa. Creo que te costará despertarme cuando me llegue el turno, pero no te acobardes si me cuesta abrir los ojos.

—No me servirá de mucho zarandearte si has tomado una dosis de lo que ingirió Gerry Wade —dijo Jimmy con malicia.

—Vamos a ver —observó Bill—. ¿Qué sacas con ponerme nervioso?

—Te estoy devolviendo la pelota —dijo Jimmy—. Vamos, vete ya a dormir.

Pero Bill permaneció con Jimmy un rato más, balanceando el cuerpo sobre un pie y después en el otro.

—Oye —dijo.

—¿Si?

—Quiero decir que… bueno, supongo que no te pasará nada. Está muy bien bromear, pero cuando pienso en el pobre Gerry… y después en el pobre Ronny…

Jimmy lo miró exasperado. Bill era de aquellas personas que no tienen sino buenas intenciones, pero el resultado de sus esfuerzos a veces es algo descorazonador.

—Veo que tendré que presentarte a Leopold —repuso Jimmy.

Metió la mano en un bolsillo de su traje azul oscuro, que se había puesto poco antes y sacó algo que mostró a Bill.

—Una genuina pistola automática pavonada —dijo con modesto orgullo.

—No me digas —repuso Bill—. ¿Es de verdad?

Era indudable que se sentía impresionado.

—Stevens, mi mayordomo, la compró para mí. No tienes más que apretar el gatillo y mi Leopold hace lo demás.

—¡Oh! —exclamó Bill—. Oye, Jimmy.

—¿Si?

—Tendrás cuidado, ¿verdad? Quiero decir, espero que no empieces a disparar contra la gente. Sería muy desagradable que le pegaras un tiro al viejo Digby mientras camina sonámbulo.

—No te preocupes —dijo Jimmy—. Desde luego, quiero sacar todo el provecho posible de Leopold puesto que la compré, pero refrenaré mis instintos sanguinarios tanto como me sea posible.

—Bueno, hasta luego —dijo Jimmy por enésima vez.

Jimmy se quedó solo, montando su guardia.

Sir Stanley Digby ocupaba una habitación al extremo del ala

occidental. A un lado de ella, había un cuarto de baño y, al otro, estaba el dormitorio, más pequeño, destinado a Mr. Terence O'Rourke, que comunicaba con una pequeña puerta con el de su jefe. Las puertas de las tres habitaciones daban a un pasillo corto. La tarea de la persona que vigilara sería bien sencilla. Sentada en una silla colocada a la sombra de un armario de roble, en el lugar en que el pasillo desemboca en la galería principal, gozaba de una posición ventajosa. Aquella galería era el único camino por el que podía llegarse al ala occidental. Una luz seguía encendida.

Jimmy se sentó cómodamente, cruzó las piernas y esperó. Tenía a Leopold preparada sobre sus rodillas.

Consultó su reloj. Faltaban veinte minutos para la una. Sólo hacía una hora que los invitados se habían retirado a descansar. Ningún ruido quebraba el silencio de la noche, excepto el lejano tic-tac de un reloj.

Aquel sonido no le gustaba a Jimmy, Le recordaba cosas. Gerald Wade y los siete despertadores en la repisa. ¿Quién los había colocado allí y por qué? Le recorrió un estremecimiento de pies a cabeza.

Aquella espera era siniestra. No le extrañó que en las sesiones espiritistas ocurrieran cosas extrañas. Sentado en la penumbra, la ansiedad se apoderaba de uno, haciéndole saltar al menor sonido. Y los pensamientos desagradables se sucedían.

¡Ronny Devereux! ¡Ronny Devereux y Gerry Wade! Ambos jóvenes, llenos de vida y energía; hombres alegres y saludables. ¿Y ahora, dónde estaban? Bajo tierra, comidos por los gusanos… ¡Puaj! ¿Por qué no podía apartar de su mente aquellos horribles pensamientos?

Volvió a consultar el reloj. Tan sólo la una y veinte. ¡Qué despacio transcurría el tiempo!

¡Extraordinaria chica, Bundle! Tuvo el valor de esconderse en el club Seven Dials. ¿Por qué no tuvo él el atrevimiento y la iniciativa de pensar en ello? Supuso que era debido a que se trataba de algo demasiado fantástico.

El número siete. ¿Quién diantres podía ser? ¿Se encontraba, acaso, en la casa en aquel momento? Quizá disfrazado de criado.

Seguramente, no se trataba de uno de los invitados. No, eso era imposible. Pero todo el asunto parecía imposible. Sino hubiera creído en la sinceridad de Bundle hubiese dicho que ella se había inventado toda la historia.

Bostezó. Era extraño tener sueño y, al mismo tiempo, estar nervioso. Volvió a mirar el reloj. Las dos menos diez. Ya faltaba menos.

Entonces, súbitamente, contuvo la respiración y se inclinó hacia delante, aguzando el oído. Había oído algo…

Los minutos pasaban. Ahí estaba otra vez. Una tabla crujía, pero el ruido provenía de abajo. ¡Otra vez! Era un crujido suave, ominoso. Alguien se movía cautamente por la casa.

Jimmy se puso de pie y se dirigió, sin hacer ruido, hacia la escalera. Todo parecía estar completamente tranquilo. Sin embargo, tenía la certeza de haber oído aquel furtivo ruido. No era imaginación suya.

Bajó lentamente, empuñando con fuerza la pistola en la mano derecha. Ningún sonido en el gran vestíbulo. Si, había estado en lo cierto al suponer que el ruido llegaba directamente desde debajo del lugar en que se encontraba, entonces había sido en la biblioteca.

Jimmy se acercó de puntillas a la puerta, aguzó el oído, pero no oyó nada. Entonces, la abrió súbitamente y encendió las luces.

¡Nada! La habitación estaba inundada de luz, pero vacía.

Jimmy frunció el entrecejo.

—Habría jurado… —murmuró.

La biblioteca ocupaba una gran habitación con tres puertas cristaleras que daban a la terraza. Jimmy avanzó decidido. La ventana del medio no estaba cerrada con llave. La abrió, salió al exterior y miró a uno y otro lado. ¡Nada!

«Parece que todo está en orden —se dijo—. Y sin embargo…».

Permaneció un minuto sumido en sus pensamientos. Entonces regresó a la biblioteca, cruzó la habitación y cerró la puerta con llave, que se guardó en el bolsillo. Después, apagó la luz. Permaneció oído alerta durante un momento y se dirigió a la puerta cristalera abierta, con la pistola preparada en la mano.

¿Era un suave ruido de pasos lo que se oía en la terraza? No. Su imaginación le engañaba. Apretó la mano en torno a la culata de la pistola y permaneció escuchando.

En la distancia un reloj dio las dos.

Capítulo XIX

LAS AVENTURAS DE BUNDLE

Bundle Brent era una muchacha de recursos y también con imaginación. Había previsto que Bill, y acaso Jimmy, se negarían a que ella participase en los posibles peligros de aquella noche. No deseaba perder tiempo discutiendo. Tenía sus propios planes y había hecho sus propios arreglos. La mirada que echó desde la ventana de su habitación poco antes de cenar fue muy satisfactoria. Así comprobó que las grises paredes de la Abadía estaban cubiertas de hiedra y que la que estaba junto a su ventana tenía un aspecto particularmente resistente y no presentaría dificultad alguna a sus habilidades atléticas.

Nada tenía que objetar a los arreglos que Jimmy y Bill habían hecho. Pero, en su opinión, no los creía suficientes. No los criticó porque pensaba hacer por si misma lo que ellos no habían previsto. En pocas palabras, mientras Jimmy y Bill se ocupaban del interior de la mansión, ella prestó atención al exterior.

Su manso asentimiento a lo dispuesto por Bill y Jimmy le causaba gran placer, aunque se preguntaba, burlonamente, cómo pudieron ambos dejarse engañar con tanta facilidad. Desde luego, Bill jamás se había distinguido por su agilidad mental. Por otra parte, él conocía o debía conocer a Bundle. Y consideraba que Jimmy Thesiger, a pesar de lo poco que se conocían, debió haber supuesto que ella no podría ser descartada de aquella manera.

Una vez en la intimidad de su habitación, Bundle se preparó rápidamente. Se quitó su traje de noche y las escasas prendas interiores y empezó a vestirse, por decirlo así, desde el principio. Bundle no se había hecho acompañar por su doncella y preparó ella

misma su maleta. De lo contrario, la asombrada francesa se hubiera preguntado por qué razón su señorita se llevaba unos pantalones de montar y ninguna otra pieza del equipo de amazona.

Ataviada con pantalones de montar, zapatos con suela de goma y un jersey oscuro, Bundle estaba preparada para la pelea. Miró la hora en su reloj: las doce y media. Era demasiado temprano. Los ocupantes de la casa deberían estar, antes de ocurrir algo, entregados al sueño. Bundle fijó la una y media como el momento para comenzar las operaciones.

Apagó la luz y se sentó junto a la ventana. Se levantó puntualmente a la hora fijada, apartó las cortinas y pasó una pierna por el alféizar de la ventana. La noche era hermosa, fría y quieta. Brillaban las estrellas, pero no había luna.

El descenso fue fácil. Bundle y sus dos hermanas habían correteado por el parque de Chimneys cuando eran niñas y trepaban como gatos a los árboles. Bundle cayó de pie sobre un macizo de flores, respirando algo afanosamente pero ilesa.

Se detuvo allí un minuto para revisar sus planes. Sabía que las habitaciones ocupadas por el ministro de aviación y su secretario se encontraban en el ala occidental, que estaba en el lado opuesto a aquel en el que ella se hallaba entonces. Una terraza rodeaba los lados sur y oeste de la casa, y terminaba al llegar al muro de un huerto de árboles frutales.

Bundle salió del macizo de flores y dobló la esquina de la casa en el lugar en que la terraza empezaba en el lado sur. La recorrió en silencio, sin apartarse de la sombra proyectada por el edificio. Pero al llegar a la segunda esquina se llevó un susto; un hombre estaba allí con la clara intención de impedirle el paso.

Lo reconoció al instante.

—¡Superintendente Battle! ¡Qué susto me ha dado!

—Para eso estoy aquí —dijo el superintendente con amabilidad.

Bundle lo miró. En aquel momento le llamó la atención, como también antes, que no procurara ocultar su identidad. Era un hombre alto y fuerte, bien visible. En cierto modo, era muy inglés. Pero de algo estaba Bundle bien segura: el superintendente Battle no era tonto.

—¿Qué hace usted? —preguntó Bundle en un susurro.

—Simplemente, cuidando de que nadie que no deba hacerlo

pasee por aquí —repuso Battle.

—¡Oh! —exclamó Bundle sorprendida.

—Usted, por ejemplo, lady Eileen. No creo que acostumbre a dar un paseo a estas horas de la noche.

—¿Quiere decir que desea que vuelva a mi habitación?

El superintendente asintió con un gesto.

—Es usted muy avispada, lady Eileen. Ése es exactamente el significado de mis palabras. ¿Salió usted por la puerta o por la ventana?

—Por la ventana. Bajar por la hiedra es la cosa más fácil del mundo.

El superintendente Battle miró la pared, pensativo.

—Sí —dijo—. Debe ser muy fácil.

—¿Y quiere que vuelva a mi cuarto? —Repitió Bundle—. Yo deseaba ir hasta la terraza del ala oeste.

—Acaso no sea usted la única persona que quiera hacerlo. —Observó Battle.

—Nadie dejará de verle —repuso Bundle irritada.

El superintendente pareció complacido.

—Espero que así sea —dijo—. No quiero que suceda nada desagradable. Y si me permite decírselo, lady Eileen, creo que es hora de que regrese a su cama.

La firmeza de su tono no admitía réplica. Alicaída, Bundle regresó sobre sus pasos. Estaba ya subiendo por la hiedra cuando se le ocurrió algo que casi le hizo soltar las manos.

¿Y si el superintendente Battle sospechaba ahora de ella?

Algo había en su modo de hablar que vagamente lo sugería. No pudo evitar reírse cuando entró en su habitación por la ventana.

Aunque había obedecido las órdenes del superintendente de regresar a su dormitorio, Bundle no tenía la menor intención de acostarse y dormir, ni tampoco, realmente, creía que Battle así lo desease. No era un hombre capaz de esperar lo imposible. Y permanecer quieta cuando algo excitante iba a suceder era imposible para Bundle.

Consultó su reloj: eran las dos menos diez minutos. Tras un momento de vacilación, abrió la puerta con cautela. No se oía ruido alguno, todo estaba quieto y tranquilo. Se deslizó cautamente por el pasillo.

Se detuvo una vez, creyendo haber oído crujir una tabla, pero se convenció de que se había equivocado y siguió andando. Se encontraba en el pasillo principal, dirigiéndose hacia el ala oeste. Llegó al ángulo de intersección y miró cautelosamente, deteniéndose sorprendida.

Jimmy Thesiger no se encontraba en su puesto de guardia.

Bundle se sintió desconcertada. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué había Jimmy abandonado su puesto? ¿Qué significaba aquello?

Entonces, oyó que un reloj daba las dos.

Se encontraba todavía allí, pensando en lo que debería hacer a continuación, cuando el corazón le dio un vuelco. El pomo de la puerta de la habitación de Terence
O'Rourke
giraba lentamente.

Bundle lo miraba, fascinada. Pero la puerta no se abrió. El pomo volvió, despacio, a su posición original. ¿Qué significaba aquello? No dejaba de ser verdaderamente misterioso.

Súbitamente, Bundle se decidió. Por alguna razón desconocida, Jimmy había abandonado su puesto. Tenía que hablar con Bill. Entró poco ceremoniosamente en la habitación ocupada por éste.

—¡Despierta, Bill! ¡Despierta!

Habló en un susurro, pero no obtuvo respuesta alguna.

—¡Bill! —Llamó.

Impaciente, encendió la luz y quedó paralizada por la sorpresa.

La habitación estaba vacía y nadie había dormido en la cama.

¿Dónde estaba Bill?

De pronto, contuvo el aliento. Aquélla no era la habitación de Bill. El delicado salto de cama arrojado sobre una silla, los chismes femeninos en el tocador, el vestido de noche de terciopelo negro tirado de cualquier manera sobre una silla… Desde luego, con las prisas se había confundido de puerta. Aquélla era la habitación de la hermosa condesa Radzky.

Pero ¿dónde, dónde estaba la condesa?

Mientras Bundle se hacía esta pregunta, un ruido insólito quebró el silencio de la noche y de la forma más clara.

El estrépito llegaba de la planta baja. Bundle salió corriendo de la habitación de la condesa y descendió no menos apresuradamente la escalera. El ruido llegaba de la biblioteca, donde parecía que

arrojaran las sillas y volcaran los muebles.

Bundle golpeó en vano la puerta. Estaba cerrada con llave, pero escuchaba claramente la pelea que se llevaba a cabo en el interior, la respiración agitada, los pies golpeando el suelo fuertemente, maldiciones y juramentos en diversos tonos, el estrépito ocasional cuando algún mueble se interponía en la línea de batalla.

Y entonces, siniestros y claros, quebrando definitivamente la paz de la noche de una vez por todas, sonaron dos disparos en rápida sucesión.

Capítulo XX

LAS AVENTURAS DE LORRAINE

Lorraine Wade se sentó en la cama y encendió la luz. Eran exactamente la una menos diez. Se había acostado temprano, a las nueve y media. Poseía el don de despertarse por sí misma a la hora que deseara y así pudo gozar de algunas horas de reconfortante sueño.

Dos perros dormían con ella en la habitación. Uno de los canes levantó la cabeza y la miró interrogativamente.

—Quieto, Lurcher —le dijo Lorraine, y el perro agachó la cabeza obediente y miró a su ama con los párpados entrecerrados.

Es cierto que Bundle sospechó en cierta ocasión de la mansedumbre de Lorraine, pero aquel breve instante de sospecha ya había pasado. Lorraine había parecido tan razonable, tan dispuesta a permanecer apartada de todo.

Sin embargo, al estudiar la cara de la muchacha, se veía la fuerza de voluntad en su pequeña barbilla y en los labios que se cerraban con severa firmeza.

Lorraine se levantó y se vistió con una falda y una chaqueta de mezclilla, en uno de cuyos bolsillos guardó una linterna. Después, abrió el cajón de su tocador y sacó una pequeña pistola con cachas de nácar que parecía un juguete. La compró el día antes en Harrods y se sentía muy complacida por su adquisición.

Dio una ojeada final a la habitación para cerciorarse de que no se olvidaba nada y en aquel momento el perro se levantó y se acercó a ella, con ojos suplicantes y meneando la cola.

Lorraine movió la cabeza.

—No, Lurcher. No puedes venir. No puedo llevarte. Quédate

aquí y pórtate bien.

Besó la cabeza del animal, le hizo echarse nuevamente sobre la alfombra y se escabulló en silencio de la habitación, cerrando la puerta tras ella.

Salió de la casa por una puerta lateral y se dirigió al garaje donde guardaba su pequeño coche de dos plazas. El camino era ligeramente en pendiente y dejó que el coche se deslizara sin poner en marcha el motor hasta que estuvo a cierta distancia de la casa. Entonces, consultó la hora en su reloj y pisó el acelerador a fondo.

Aparcó en un lugar que había elegido de antemano. Allí había una abertura en el seto por la que podía fácilmente entrar. Unos instantes después, Lorraine, algo sucia de barro, estaba en los terrenos de la Abadía.

Tan silenciosamente como le fue posible, se dirigió hacia el venerable edificio cubierto de hiedra. A lo lejos, un reloj dejó oír dos campanadas.

El corazón de Lorraine latió más apresuradamente al acercarse a la terraza. No se veía a nadie, no había señal alguna de vida. Todo parecía tranquilo y silencioso. Llegó a la terraza y se detuvo, mirando a su alrededor.

De pronto, algo cayó a sus pies con un ruido sordo. Lorraine se agachó para recogerlo. Era un paquete envuelto en papel de embalar. Con él en las manos, Lorraine miró hacia arriba.

Sobre su cabeza había una ventana abierta. Una pierna cruzó el alféizar y un hombre empezó a deslizarse por la hiedra.

Lorraine no esperó más. Dio media vuelta y corrió, agarrando fuertemente el paquete.

A sus espaldas, se oyó el rumor de una pelea.

—Suélteme —decía una voz ronca.

—Eso quieres, ¿eh? —repuso otra voz, que ella conocía muy bien.

Lorraine siguió corriendo ciegamente, como presa del pánico, doblando la esquina de la casa para encontrarse de pronto entre los brazos de un hombre alto y fuerte.

—Vamos, vamos —dijo el superintendente Battle bondadosamente.

Lorraine pugnaba por hablar.

—¡De prisa! ¡De prisa! ¡Se están matando! ¡Corra!

Sonó un disparo de pistola y después otro.

El superintendente Battle echó a correr. Lorraine le siguió por la terraza hasta la puerta cristalera de la biblioteca. Estaba abierta.

Battle se agachó y alumbró con una linterna. Lorraine estaba detrás de él, mirando por encima de su hombro, y de su garganta salió un sollozo.

Jimmy Thesiger yacía en el umbral de la puerta, caído sobre lo que parecía ser un charco de sangre. Su brazo derecho pendía en una curiosa posición.

Lorraine dejó escapar un grito.

—Está muerto —gimoteó—. ¡Oh, Jimmy! ¡Jimmy está muerto!

—Vamos, vamos —dijo el superintendente Battle queriendo calmarla—. No se lo tome así. No tema, no está muerto. Procure encontrar el interruptor de la luz y enciéndala.

Lorraine obedeció. Cruzó tambaleándose la biblioteca, encontró el interruptor junto a la puerta y lo apretó, inundando la habitación de luz. El superintendente Battle suspiró aliviado.

—Está bien. Sólo tiene una herida en el brazo derecho. Se ha desmayado por la pérdida de sangre. Venga y ayúdeme.

Alguien aporreaba la puerta de la biblioteca.

Lorraine miró a Battle vacilante.

—¿Quiere que…?

—No hay prisa. Ya entrarán después. Ahora, ayúdeme.

Lorraine obedeció. El superintendente había sacado su pañuelo y con él vendó el brazo del herido. Lorraine lo ayudaba.

—No es nada —dijo el superintendente—. No se preocupe. Estos jóvenes tienen siete vidas como los gatos. No fue la pérdida de sangre lo que le hizo perder el conocimiento. Debe haberse golpeado la cabeza contra el suelo al caer.

Los golpes en la puerta de la habitación eran cada vez más estruendosos. La voz de George Lomax furiosa, chillona, sonaba con toda claridad.

—¿Quién está ahí? ¡Abran enseguida!

El superintendente Battle suspiró.

—Supongo que tendremos que abrir —dijo—. Es una lástima.

Miró a su alrededor. Junto a Jimmy había una pistola automática. El superintendente la recogió y, sosteniéndola cuidadosamente, la examinó. Gruñó algo y la dejó encima de la

mesa. Cruzó la habitación y abrió la puerta.

Varias personas entraron atropelladamente. Casi todas hablaban a la vez. George Lomax intentaba pronunciar palabras que se negaban a salir de sus labios con coherencia.

—¿*Qué*… qué significa esto? ¡Ah! Es usted, superintendente. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué… qué ha pasado?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bill Eversleigh con la mirada en el cuerpo caído—. ¡Jimmy!

Lady Coote, vestida con un resplandeciente salto de cama de color púrpura, gritó: «¡Pobre muchacho!» y pasó junto al superintendente Battle para inclinarse sobre el postrado Jimmy con aire maternal.

—¡Lorraine! —exclamó Bundle.

—*Gott im Himmel*! —interpuso herr Eberhard, pronunciando a continuación otras palabras de la misma naturaleza.

—¿Qué es eso? —pregunto, consternado, sir Stanley Digby.

—Miren la sangre —observó una doncella con excitación y placer morboso.

—¡Señor! —gimió un lacayo.

El mayordomo intervino entonces, con mayor serenidad que la que había demostrado pocos minutos antes.

—¡Todos a sus habitaciones! —ordenó dirigiéndose a la servidumbre.

El eficiente Mr. Rupert Bateman le dijo a George:

—¿Nos libramos de algunas de estas personas, señor?

Entonces, todos hicieron una pausa para respirar.

—¡Es increíble! —dijo Lomax—. ¿Qué ha sucedido, Battle?

El superintendente lo miró y George recobró sus discretas maneras.

—Vuelvan a la cama, por favor —suplicó—. Se ha producido un… ah…

—Un pequeño accidente —le ayudó el superintendente Battle.

—Sí, un accidente —repitió George—. Les agradeceré que tengan la bondad de regresar a sus habitaciones.

Pero todos parecían dispuestos a quedarse allí.

—Lady Coote, por favor…

—¡Pobre muchacho! —dijo lady Coote con tono maternal.

Se levantó con desgana del lado de Jimmy y mientras lo hacía,

Jimmy recobró el conocimiento.

—¡Hola! —dijo con voz vacilante—. ¿Qué ha pasado?

Miró a su alrededor, con ojos asombrados, y entonces recuperó la normalidad.

—¿Lo han cogido? —preguntó con ansia.

—¿A quién?

—Al hombre. Bajó por la hiedra. Yo estaba junto a la puerta cristalera. Nos enzarzamos en una pelea.

—Algunos de esos terribles ladrones nocturnos, ¿verdad? —murmuró lady Coote—. Pobre muchacho.

Jimmy seguía mirando a su alrededor.

—Temo… temo que hayamos armado un buen estropicio. Ese individuo era fuerte como un toro y nos zarandeamos de lo lindo.

El estado de la habitación era una clara prueba de lo que decía. Todo cuanto de frágil y quebradizo había en un radio de doce pies estaba roto.

—¿Qué ha sucedido?

Pero Jimmy buscaba algo.

—¿Dónde está mi Leopold, el orgullo de las pistolas automáticas?

Battle señaló el arma encima de la mesa.

—¿Es suya, Mr. Thesiger?

—Sí. Es mi pequeña Leopold. ¿Cuántos tiros disparó?

—Uno.

Jimmy pareció mortificado.

—Me siento desilusionado —murmuró—. No debí haber apretado el gatillo debidamente, pues de lo contrario habría seguido disparando.

—¿Quién lo hizo primero?

—Yo —dijo Jimmy—. El hombre logró zafarse. Vi que se dirigía hacia la puerta cristalera, apreté el gatillo de Leopold y disparé. Entonces se volvió y disparó contra mí. Supongo que después de eso me desmayé.

Se rascó la cabeza.

Pero de pronto sir Stanley Digby manifestó su alarma.

—¿Bajando por la hiedra, dice? ¡Dios mío, Lomax! ¿Cree que los habrán robado?

Salió corriendo de la habitación. Por alguna curiosa razón, nadie

habló durante su ausencia. Pocos momentos después, sir Stanley regresó. Su cara redonda y regordeta estaba pálida como la muerte.

—Dios mío, Battle —murmuró—. Los han robado.

O'Rourke

está dormido como un tronco, drogado. No puedo despertarlo. Y los documentos han desaparecido.

Capítulo XXI

LA RECUPERACIÓN DE LA FÓRMULA

—*Der liebe Gott!* —dijo herr Eberhard en un susurro. Su cara tenía el color de la cera. George miró a Battle con reproche.

—¿Es cierto, Battle? Lo dejé todo en sus manos.

La calidad pétrea del superintendente se evidenció. Ni un solo músculo de su rostro se contrajo.

—A los mejores a veces también nos ganan, señor —repuso quedamente.

—Entonces ¿quiere decir… quiere realmente decir que los documentos han desaparecido?

Pero, ante la sorpresa general, el superintendente Battle negó con la cabeza.

—No, Mr. Lomax. La situación no es tan mala como usted cree. Todo está en orden, pero no debe agradecérmelo a mí. Tiene que darle las gracias a esta joven.

Señaló a Lorraine, que le miraba sorprendida. Battle se dirigió hacia ella y tomó el paquete envuelto en papel marrón que ésta aún sostenía sin darse cuenta.

—Creo, Mr. Lomax —indicó—, que encontrará aquí lo que desea.

Sir Stanley Digby, más rápido que George, cogió el paquete, lo abrió y examinó rápidamente su contenido. Un suspiro de alivio se escapó de sus labios y se pasó la mano por la frente. Herr Eberhard cayó sobre el fruto de su ingenio y lo apretó contra su corazón, mientras una sarta de frases en alemán salía de su boca.

Sir Stanley se volvió a Lorraine y le estrechó vigorosamente la mano.

—Mi estimada señorita —le dijo—, le estamos todos infinitamente agradecidos.

—Sí, desde luego —dijo George—. Aunque…

Se calló, perplejo, con los ojos fijos en aquella joven que le era totalmente desconocida.

Lorraine miraba, suplicante a Jimmy, que acudió en su ayuda.

—Es miss Wade —anunció—, la hermana de Gerry Wade.

—¡Oh, sí! —exclamó George, cogiéndola de la mano calurosamente—. Mi querida miss Wade, quiero expresarle mi profunda gratitud por lo que ha hecho. Pero debo admitir que no entiendo cómo…

Hizo una pausa y cuatro de las personas allí presentes sintieron que las explicaciones serían fraguadas con mucha lentitud. El superintendente Battle acudió en su ayuda.

—Acaso sea mejor que no entremos en detalles ahora, señor. —Sugirió con tacto.

El eficiente Mr. Bateman creó otra distracción.

—¿No sería conveniente que alguien viera a O'Rourke? ¿No le parece, señor, que debemos mandar a buscar al médico?

—Naturalmente —repuso George—. Desde luego. Debíamos haber pensado en ello antes. —Miró a Bill—. Llame al doctor Cartwright por teléfono y pídale que venga. Dígale que conviene guardar discreción.

Bill partió en busca del teléfono.

—Subiré con usted, Digby —dijo George—. Quizá podamos hacer algo mientras llega el médico.

Miró desolado a Rupert Bateman. La eficiencia siempre se hace sentir y Pongo dominaba realmente la situación.

—¿Quiere que suba con usted, señor?

George, aliviado, aceptó el ofrecimiento. Veía en aquel joven a alguien con quien podía contar plenamente. Experimentaba aquella sensación de completa confianza en la eficacia de Mr. Bateman que experimentaban todos los que conocían a tan excelente joven.

Los tres hombres salieron juntos de la biblioteca. Lady Coote, sin dejar de murmurar con una voz llena de sentimiento: «Pobre muchacho. Quizá pueda ayudar en algo», se fue con ellos.

—Es una señora muy maternal. —Observó el superintendente Battle pensativo—. Muy maternal. Pero yo me pregunto…

Tres pares de ojos se posaron en él inquisitivamente.

—Me pregunto —prosiguió el superintendente despacio— dónde puede encontrarse sir Oswald Coote.

—¡Oh! —exclamó Lorraine—. ¿Cree que lo han asesinado?

Battle meneó la cabeza con aire de reproche.

—No hay que pensar en cosas tan melodramáticas. No, más bien imagino…

Hizo una pausa, inclinando la cabeza para escuchar y levantando la mano para pedir silencio.

Un momento después, los demás oyeron lo que su agudo oído había ya percibido. Alguien caminaba por la terraza. Los pasos sonaban fuertemente, sin ninguna pretensión de disimulo. A los pocos segundos, una corpulenta figura apareció en la puerta cristalera. Permaneció allí mirándoles y dando la sensación de que dominaba la situación.

Sir Oswald, pues era él, pasó la mirada lentamente de una cara a otra. Sus agudos ojos lo examinaron todo con detalle. Jimmy, con el brazo toscamente vendado; Bundle, aún con su extraña vestimenta; Lorraine, una perfecta desconocida para él… Sus ojos se posaron finalmente en el superintendente Battle.

—¿Qué ha sucedido aquí, superintendente? —preguntó con voz seca.

—Robo frustrado, señor.

—¿Frustrado de verdad?

—Gracias a esta joven, miss Wade, los ladrones no lograron su propósito.

—¡Ah! —dijo acabado su escrutinio—. Y ahora, superintendente, ¿qué me dice de esto?

Sostuvo en alto una pequeña pistola Mauser que sujetaba con mucha delicadeza por la culata.

—¿Dónde la encontró, sir Oswald?

—En el césped. Supongo que uno de los ladrones la tiró al huir. He tenido cuidado al cogerla por si desea usted buscar huellas dactilares.

—Piensa usted en todo, sir Oswald —opinó Battle.

Cogió la pistola con igual cuidado y la colocó encima de la mesa, junto a la Colt de Jimmy.

—Y ahora, si me hace el favor —añadió sir Oswald—, me

gustaría saber exactamente qué ha sucedido.

El superintendente Battle hizo un breve resumen de los sucesos de la noche y sir Oswald frunció el ceño, pensativo.

—Ya comprendo —dijo—. Después de herir e inutilizar a Mr. Thesiger, el individuo huyó arrojando la pistola. Sin embargo, no alcanzó a comprender por qué nadie lo persiguió.

—Sólo supimos que había alguien a quien perseguir cuando Mr. Thesiger nos lo contó. —Observó el superintendente en tono seco.

—¿No lo vio usted al doblar la esquina de la terraza?

—No. Debe habérseme escapado por unos cuarenta segundos. No hay luna y sería invisible en la oscuridad tan pronto saliera de la terraza. Debió desaparecer inmediatamente después de disparar.

—Sin embargo —observó sir Oswald—, sigo creyendo que hubiera debido organizarse una búsqueda. Alguien más debió haber estado vigilando.

—Tres de mis hombres están vigilando —le interrumpió el superintendente con voz queda.

—¡Oh! —Sir Oswald pareció sorprendido.

—Les encargué que detuvieran a quien intentara salir de aquí.

—¿Y, sin embargo, no lo han hecho?

—Y, sin embargo, no lo han hecho —asintió Battle gravemente.

Sir Oswald lo miró como si algo en sus palabras le asombrara.

—¿Me está usted diciendo cuanto sabe, superintendente Battle? —preguntó tajante.

—Todo cuanto sé, sir Oswald. En cuanto a lo que pienso, eso es distinto. Quizás imagino algunas cosas curiosas, pero hasta que mis pensamientos se confirmen no vale la pena hablar de ellos.

—Sin embargo —repuso sir Oswald despacio—, me gustaría conocerlos, superintendente.

—Por una parte, señor, pienso que hay demasiada hiedra en este lugar. Excúseme, señor, pero tiene un poco de ella en la chaqueta. Sí, demasiada hiedra. Complica las cosas.

Sir Oswald lo miró fijamente, pero la contestación que tenía en los labios murió al entrar Rupert Bateman.

—Ah, está usted aquí, sir Oswald. Al no verle por ninguna parte, lady Coote creía que había sido usted asesinado por los ladrones. Creo, sir Oswald, que haría usted bien en ir a su lado. Está terriblemente asustada.

—María es una mujer increíblemente tonta. —Observó sir Oswald—. ¿Por qué había yo de ser asesinado? Acompáñeme, Bateman.

Salió de la biblioteca junto con su secretario.

—He aquí un joven muy eficiente —comentó Battle—. ¿Cómo se llama?

—Bateman, Rupert Bateman —dijo Jimmy—, comúnmente conocido como Pongo. Estudiamos juntos en el colegio.

—Esto es muy interesante, Mr. Thesiger. Dígame, ¿qué opinión tenía usted de él en sus tiempos escolares?

—Era la misma clase de borrico que ahora.

—Jamás se me hubiera ocurrido considerarlo un borrico. —Señaló Battle con voz suave.

—Ya sabe lo que quiero decir. Desde luego, no lo era realmente. Muy inteligente y siempre empollando, pero terriblemente serio y sin sentido del humor.

—Es una lástima. —Observó el superintendente—. Los caballeros que carecen de sentido del humor suelen tomarse a sí mismos demasiado en serio, y eso lleva por malos caminos.

—No puedo imaginarme a Pongo por ningún mal camino —dijo Jimmy—. Ha logrado situarse muy bien como secretario particular del viejo Coote, y creo que el puesto será permanente.

—Superintendente Battle… —dijo Bundle.

—¿Si, lady Eileen?

—¿No le parece muy raro que sir Oswald no haya dicho qué estaba haciendo por el jardín a estas horas de la noche?

—¡Ah! —exclamó Battle—. Sir Oswald es un hombre muy importante y los hombres importantes jamás dan una explicación a menos que se les pida. Apresurarse a dar explicaciones y excusas constituye un signo de debilidad, y sir Oswald lo sabe tan bien como yo. No sólo no está dispuesto a explicarse, sino que me pide explicaciones a mí. Sir Oswald es un hombre muy importante.

A la vista de la cálida admiración manifestada por el superintendente, Bundle no insistió más en el asunto.

—Y ahora —dijo Battle mirando a su alrededor con cierto brillo en los ojos—, ahora que estamos solos y en amable compañía, me gustaría saber por qué llegó miss Wade tan a tiempo.

—Deberías estar avergonzada de ti misma —observó Jimmy—

por engañarnos a todos de esta manera.

—¿Por qué había de ser relegada de esa forma? —gritó Lorraine apasionadamente—. Jamás pensé permanecer al margen. No, ni siquiera aquel día en tu apartamento cuando ambos explicasteis que lo mejor que podía hacer era permanecer en casa y alejarme de todo peligro. Entonces no dije nada, pero después de pensarlo, tomé una decisión.

—Así lo sospeché —dijo Bundle—. Se mostró usted demasiado mansa.

—Yo creí que actuabas de forma muy sensata. —Observó Jimmy Thesiger.

—Fue muy fácil engañarte, querido Jimmy —repuso Lorraine.

—Gracias por estas palabras —dijo Jimmy—. Sigue hablando y no te preocupes por mí.

—Cuando telefoneaste y dijiste que podía haber peligro, me sentí más dispuesta que nunca. —Prosiguió Lorraine—. Entonces fui a Harrods y compré una pistola. Aquí está.

Sacó la pequeña arma, que el superintendente cogió y examinó.

—Es un juguete mortífero, miss Wade —dijo—. ¿Tiene usted mucha práctica con él?

—Ninguna en absoluto —repuso Lorraine—. Pero pensé que si la llevaba conmigo me sentiría más segura y tranquila.

—Comprendo —asintió Battle gravemente.

—Mi idea era venir aquí y ver lo que estaba sucediendo. Dejé el coche en la carretera, atravesé el seto y llegué a la terraza. Estaba mirando a mi alrededor cuando, de pronto, algo cayó junto a mí. Lo recogí y entonces levanté la mirada para ver de dónde había caído. Vi al hombre que bajaba por la hiedra y salí corriendo.

—Ya —dijo Battle—. ¿Puede usted describir a ese hombre, miss Wade?

La muchacha negó con la cabeza.

—Estaba demasiado oscuro para ver con claridad. Creo que se trataba de un hombre grueso. No pude observar nada más.

—Ahora usted, Mr. Thesiger. —Battle se volvió hacia Jimmy—. Usted luchó con ese hombre. ¿Puede decirme algo de él?

—Era bastante fornido, eso es cuanto puedo decir. Gruñó algo con voz ronca cuando le cogí por el cuello. Dijo: «Suélteme, patrón», o algo así.

—¿Un hombre inculto?

—Supongo que sí. Hablaba como si lo fuera.

—Todavía no llego a comprender lo del paquete. —Observó Lorraine—. ¿Por qué lo tiró a la terraza? ¿Acaso le molestaba para bajar por la hiedra?

—No —repuso Battle—. Tengo otra teoría acerca de esto. Este paquete le fue deliberadamente arrojado a usted, por lo menos, así lo creo.

—¿A mí?

—Digamos que a la persona que el ladrón creyó que era usted.

—Eso se complica —murmuró Jimmy.

—¿Encendió la luz cuando entró en esta habitación, Mr. Thesiger?

—Sí.

—¿No había nadie en ella?

—Nadie.

—Pero anteriormente le pareció oír un ruido, como si alguien anduviese por aquí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Apagó usted la luz después de acercarse a la puerta cristalera y cerró la puerta que da al vestíbulo?

Jimmy asintió.

El superintendente Battle paseó la mirada lentamente a su alrededor. Su mirada se detuvo en un gran biombo de cuero que había cerca de una de las estanterías.

De pronto, cruzó la habitación y miró detrás del biombo. Lanzó una brusca exclamación, y los tres jóvenes se acercaron a toda prisa.

Tendida en el suelo, en posición fetal y desmayada, se encontraba la condesa Radzky.

Capítulo XXII

EL RELATO DE LA CONDESA RADZKY

La vuelta en sí de la condesa fue mucho más prolongada e infinitamente más artística que la de Jimmy Thesiger.

«Artística» era una de las palabras de Bundle. Le había administrado con celo sus cuidados, que consistieron sobre todo en una generosa aplicación de agua fría, a la que la condesa respondió rápidamente, pasándose la mano blanca y lánguida por la frente y murmurando con un soplo de aliento.

Fue en este momento que Bill, relevado ya de sus deberes con el teléfono y los médicos, entró en la habitación y procedió, en opinión de Bundle, a hacer el idiota de una manera muy notable.

Se inclinó sobre la condesa con la preocupación y la ansiedad retratadas en el rostro, haciéndole varias estúpidas observaciones.

—Todo va bien, condesa. Todo va bien. No intente hablar, no le conviene. Permanezca quieta. Dentro de un minuto se sentirá bien otra vez y lo recordará todo. No diga nada hasta que esté completamente recuperada. Tómese todo el tiempo que quiera. Quédese echada y cierre los ojos. Lo recordará todo enseguida. Tome otro sorbo de agua. Un poquito de coñac. Eso es. ¿No crees, Bundle, que un poco de coñac…?

—Por el amor de Dios, Bill, déjala tranquila —contestó Bundle harta—. Enseguida estará bien.

Con mano experta, volcó una buena dosis de agua fría en el exquisito maquillaje de la cara de la condesa. Ésta se estremeció y se sentó. Parecía mucho más despierta.

—¡Ah! —murmuró—. Estoy aquí. Sí, estoy aquí.

—Tómese su tiempo —dijo Bill—. No hable hasta que se sienta

bien del todo.

La condesa se arrebujó entre los pliegues de su muy transparente salto de cama.

—Ya recuerdo —susurró—. Sí, ya recuerdo.

Posó la mirada en el pequeño grupo que la rodeaba. Quizás algo en una de aquellas caras no le pareció agradable. De todas maneras, sonrió con intención a aquel rostro que reflejaba una muy opuesta emoción.

—Ah, mi gran inglés —dijo muy suavemente—, no se apene. Ya estoy bien.

—¿Está usted segura? —preguntó Bill con ansiedad.

—Sí —repuso sonriéndole—. Los húngaros tenemos nervios de acero.

La cara de Bill reflejó el alivio que sentía, una expresión reemplazada de inmediato por otra muy fatua.

A Bundle le entraron ganas de darle un puntapié.

—Beba un poco de agua —dijo con un tono desabrido.

La condesa negó con la cabeza. Jimmy, más sensible ante la belleza en desgracia, propuso un cóctel y ella reaccionó favorablemente a esa invitación. Así pues, lo tomó y miró a su alrededor, esta vez más animada.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó vivamente.

—Esperábamos que usted pudiera contárnoslo —replicó el superintendente Battle.

La condesa lo miró alerta y pareció darse cuenta por vez primera de la presencia de aquel hombre.

—Fui a su habitación —dijo Bundle—. La cama estaba intacta y usted no se encontraba en ella.

Hizo una pausa, mirándola con ojos acusadores. La condesa cerró los suyos y asintió.

—Sí, sí. Ahora lo recuerdo todo. ¡Fue horrible! —Se estremeció —. ¿Quieren que se lo cuente?

—Si nos hace usted el favor —asintió el superintendente Battle.

—No lo haga sino se siente lo bastante bien para ello —observó Bill al mismo tiempo.

La condesa pasó la mirada de uno a otro, pero fue el tranquilo y reposado superintendente quien venció.

—No podía dormir —empezó a decir—. La casa parecía

oprimirme. Estaba muy nerviosa y sabía que era inútil que me metiera en la cama, pues no dormiría. Paseé por mi habitación. Después leí, pero los libros que había no me interesaban. Entonces decidí bajar a la biblioteca y buscar algo más interesante.

—Es muy natural —observó Bill.

—Creo que es algo bastante corriente —dijo Battle.

—Así pues, tan pronto se me ocurrió hacerlo, salí de mi habitación y bajé. La casa estaba silenciosa y…

—Perdóneme. —La interrumpió el superintendente Battle—. ¿Puede darme una idea de la hora que era entonces?

—Nunca sé la hora —repuso la condesa majestuosamente y continuó su relato—. La casa estaba en silencio. Si hubiese podido oír las pisadas de una ratita de haberlas habido aquí. Bajé las escaleras muy silenciosamente.

—¿Muy silenciosamente?

—Sí. No quería despertar a nadie. —Observó con un deje de reproche en la voz—. Vine aquí, a este rincón, y busqué en las estanterías un libro que me interesara.

—Naturalmente, después de haber encendido primero la luz.

—No, no encendí la luz. Llevaba una pequeña linterna y me serví de ella para examinar los libros.

—¡Ah! —exclamó el superintendente.

—De pronto —prosiguió dramatizando— oigo algo, un ruido furtivo, una pisada ahogada. Apago la linterna y escucho. Los pasos se acercan, furtivos y horribles pasos. Me escondo detrás del biombo. Un momento después, se abre la puerta y alguien enciende la luz. El hombre, el ladrón, entra en la biblioteca.

—Pero… —empezó a decir Mr. Thesiger.

Un pie grande se posó sobre el suyo. Dándose cuenta de que el superintendente le daba una indicación, Jimmy se calló.

—Casi me muero de miedo —continuó relatando la condesa—. Intento no respirar. El hombre espera un momento, escuchando. Entonces, aún con esos pasos horribles y furtivos…

Nuevamente Jimmy volvió a abrir la boca para protestar y volvió a cerrarla otra vez sin haberlo hecho.

—… se dirige a la puerta cristalera y mira al exterior. Permanece allí un minuto o dos. Luego vuelve a cruzar la habitación, apaga la luz y cierra la puerta con llave. Me siento

atemorizada. Está en la habitación, moviéndose furtivamente en la oscuridad. ¡Es horrible! Temo que de conmigo. Un momento después, lo oigo nuevamente junto a la puerta cristalera. Silencio. Espero que haya salido por ella. Al transcurrir algunos minutos y no oír ningún otro ruido, estoy casi segura de que lo ha hecho. Voy a encender la linterna cuando, *prestissimo*, todo empieza.

—¿Si?

—¡Fue terrible! ¡Jamás podré olvidarlo! Dos hombres trataban de matarse mutuamente. ¡Qué horror! Se tambaleaban por la habitación y destrozaban muebles al golpearse. Me pareció oír gritar a una mujer, pero no fue en la biblioteca, sino fuera. El criminal tenía una voz ruda. Gruñía más que hablaba. «Suélteme, suélteme», decía. El otro era un caballero. Tenía una voz inglesa muy culta.

Jimmy la miró, agradecido.

—Sólo juraba. —Prosiguió la condesa.

—Era claramente un caballero —asintió Battle.

—Y en aquel momento —siguió diciendo la condesa—, se produjo un fogonazo y una detonación. La bala dio en la estantería junto a mí. Entonces debí desmayarme.

Miró a Bill, que le cogió la mano, acariciándola.

—¡Pobrecilla! —dijo compungido—. ¡Cómo debió sufrir!

«¡Idiota!», pensó Battle.

El superintendente se dirigió a la estantería situada algo a la derecha del biombo y se inclinó, buscando. Poco después, recogió algo.

—No fue la bala, condesa —dijo—, sino el casquillo. ¿Dónde estaba usted cuando disparó, Mr. Thesiger?

Jimmy se colocó junto a la puerta cristalera.

—Creo que aquí, más o menos.

El superintendente fue a aquel lugar.

—Sí —asintió—. El casquillo hubiera ido a parar allí. Es del calibre .455. No me extraña que la condesa creyera que se trataba de una bala. Golpeó la estantería a un pie de donde ella se encontraba. La bala rozó el marco de la puerta cristalera. Mañana la encontraremos, a menos que el asaltante la lleve en el cuerpo.

Jimmy meneó la cabeza, pesaroso.

—Temo que mi Leopold no se haya cubierto de gloria. —

Observó.

La condesa le miraba con expresión halagadora.

—¡Su brazo! —exclamó—. ¡Está vendado! Entonces fue usted…

Jimmy hizo una cómica reverencia.

—Me complace tener una voz culta —dijo—, y le aseguro que no se me hubiera ocurrido emplear aquel lenguaje de haber sabido que estaba presente una dama.

—No lo comprendí todo. —Se apresuró a explicar la condesa—. Aunque tuve una niñera inglesa de pequeña…

—No eran palabras que ella hubiese podido enseñarle —dijo Jimmy—. Seguramente, la tenía ocupada con aquello de la pluma de mi tío, el paraguas de la sobrina del jardinero y otras zarandajas.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó la condesa—. Eso es lo que quiero saber. Exijo saber lo que ha pasado.

Se produjo un corto silencio, durante el cual todos miraron al superintendente Battle.

—Es muy sencillo —explicó éste suavemente—. Un robo frustrado. Los ladrones casi consiguieron escapar llevándose unos documentos políticos de sir Stanley Digby, pero gracias a esta señorita —señaló a Lorraine—, no lo lograron.

La condesa miró a la muchacha. Había algo extraño en sus ojos.

—¡Ah! —exclamó fríamente.

—Por una afortunada coincidencia, ella se encontraba aquí —dijo el superintendente sonriendo.

La condesa suspiró levemente y entrecerró los párpados.

—Es absurdo, pero me siento muy débil —murmuró.

—Claro que sí —exclamó Bill—. Déjeme acompañarla a su habitación. Bundle también vendrá.

—Lady Eileen es muy amable —repuso la condesa—, pero prefiero estar sola. Estoy bien de verdad. ¿Quiere ayudarme solamente a subir las escaleras?

Se levantó, aceptó el brazo de Bill y, apoyándose fuertemente en él, salió de la habitación. Bundle los siguió hasta el vestíbulo, pero, la condesa le reiteró —con un leve tono agrio— que estaba bien, y tuvo que desistir de acompañarles hasta el piso de arriba.

Mientras observaba cómo la condesa, ayudada por Bill, subía lentamente las escaleras, su cuerpo se puso rígido. Como se ha dicho anteriormente, el salto de cama de la condesa era muy

transparente: un simple velo de gasa color naranja. A través de él, Bundle vio claramente, debajo del hombro derecho, un pequeño lunar.

Conteniendo una exclamación de sorpresa, Bundle se dirigió impetuosamente hacia la biblioteca, de la cual salía Battle. Jimmy y Lorraine le habían precedido.

—He cerrado la puerta cristalera, dejando un hombre de guardia junto a ella, y ahora cerraré esta puerta y me llevaré la llave. Por la mañana, haremos lo que los franceses llaman «reconstrucción del crimen» —dijo—. Sí, lady Eileen, ¿quiere usted algo?

—Debo hablarle inmediatamente, superintendente.

—Desde luego, yo…

En aquel momento, apareció George Lomax acompañado del doctor Cartwright.

—¡Ah, está usted aquí, Battle! Le complacerá saber que O'Rourke no corre peligro alguno.

—Jamás pensé que lo corriera. —Observó el superintendente.

—Se le ha administrado una fuerte dosis de sedante —dijo el médico—. Por la mañana, se despertará como si nada le hubiera ocurrido. Quizá tenga la cabeza algo pesada, o tal vez no. Y ahora, joven, examinemos esa herida de bala.

—Vamos, enfermera —dijo Jimmy a Lorraine—. Ven, cógeme de la mano y contemplarás la agonía de un hombre fuerte.

Jimmy, Lorraine y el doctor salieron juntos; Bundle siguió mirando con ansiedad al superintendente Battle, al que George tenía arrinconado.

El superintendente esperó con paciencia hasta que se produjo una pausa en la locuacidad de George y entonces supo valerse hábilmente de ella.

—Desearía hablar en privado con sir Stanley. ¿Podríamos hacerlo en aquel pequeño gabinete?

—Claro —dijo George—. Voy a avisar a sir Stanley.

Subió apresuradamente al piso de arriba. Battle llevó a Bundle al salón y cerró la puerta.

—¿De qué se trata, lady Eileen?

—Se lo explicaré lo más de prisa que pueda, pero es algo largo y complicado.

Bundle relató concisamente su incursión en el club Seven Dials y

sus subsiguientes aventuras allí. Cuando hubo terminado, el superintendente Battle suspiró. Por una vez, su rostro perdía su impasibilidad.

—¡Asombroso! —exclamó—. Francamente asombroso. Jamás hubiera creído que alguien pudiese hacerlo, ni siquiera usted, lady Eileen. Debí haber sido menos confiado.

—Pero usted me dio una pista. Dijo que le preguntara a Bill.

—Es peligroso dar pistas a personas como usted, lady Eileen. Jamás creí que haría usted lo que hizo.

—Ya está hecho, superintendente, y por otra parte, no es usted responsable de mi muerte.

—No todavía, desde luego —afirmó Battle muy serio.

Permaneció pensativo mientras repasaba los hechos.

—No alcanzo a comprender cómo pudo Mr. Thesiger permitir que corriera tamaño peligro. —Observó.

—No lo supo hasta después —dijo Bundle—. No soy ninguna niña tonta, superintendente Battle, y además Jimmy está ocupado cuidando a miss Wade.

—¿Si? —dijo el superintendente—. ¡Ah!

Hizo un pequeño guiño.

—Tendré que encargarle a Mr. Eversleigh que cuide de usted, lady Eileen.

—¡Bill! —atajó Bundle despectivamente—. Pero no ha oído usted el final de mi historia: la mujer a quien vi allí, Anna, la número uno, es la condesa Radzky.

Y rápidamente procedió a describir cómo la identificó por el lunar.

Ante su sorpresa, Battle vacilaba y dudaba.

—Un lunar es muy poca cosa para sostener una afirmación tan grave, lady Eileen. Es muy posible que dos mujeres tengan un lunar en el mismo lugar de su cuerpo. Debe usted recordar que la condesa Radzky es muy conocida en Hungría.

—Entonces ésta no es la verdadera condesa. Le aseguro que se trata de la misma mujer a quien vi allí. Y fíjese en qué estado la hemos encontrado esta noche. No creo siquiera que estuviera desmayada.

—Yo no diría eso, lady Eileen. El rebote del casquillo en la estantería, en tales circunstancias, habría asustado terriblemente a

cualquier mujer.

—¿Por qué había ella de estar allí, superintendente? No se va a buscar un libro con una linterna.

—Voy a depositar mi confianza en usted, lady Eileen. La conducta de la condesa es verdaderamente sospechosa. Lo sé tan bien como usted. Es muy sospechosa, pero tenemos que ir con pies de plomo, No queremos incidentes desagradables con las embajadas. Primero, hemos de asegurarnos.

—Ya comprendo. Si usted estuviera seguro…

—Hay algo más. Durante la guerra, la gente protestaba de que había espías alemanes por todas partes y que nada hacíamos contra ellos. No prestamos atención a esas manifestaciones, de las que los periódicos se hicieron eco. Dejamos que los espías de poca monta siguieran sus andanzas. ¿Por qué? Porque a través de ellos, antes o después, pillamos al tipo importante, el que estaba en la cúspide.

—¿Quiere usted decir…?

—No se preocupe por el significado de mis palabras, lady Eileen. Pero recuerde esto: Lo sé todo cuanto hay que saber acerca de la condesa y quiero que se la deje en paz. Y ahora —añadió el superintendente—, tengo que pensar en algo que contarle a sir Stanley Digby.

Capítulo XXIII

EL SUPERINTENDENTE BATTLE ACTÚA

Eran las diez de la mañana siguiente. El sol entraba a raudales por las puertas cristaleras de la biblioteca, donde el superintendente estaba trabajando desde las seis. En respuesta a su llamada, George Lomax, sir Oswald Coote y Jimmy Thesiger acababan de entrar en la habitación después de haberse recuperado de las fatigas pasadas con un suculento desayuno. Jimmy llevaba el brazo en cabestrillo, única señal de los sucesos de la noche anterior.

El superintendente los miró con benevolencia, con el aspecto de un bondadoso conservador de museo mostrándoselo a unos muchachos. Junto a él, encima de una mesa, había varios objetos, cada uno de los cuales ostentaba una etiqueta. Jimmy reconoció su pistola entre ellos.

—Estoy ansioso por conocer cuáles han sido sus progresos, superintendente —dijo George Lomax—. ¿Ha sido detenido el hombre?

—Nos costará mucho hacerlo —repuso el superintendente, sin que su fracaso a ese respecto pareciera importarle mucho.

George Lomax no pareció muy complacido. Detestaba cualquier ligereza.

—Tengo las cosas bien clasificadas —prosiguió el detective—. Aquí tenemos dos balas —añadió cogiendo dos objetos de la mesa —: la mayor es del calibre .455 y fue disparada por la pistola automática Colt de Mr. Thesiger. Rozó el marco del ventanal y la encontré incrustada en el tronco de un árbol. Esta más pequeña fue disparada por la Mauser del .25. Después de atravesar el brazo de Mr. Thesiger, se incrustó en este sillón. En cuanto a la pistola…

—¿Ha encontrado algunas huellas? —preguntó vivamente sir Oswald.

Battle meneó la cabeza.

—El hombre que la disparó llevaba guantes —dijo lentamente.

—Es una lástima —observó sir Oswald.

—Es natural que los llevara si conocía su oficio.

—¿Estoy en lo cierto, sir Oswald, al creer que encontró la pistola a unas veinte yardas del final de los escalones que conducen a la terraza?

Sir Oswald se dirigió hacia la puerta cristalera.

—Casi exactamente a esa distancia —dijo.

—No quiero criticarlo, pero creo que hubiera sido preferible, señor, que la hubiera dejado donde la encontró.

—Lo siento —repuso sir Oswald fríamente.

—Ahora eso no importa. He podido reconstruir las cosas. Allí estaban las huellas de sus pisadas, que empezaban al pie de los escalones y llegaban hasta el lugar donde claramente se detuvo y se agachó. Además, el césped presentaba una marca muy sugestiva. A propósito, señor, ¿cuál es su teoría acerca de la pistola que encontró?

—Supongo que el hombre debió dejarla caer en su huida.

Battle negó con la cabeza.

—No la dejó caer, sir Oswald. Hay dos cosas que indican lo contrario. En primer lugar, allí sólo se ven unas huellas: las de usted.

—Comprendo —repuso sir Oswald pensativo.

—¿Está seguro de lo que dice, Battle? —preguntó George.

—Completamente, señor. Hay otras pisadas que cruzan el césped, pero son las de miss Wade y están bastante hacia la izquierda. —Hizo una pausa y prosiguió—: Además, tenemos la señal en el césped. La pistola cayó con bastante fuerza. Todo indica que fue arrojada allí.

—¿Y por qué no? —objetó sir Oswald—. Digamos que el hombre huyó por el sendero de la izquierda. No dejaría huellas de ninguna clase. Y entonces, debió arrojar la pistola al césped. ¿No lo cree usted así, Lomax?

George asintió.

—Ciertamente, no dejaría huellas en el sendero —admitió Battle

—, pero por la forma de la marca en el suelo y en el césped, no creo que fuera arrojada desde esa dirección, sino desde la terraza.

—Es muy posible que así haya sido —dijo sir Oswald—. ¿Cree usted que eso puede tener alguna importancia?

—Sí, Battle —intervino George—. ¿Es… esteee… estrictamente importante?

—Quizá no, Mr. Lomax, pero nos gusta saber cómo ocurren exactamente las cosas. Les agradecería que uno de ustedes, caballeros, cogiera esta pistola y la arrojara. ¿Quiere hacerlo usted, sir Oswald? Es usted muy amable. Sitúese aquí, junto a la puerta cristalera. Ahora arrójela al césped.

Sir Oswald obedeció y tiró la pistola con un poderoso impulso. Jimmy Thesiger se acercó a él con evidente interés. El superintendente fue a buscarla y regresó sonriente.

—Eso es, señor. Exactamente la misma clase de señal. Aunque, por cierto, la mandó sus buenas diez yardas más lejos. Pero hay que tener en cuenta que su constitución es muy robusta. Perdóneme, pero creo haber oído un ruido junto a la puerta.

El oído del superintendente debía ser mucho más agudo que el de los demás. Nadie había oído nada, pero Battle tenía razón, pues lady Coote estaba en el vestíbulo con un vaso en la mano.

—Tu medicina, Oswald —dijo al entrar en la habitación—. Olvidaste tomarla después del desayuno.

—Estoy muy ocupado, María —repuso sir Oswald—. No quiero la medicina ahora.

—Nunca la tomarías sino fuera por mí. —Prosiguió su esposa, sin hacerle mucho caso—. Eres como un niño pequeño. Vamos, tómatela.

Humilde y obediente, el gran magnate del acero se bebió el contenido del vaso. Lady Coote sonrió y dulcemente se dirigió a todos.

—¿Les interrumpo? ¿Están muy ocupados? ¡Oh, esos revólveres! ¡Qué aspecto tan siniestro tienen! Y pensar, Oswald, que el ladrón pudo haberte matado anoche.

—Debió usted alarmarse al no verlo, lady Coote. —Observó Battle.

—Al principio, no me asusté —admitió lady Coote—. Este pobre joven —señaló a Jimmy— con una herida de bala en el brazo y

todo tan terrible, pero tan excitante también. Sólo cuando Mr. Bateman me preguntó dónde estaba sir Oswald recordé que había salido a dar un paseo media hora antes.

—¿No podía usted dormir, sir Oswald? —preguntó el superintendente.

—Por lo general, duermo sin problemas —contestó sir Oswald—. Pero confieso que anoche me sentía muy inquieto. Pensé que el aire de la noche me haría bien.

—Supongo que salió por este ventanal.

¿Era imaginación suya o sir Oswald realmente vaciló antes de contestar?

—Sí.

—Y en zapatillas —observó lady Coote— en lugar de ponerse los zapatos. ¿Qué sería de ti sino me tuvieras para cuidarte?

Lady Coote meneó la cabeza tristemente.

—Creo que deberías dejarnos ahora, María. Tenemos mucho de que tratar todavía.

—Ya me voy, querido.

Lady Coote se retiró, llevándose el vaso como si se tratara de un cubilete con el que hubiera administrado una dosis mortífera.

—Bien, Battle —dijo George Lomax—, creo que todo está muy claro. Sí, perfectamente claro. El hombre dispara contra Mr. Thesiger, inutilizándolo, arroja el arma, sale corriendo por la ventana y sale al sendero.

—Donde mis hombres lo hubieran detenido. —Observó Battle.

—Sus hombres, Battle, me parecen singularmente negligentes. No vieron entrar a miss Wade y pudieron muy bien no ver tampoco al ladrón al huir.

El superintendente abrió la boca para hablar, pero pareció pensarlo mejor y calló. Jimmy Thesiger lo miro con curiosidad. Hubiera dado mucho por saber lo que Battle estaba pensando.

—Debe tratarse de un campeón de atletismo. —Fue cuanto el hombre de Scotland Yard se limitó a decir.

—¿Qué significan sus palabras, Battle?

—Exactamente lo que he dicho, Mr. Lomax. Yo doblé la esquina de la terraza no más de cincuenta segundos después de que el disparo fuera realizado. Y un hombre que pudiera recorrer esa distancia en mi dirección y desaparecer tras el recodo del sendero

antes de que yo llegara a la esquina de la casa, debe ser un corredor formidable.

—No lo comprendo, Battle. Tiene usted alguna idea que no alcanzo a vislumbrar. Primero, dice que el hombre no cruzó el césped y ahora sugiere… ¿Qué sugiere usted exactamente? ¿Qué el hombre no huyó por el sendero? ¿Por dónde, pues, desapareció?

Por toda contestación, el superintendente señaló a lo alto, con la mano cerrada y el pulgar hacia arriba.

—¿Eh? —exclamó George.

El superintendente repitió el gesto con más vigor. George levantó la cabeza y miró al techo.

—Allí arriba —dijo Battle—. Trepó otra vez por la hiedra.

—Tonterías, superintendente. Lo que usted sugiere es imposible.

—No del todo, señor. Lo había hecho una vez y bien puede repetirlo.

—No quiero decir imposible en este sentido. Si el hombre quería escapar, jamás se hubiera encerrado en el interior de la casa.

—Era el lugar más seguro para él, Mr. Lomax.

—Pero la puerta del dormitorio de Mr. O'Rourke estaba todavía cerrada cuando entramos.

—¿Y cómo entraron ustedes? Por la habitación de sir Stanley. Ése es el camino que siguió nuestro hombre. Lady Eileen me ha dicho que vio moverse el pomo de la puerta del cuarto de Mr. O'Rourke. Eso fue cuando nuestro amigo subió la primera vez. Sospecho que la llave debía encontrarse debajo de la almohada de Mr. O'Rourke. El camino que recorrió la segunda vez parece evidente: por la puerta de comunicación entró en la habitación de sir Stanley, que desde luego estaba vacía. Al igual que los demás, sir Stanley bajó corriendo a la biblioteca. Ningún obstáculo se interponía ante nuestro hombre.

—¿Y dónde fue después?

El superintendente se encogió de hombros, y evitó una respuesta directa.

—Pudo haber ido a muchas partes; acaso entró en una habitación desocupada al otro lado de la casa y se descolgó por la hiedra nuevamente o salió por una puerta lateral. Cabe también la posibilidad de que permaneciera en el interior de la casa si trabajó desde dentro.

George lo miró con irritada sorpresa.

—En verdad, Battle. Sentiría muy profundamente que uno de mis criados, en quienes tengo plena confianza… Me dolería mucho tener que sospechar…

—Nadie le pide que sospeche, Mr. Lomax. Estoy simplemente exponiendo diversas posibilidades. Los sirvientes pueden ser de toda confianza y seguramente lo son.

—Me ha afligido usted mucho —dijo George—. Sí, me siento muy apenado.

Sus ojos parecían más saltones que nunca.

Para poner fin a la embarazosa situación, Jimmy señaló un curioso objeto negro que se encontraba encima de la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es la prueba Z —dijo Battle—, la última de ellas. Es, o más bien fue, un guante.

Cogió aquella cosa requemada y la mostró con orgullo.

—¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó sir Oswald.

Battle miró por encima del hombro.

—En la chimenea, casi quemado del todo, pero no completamente. Es extraño. Parece como si hubiera sido masticado por un perro.

—Acaso sea de miss Wade —sugirió Jimmy—. Tiene varios perros.

El superintendente meneó la cabeza.

—No es un guante de señora, no; no de la clase que llevan hoy día. Pruébeselo usted un momento, señor.

Ajustó aquella cosa ennegrecida en la mano de Jimmy.

—¿Ve? Es grande incluso para usted.

—¿Concede usted importancia a este descubrimiento? —preguntó sir Oswald fríamente.

—Uno nunca puede saber lo que tendrá importancia o no la tendrá.

Llamaron a la puerta y Bundle entró.

—Lo siento —dijo excusándose—, pero papá me acaba de llamar por teléfono. Dice que debo ir a casa enseguida, pues todo el mundo le está molestando.

Hizo una pausa.

—¿Si, querida Eileen? —la animó George al ver que no lo había

dicho todo.

—No les hubiera interrumpido. Lo he hecho creyendo que acaso estuviera relacionado con todo esto. Mi padre está angustiado porque uno de nuestros lacayos ha desaparecido. Salió anoche y no ha regresado.

—¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó sir Oswald.

—John Bauer.

—¿Es inglés?

—Creo que dice ser suizo. En mi opinión, debe de ser alemán. Sin embargo, habla inglés perfectamente.

—¡Ah! —exclamó sir Oswald—. ¿Cuánto tiempo ha estado en Chimneys?

—Algo menos de un mes.

Sir Oswald se volvió a los otros.

—Ahí tenemos a nuestro hombre. Usted sabe tan bien como yo, Lomax, que varios gobiernos extranjeros están detrás de esta fórmula. Ahora recuerdo al lacayo perfectamente: es un hombre alto, que conoce bien su trabajo. Llegó alrededor de quince días antes de que nosotros nos marcháramos. Muy inteligente. Aquí se hubieran examinado cuidadosamente los antecedentes de un nuevo lacayo, pero en Chimneys, a cinco millas de distancia…

No acabó la frase.

—¿Cree usted que el plan fue elaborado con tanta anticipación?

—¿Por qué no? Esa fórmula vale millones, Lomax. Sin duda, Bauer esperaba tener acceso a mis papeles privados en Chimneys y enterarse de planes futuros relacionados con ella. Parece probable que tenga un cómplice en esta casa, alguien que le describió el lugar y se encargó de drogar a
O'Rourke
. Pero Bauer fue el hombre que miss Wade vio bajar por la hiedra, el hombre fornido.

Se volvió al superintendente Battle.

—Bauer es su hombre, superintendente. Y de una manera u otra dejó que se le escapara entre los dedos.

Capítulo XXIV

BUNDLE DUDA

El superintendente Battle se sintió claramente sorprendido. Se acariciaba la barbilla pensativo.

—Sir Oswald tiene razón, Battle —dijo George—. Ése es el hombre. ¿Va a detenerlo?

—Quizá sí, señor. Ciertamente, parece sospechoso. Desde luego, puede volver a aparecer por Chimneys.

—¿Lo cree usted probable?

—No —admitió Battle—. Sin embargo, parece como si Bauer fuese el hombre. Pero no alcanzo a comprender cómo pudo entrar y salir sin ser visto.

—Ya le he comunicado mi opinión acerca de los hombres que usted colocó de vigilancia —dijo George—. Son totalmente inútiles. No quiero culparlo a usted, superintendente; pero…

Su pausa fue elocuente.

—Tengo una buena espalda. —Observó Battle con ligereza.

Meneó la cabeza y suspiró.

—Ahora debo telefonear. Dispénsenme, señores. Lo siento, Mr. Lomax. Me temo que las cosas están embrolladas, muy embrolladas.

Salió apresuradamente de la habitación.

—Vamos al jardín —le dijo Bundle a Jimmy—. Quiero hablar con usted.

Salieron juntos por la puerta cristalera. Jimmy miró al césped con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede? —preguntó Bundle.

Jimmy le contó el episodio de la pistola.

—Me pregunto —dijo— qué se proponía Battle cuando hizo que

Coote arrojara la pistola. Cayó unas diez yardas más allá de donde debería haberlo hecho. Battle es un hombre muy inteligente, Bundle.

—Es extraordinario —afirmó Bundle—. Quiero contarle a usted algo acerca de anoche.

A continuación, procedió a relatarle su conversación con Battle. Jimmy la escuchaba atentamente.

—Así pues, la condesa es el número uno —dijo pensativo—. Todo encaja muy bien. El número dos, Bauer, sale de Chimneys y trepa a la habitación de
O'Rourke
sabiendo que a éste se le ha administrado un narcótico. Puede haberlo hecho la condesa u otra persona. El plan prevé que arrojará los papeles a la condesa, que estará esperando en la terraza. Y ella regresará a su habitación entrando por la biblioteca. Si detienen a Bauer al salir de aquí, no se le encontrará nada. Sí, era un buen plan, pero salió mal. Apenas llegada a la biblioteca, la condesa me oyó y debió esconderse detrás del biombo. Estaba en una situación delicada, pues no podía avisar a su cómplice. El número dos cometió el robo, miró por la ventana y creyó ver a la condesa abajo esperando, le tiró los papeles y bajó por la hiedra. Al llegar abajo, tuvo una desagradable sorpresa al verme a mí, esperándole. La condesa debió sentirse muy nerviosa en su escondite. Considerando cómo sucedieron las cosas, supo preparar una buena excusa. Sí, todo encaja perfectamente bien.

—Demasiado bien —opinó Bundle con decisión.

—¿Cómo? —repuso Jimmy sorprendido.

—¿Qué hay del número siete, que jamás aparece y se mantiene siempre en las sombras? ¿La condesa y Bauer? No, no es tan sencillo como parece. Bauer estuvo aquí anoche, desde luego, pero sólo por si las cosas salían mal, como han salido. Su papel era el de víctima propiciatoria: alejar toda sospecha del jefe, del número siete.

—¿No habrá leído usted demasiadas novelas de misterio? —preguntó Jimmy con ansiedad.

Bundle le miró con significado reproche.

—Bueno —dijo Jimmy—. Todavía no soy como la Reina de Corazones. No puedo creer seis cosas imposibles antes del desayuno.

—Ya ha pasado la hora del desayuno.

—O incluso después del desayuno. Tenemos una hipótesis con todos los visos de realidad y usted se niega a aceptarla simplemente porque quiere hacer las cosas más difíciles —dijo Jimmy.

—Así es, lo siento —repuso Bundle—, pero me aferró apasionadamente a mi opinión de que el misterioso número siete se encuentra en esta casa.

—¿Qué piensa Bill?

—Bill está imposible —dijo Bundle fríamente.

—¡Oh! —exclamó Jimmy—. ¿Le ha contado usted lo de la condesa? Debería decírselo, pues de lo contrario sólo Dios sabe lo que es capaz de confiarle.

—Se niega a escuchar cuanto vaya contra ella. Es un idiota. Quisiera que usted le hiciera comprender que el lunar no es simple casualidad.

—Olvida usted que yo no estaba dentro del aparador —observó Jimmy—. De todas formas, prefiero no discutir con él acerca del lunar de su enamorada. Pero no creo que sea lo bastante borrico como para no comprender que todo encaja.

—Pues lo es —afirmó Bundle—. Cometió un grandísimo error al confiar en él, Jimmy.

—Lo siento. No creí que fuera tan estúpido. Cometí una tontería, ciertamente; pero…

—Ya sabe usted cómo son esas aventureras extranjeras —dijo Bundle—. Cómo cautivan a la gente.

—En realidad, a mi no me ha causado ninguna sensación. —Observó Jimmy—. Nadie ha tratado todavía de cautivarme.

Jimmy suspiró. Se produjo un corto silencio mientras daba vueltas a algunas ideas. Cuanto más pensaba en ellas, menos satisfactorias le parecían.

—Dice usted que Battle quiere que no se haga ni diga nada contra la condesa —dijo finalmente.

—Sí.

—Y que su idea es llegar a alguien a través de ella.

Bundle asintió.

Jimmy pensó intensamente, tratando de comprender. Battle debía tener alguna idea definida en la cabeza.

—Sir Stanley Digby fue a Londres esta mañana temprano,

¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—¿Le acompañó O'Rourke?

—Creo que sí.

—¿No cree que…? No, es imposible.

—¿Qué?

—Que O'Rourke esté mezclado en todo esto.

—A lo mejor —repuso Bundle después de pensar durante un momento—. Tiene lo que algunos llaman una personalidad muy viva. No me sorprendería que… A decir verdad, nada puede ya sorprenderme. En realidad, sólo existe una persona de la que estoy absolutamente segura de que no es el número siete.

—¿Quién es?

—El superintendente Battle.

—Creí que iba a decir George Lomax.

—Calle. Ahí viene.

George se dirigía hacia ellos, decidido. Jimmy murmuró una excusa y se alejó. George se sentó junto a Bundle.

—¿Debe dejarnos realmente, mi querida Eileen?

—Sí, parece que sí. Papá no está muy tranquilo. Lo mejor es que regrese a casa para cogerle de la mano.

—Esta pequeña mano sin duda le dará consuelo —dijo George, y se la cogió para apretarla entre las suyas—. Comprendo sus razones, querida Eileen, que la honran mucho. En estos tiempos de agitación…

«¡Pobre de mí!», pensó Bundle.

—… cuando la vida, la vida familiar está en peligro y las viejas tradiciones se tambalean, corresponde a los de nuestra clase demostrar, con el ejemplo, que nosotros no nos dejamos afectar por estas circunstancias. Nos llaman fanáticos y reaccionarios. Me siento orgulloso de merecer tales calificativos. Existen cosas que exigen nuestro fanatismo, nuestra airada reacción: la dignidad, la belleza, la modestia, la santidad de la vida familiar, el respeto filial… ¿Vale la pena vivir si todo eso muere? Como le decía, mi querida Eileen, le envidio los privilegios de su juventud. ¡Juventud! ¡Qué maravilloso tesoro! Y pensar que no lo apreciamos hasta que pasan los años. Confieso, querida niña, que en el pasado me desilusionaba su ligereza. Ahora comprendo que era sólo la actitud propia de una

niña y admiro la grave y fervorosa belleza de su mente. Espero que me permitirá asesorarla en sus lecturas, ¿verdad, Eileen?

—¡Oh, gracias! —repuso Bundle modestamente.

—Y no debe volver a asustarse de mí. Me sentí avergonzado cuando lady Caterham me dijo que usted me temía. Puedo asegurarle que soy una persona normal y corriente.

Bundle se sintió perpleja ante la modestia de George.

—No sea nunca reservada conmigo, querida niña. Y no tema aburrirme. Será un gran placer, si me permite decirlo, abrir el capullo de su mente. Seré su mentor político. Jamás como ahora hemos necesitado en el partido mujeres jóvenes, de talento y con encanto. ¿Quién le dice que no está usted destinada a seguir los pasos de su tía, lady Caterham?

Aquella terrible posibilidad asustó completamente a Bundle y miró perpleja a George, que no se sintió desanimado por ello. Su principal oposición a las mujeres se basaba en que hablaban demasiado. Raramente encontraba lo que él llamaba una buena oyente. Entonces, sonrió con benignidad a Bundle.

—La mariposa sale de la crisálida. ¡Qué maravilla! Tengo un tratado sobre economía política muy interesante. Ahora lo buscaré para que pueda llevárselo a Chimneys. Cuando lo haya leído, lo comentaremos. No vacile en escribirme si hay algo que no comprende. Mis deberes políticos son múltiples, pero siempre encuentro tiempo para los buenos amigos. Voy a buscar el libro.

Se alejó. Bundle lo miraba aturdida. La llegada de Bill la sacó de su ensimismamiento.

—Oye —preguntó Bill—. ¿Por qué diantres «El besugo» te tenía cogida de la mano?

—No era mi mano —contestó Bundle, aturdida—. Era el capullo de mi mente.

—No seas tonta.

—Lo siento, Bill, pero estoy preocupada. ¿Recuerdas que dijiste que Jimmy corría un gran peligro al venir aquí?

—Sí —asintió Bill—. Es terriblemente difícil escapar de «El besugo» una vez que se ha interesado por alguien. Jimmy se verá engullido antes de que se dé cuenta de lo que ha pasado.

—No es Jimmy quien no podrá escapar, sino yo —dijo Bundle tristemente—. Tendré que conocer a infinitas Mrs. Macatta y leer

tratados de economía política y comentarlos con George, y así hasta la eternidad.

Bill silbó.

—¡Pobre Bundle! —exclamó—. ¡En qué líos te metes!

—Estoy muy deprimida, Bill.

—No te atormentes. —La consoló éste—. George no cree conveniente que las mujeres se presenten a las elecciones para el Parlamento. No tendrás que pronunciar discursos subida a una tarima ni besar niños. Vamos a tomar un aperitivo. Ya es casi la hora de comer.

Bundle se levantó y se marchó con él, obediente.

—¡Y pensar que odio la política! —exclamó.

—Claro que sí. Toda persona sensata la odia. Sólo individuos como «El besugo» y Pongo se la toman en serio y disfrutan con ella. De todas maneras —dijo Bill presa de una súbita sospecha—, no dejes que «El besugo» te coja la mano.

—¿Por qué no? —preguntó Bundle—. Me conoce desde que era una niña.

—Pues no me gusta.

—¡El virtuoso Bill! Mira, ahí está el superintendente Battle.

Estaban entrando por una puerta lateral. A su izquierda había una pequeña habitación en la que se guardaban palos de golf, raquetas, bolos y otros utensilios propios de una casa de campo. El superintendente Battle estaba examinando minuciosamente los palos de golf y levantó la cabeza, un tanto avergonzado, al oír la exclamación de Bundle.

—¿Va a jugar al golf, superintendente Battle? —le preguntó.

—Podría hacer cosas peores, lady Eileen. Dicen que jamás se es demasiado viejo para empezar. Además, poseo una cualidad que es muy buena en todo juego.

—¿Cuál es? —preguntó Bill.

—Que jamás me doy por vencido. Si todo sale mal, vuelvo a empezar.

Y con una expresión firme en el rostro, el superintendente salió de la habitación y se unió a ellos cerrando la puerta tras de sí.

Capítulo XXV

JIMMY PREPARA SUS PLANES

Jimmy Thesiger se sentía deprimido. Evitó a George, de quien temía estuviera dispuesto a hablarle de asuntos serios, y escapó furtivamente después de comer. A pesar de sus ya profundos conocimientos de la disputa fronteriza de Santa Fe, no deseaba que le preguntaran la lección en este momento.

Un momento después sucedió lo que él esperaba. Lorraine Wade, también sola, apareció paseando por uno de los umbríos senderos del jardín. Jimmy se dirigió inmediatamente al lugar donde ella se encontraba. Caminaron unos momentos en silencio.

—Lorraine…

—¿Si?

—Escucha, no se me dan muy bien estas cosas, pero ¿qué te parece? ¿Qué tiene de malo pedir una licencia especial, casarnos y vivir eternamente felices?

Lorraine no mostró embarazo alguno ante tan súbita proposición. Por el contrario, echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—No te rías de mi —dijo Jimmy en tono de reproche.

—No puedo evitarlo. Lo dices tan serio…

—Eres un diablillo, Lorraine.

—No es cierto. Soy una muchacha perfecta. Por lo menos, eso dicen.

—Pero sólo quienes no te conocen. Dejémonos de rodeos y vayamos al grano. ¿Quieres que nos casemos?

Lorraine dejó de reír. Su pequeña boca se endureció y echó la barbilla hacia delante, con agresividad.

—No, Jimmy. Por lo menos, no hasta que todo esto se haya

acabado.

—Se que no hemos conseguido lo que nos propusimos —dijo Jimmy—. Pero, de todas maneras… Bien, es el final de un capítulo. Los papeles están seguros en el Ministerio de Aviación. La virtud ha triunfado. Y por el momento…

—Por el momento, casémonos, ¿verdad? —Le interrumpió Lorraine sonriendo.

—Tú lo has dicho.

Pero Lorraine negó con la cabeza.

—No, Jimmy. No hasta que esto haya terminado y estemos a salvo.

—¿Crees que estamos en peligro?

—¿Y tú no?

La sonrosada cara de Jimmy se ensombreció.

—Tienes razón —dijo finalmente—. Si esa extraordinaria historia de Bundle es cierta, y supongo que, por increíble que parezca, lo es, no estaremos seguros hasta que hayamos arreglado las cuentas con ese misterioso número siete.

—¿Y los demás?

—Ellos no cuentan. Es el número siete, con su forma de operar, quien me asusta. Porque no sé quién es ni dónde encontrarlo.

Lorraine se estremeció.

—He estado asustada —dijo en voz baja— desde la muerte de Gerry.

—No hay nada que debas temer. Déjalo todo en mis manos. Puedes estar segura, Lorraine, de que atraparé al número siete. Cuando lo tengamos, no creo que encontremos mucha dificultad en atrapar al resto de la banda, sean quienes sean.

—Si lo atrapas… ¿Y si es él quien al fin consigue atraparte a ti?

—Imposible —repuso Jimmy alegremente—. Soy demasiado inteligente. Uno debe tener siempre buena opinión de sí mismo. Ése es mi lema.

—Cuando pienso en las cosas que pudieron ocurrir anoche… —dijo Lorraine temblando.

—Pero no ocurrieron —contestó Jimmy—. Ambos estamos aquí, sanos y salvos, aunque debo admitir que el brazo me duele bastante.

—¡Pobrecillo!

—Uno tiene que sufrir algo por las buenas causas. Además, gracias a mi herida y a mi alegre conversación, he conquistado por completo a lady Coote.

—¿Crees que eso puede ser importante?

—Tengo una idea que puede sernos útil.

—Tú tienes algún plan, Jimmy. ¿Cuál es?

—El héroe jamás cuenta sus planes —repuso Jimmy con firmeza —. Deja que maduren en la oscuridad.

—¡Qué tonto eres!

—Lo sé, lo sé, todo el mundo lo dice. Pero puedo asegurarte, Lorraine, que mi cerebro trabaja mucho. Y tú, ¿tienes algún plan?

—Bundle ha sugerido que pase algunos días en Chimneys con ella.

—Excelente —repuso Jimmy—. Nada podría ser mejor. Me gustaría vigilar a Bundle. Uno nunca sabe qué locura puede ocurrírsele. Piensa las cosas más absurdas y, lo que es más asombroso, le salen bien. Creo que evitar que Bundle cometa más locuras es un trabajo de jornada completa.

—Bill podría hacerlo —sugirió Lorraine.

—Ése ya tiene en qué ocuparse.

—No lo creas —repuso Lorraine.

—¿Cómo? ¿Y la condesa? Está loco por ella.

Lorraine meneó la cabeza.

—Hay algo ahí que no acabo de comprender. Bill no está interesado por la condesa, sino por Bundle. Esta mañana Bill estaba hablándome, cuando Mr. Lomax salió y se sentó junto a Bundle. Le cogió de la mano y Bill salió disparado como un cohete.

—¡Qué gustos más extraños tienen algunas personas! —Observó Jimmy—. ¿Cómo puede alguien que esté hablando contigo pensar en otra cosa? Tus palabras me sorprenden mucho, Lorraine. Creí que Bill había caído preso en las redes de la hermosa aventurera extranjera. Bundle así lo cree.

—Quizá Bundle lo crea —objetó Lorraine—, pero puedes estar seguro de que no es así.

—¿Qué imaginas que puede ser, entonces?

—¿No te parece posible que Bill esté haciendo averiguaciones por su cuenta? —repuso Lorraine.

—¿Bill? Ése tiene menos cerebro que un mosquito.

—No comparto tu opinión. Cuando alguien sencillo y fuerte como él se propone ser sutil, nadie quiere creerlo.

—Y por tanto, puede llevar a cabo lo que se ha propuesto. Sí, creo que hay algo en lo que dices. Pero de todas maneras, jamás lo hubiera creído de Bill. Está representando maravillosamente el papel de perro faldero de la condesa. Sin embargo, creo que estás equivocada, Lorraine. La condesa es una mujer extraordinariamente hermosa, aunque no es mi tipo, desde luego —explicó apresuradamente—, y Bill siempre ha tenido un corazón como un hotel.

Lorraine meneó la cabeza, aún no convencida.

—Bueno —dijo Jimmy—, como tú quieras. Parece que hemos dejado las cosas bastante definidas. Ve con Bundle a Chimneys y, por el amor de Dios, procura evitar que vuelva a meter las narices en el Club Seven Dials otra vez. Sólo Dios sabe lo que puede suceder si lo hace.

Lorraine asintió.

—Y ahora —prosiguió Jimmy—, creo que será conveniente que hable un momento con lady Coote.

Lady Coote estaba en el jardín haciendo punto. El tema era una joven desconsolada que lloraba sobre un ataúd. Le hizo sitio a su lado a Jimmy y éste, con tacto, admiró su trabajo.

—¿Le gusta? —preguntó complacida—. Lo empezó mi tía Selinda una semana antes de fallecer. Murió de cáncer del hígado, la pobrecilla.

—¡Qué terrible! —murmuró Jimmy.

—¿Cómo está su brazo?

—¡Oh! Bastante mejor. Me molesta algo, pero pronto se curará.

—Debe ir con cuidado —dijo Lady Coote con ansiedad en la voz —. Sé de algunos casos de envenenamiento de la sangre. Podría perder el brazo.

—Espero que no.

—Sólo le estoy previniendo.

—¿Dónde residen ustedes ahora? ¿Están en la ciudad o en el campo? —preguntó Jimmy.

Teniendo en cuenta que sabía perfectamente la respuesta a su pregunta, impuso notable ingenuidad en sus palabras.

Lady Coote suspiró pesadamente.

—Sir Oswald ha alquilado la mansión del duque de Alton, en Letherbury. ¿La conoce usted?

—Sí. ¿No le parece un lugar maravilloso?

—Pues no estoy segura —repuso lady Coote—. Es una casa muy grande y triste. Hay muchas galerías con retratos de personajes majestuosos y solemnes. Los cuadros de los antiguos maestros me parecen muy deprimentes. Debiera usted haber visto una casita que teníamos en Yorkshire, Mr. Thesiger, cuando sir Oswald no era más que Mr. Coote. Recuerdo que escogí el papel de las paredes de la salita de estar. El comedor miraba al noroeste y no tenía mucho sol, pero con papel rojo en las paredes y unos grabados cómicos de caza era tan alegre como unas pascuas.

En el transcurso de aquellas reminiscencias, lady Coote dejó caer varias veces el ovillo de lana, que Jimmy recogió atentamente.

—Gracias, querido —dijo—. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Las casas. ¡Me gusta tanto una casa alegre! Y escoger las cosas para la casa me causa gran placer.

—Supongo que sir Oswald adquirirá una bonita residencia cualquier días de éstos —sugirió Jimmy—, y entonces podrá arreglarla a su gusto.

Lady Coote negó con la cabeza tristemente.

—Sir Oswald habla de encargar ese trabajo a unos profesionales, y ya sabe usted lo que eso significa.

—Pero ellos la consultarán a usted.

—Será un edificio enorme y antiguo. No se preocuparán de aquellas cosas que yo considero cómodas y hogareñas. No es que sir Oswald no estuviera cómodo y satisfecho en su casa siempre, y me atrevo a decir que, en el fondo, sus gustos no han cambiado, pero nada sino lo mejor puede satisfacerle ahora. Ha tenido un gran éxito en la vida y quiere demostrarlo, pero me pregunto dónde acabará.

Jimmy la miró benévolamente.

—Es como un caballo desbocado —prosiguió lady Coote—. Ha tascado el freno y sigue corriendo. Corre y corre, hasta que no pueda más. Es uno de los hombres más ricos de Inglaterra, pero ¿cree usted que está satisfecho? No, todavía quiere más. Quiere ser… ¡Yo no sé lo que quiere ser! Algunas veces, me asusta.

—Es como aquel persa que pedía continuamente nuevos mundos para conquistar —dijo Jimmy.

Lady Coote asintió, sin comprender el significado de las palabras de Jimmy.

—Me pregunto si su estómago lo resistirá —prosiguió lady Coote llorosa—. Sería horrible que quedara inválido, con las ideas que tiene, no quiero ni pensarlo.

—Parece muy sano. —Observó Jimmy intentando consolarla.

—Tiene algo metido en la cabeza —dijo lady Coote—. Está muy preocupado. Yo lo sé.

—¿Qué le preocupa?

—Lo ignoro. Quizá pasa algo en las acerías que le preocupa. Afortunadamente, delega mucho trabajo en Mr. Bateman. Es un joven muy dispuesto y responsable.

—Maravillosamente responsable —asintió Jimmy.

—Oswald tiene en mucha estima las opiniones de Mr. Bateman. Dice que siempre tiene razón.

—Ésa era una de sus peores características hace años. —Observó Jimmy.

Lady Coote le miró extrañada.

—Pasé un magnífico fin de semana con ustedes en Chimneys —dijo Jimmy—. Quiero decir, de no haber sido por la muerte del pobre Gerry. Las chicas eran muy simpáticas.

—Yo las encuentro demasiado atolondradas —repuso lady Coote —. No son románticas. Cuando sir Oswald y yo éramos novios, le bordé unos pañuelos con sus iniciales con cabello mío.

—¿Si? ¡Qué maravilloso! —exclamó Jimmy—. Pero supongo que las chicas de hoy llevan el cabello demasiado corto para hacerlo.

—Es cierto —admitió lady Coote—. Pero pueden demostrar su cariño de otras maneras. Recuerdo que, cuando era joven, uno de mis… bien, un muchacho que me admiraba, una vez cogió un puñado de tierra. Una amiga mía me dijo que lo había hecho porque mis pies la habían pisado y que era como un tesoro para él. Pensé que era una idea muy bonita. Después resultó que estudiaba mineralogía, ¿o sería geología?, en una escuela técnica. Pero me gustó la idea, como la de robar el pañuelo de una muchacha y todas estas cosas.

—Sería muy embarazoso para la muchacha si después quisiera sonarse la nariz. —Observó el práctico Mr. Thesiger.

Lady Coote dejó de hacer punto y le miró intrigada.

—¿No hay alguna buena chica que le guste? ¿Para la que quiera trabajar y mantener un hogar?

Jimmy se sonrojó y murmuró algo.

—Me pareció que sentía usted cierta preferencia por una de las muchachas que pasaron el fin de semana en Chimneys: Vera Daventry.

—¿Socks?

—Así la llaman —admitió lady Coote—. Aunque no comprendo por qué. No es un nombre bonito.

—Es una chica magnífica —dijo Jimmy—. Me gustaría volverla a ver.

—Pasará con nosotros el próximo fin de semana.

—¿Si? —repuso Jimmy, tratando de imponer un melancólico deseo en esa sola pregunta.

—Sí. ¿Le gustaría… le gustaría a usted venir?

—¡Oh, muchas gracias, lady Coote! —repuso Jimmy calurosamente—. ¡Muchas gracias!

Y, reiterándole su fervoroso agradecimiento, Jimmy se alejó.

Sir Oswald se reunió poco después con su esposa.

—¿Qué te estaba diciendo ese mequetrefe? —preguntó—. No puedo soportarlo.

—Es un buen muchacho —repuso lady Coote—. ¡Y tan valiente! Fíjate en lo que hizo anoche y la herida que sufrió.

—Sí, metiéndose donde no le importa.

—Creo que no eres justo con él, Oswald.

—No ha trabajado ni un solo día en su vida. Es un haragán que se moriría de hambre si tuviera que ganarse el sustento con su esfuerzo.

—Anoche debiste haberte mojado los pies —observó lady Coote —. Espero que no cojas una pulmonía. Hace pocos días, Freddie Richards murió de eso. Se me hiela la sangre en las venas al pensar que estabas paseando por ahí fuera anoche mientras había un peligroso ladrón en la casa. Podía haberte matado. A propósito, he invitado a Mr. Thesiger a pasar el próximo fin de semana con nosotros.

—¡Qué tontería! —repuso sir Oswald—. No quiero ver a ese joven en mi casa, ¿te enteras, María?

—¿Por qué no?

—Eso es de mi incumbencia.

—Lo siento, querido —dijo lady Coote plácidamente—. Ya lo he invitado y nada puede hacerse. ¿Quieres recogerme ese ovillo de lana, Oswald?

Sir Oswald obedeció, con el rostro congestionado. Miró a su esposa y vaciló. Lady Coote enhebraba plácidamente la aguja de lana.

—No quiero a Thesiger en mi casa el próximo fin de semana —dijo finalmente—. Me he enterado de algunas cosas acerca de él por Bateman. Estudiaron juntos en el mismo colegio.

—¿Qué dijo Mr. Bateman?

—Nada bueno. En realidad, me previno contra él.

—¿Si? —repuso lady Coote pensativa.

—Y tengo en gran aprecio el buen juicio de Bateman. Jamás se ha equivocado.

—Es culpa mía —suspiró lady Coote—. Desde luego, de haberlo sabido, no lo hubiera invitado. Debiste haberme avisado, Oswald. Ahora es demasiado tarde.

Empezó a recoger su labor cuidadosamente. Sir Oswald la miró, pareció querer decir algo y, finalmente, se encogió de hombros y la siguió al interior de la casa. Lady Coote sonreía débilmente. Quería a su esposo, pero también le gustaba salirse con la suya de una manera silenciosa, muy femenina.

Capítulo XXVI

EN EL QUE SE HABLA PRINCIPALMENTE DE GOLF

—Esa amiga tuya es encantadora, Bundle —dijo lord Caterham.

Lorraine llevaba ya casi una semana en Chimneys y se había ganado una magnífica reputación ante su anfitrión, a causa, principalmente, de su maravillosa disposición para dejarse instruir en la ciencia de golpear la pelota con un palo de golf.

Aburrido por el invierno pasado en el extranjero, lord Caterham se dedicaba al golf. Era un jugador pésimo y en consecuencia mostraba un enorme entusiasmo por el juego. Empleaba la mayor parte de la mañana en practicar el juego corto lanzando las pelotas por encima de setos y arbustos. La mayoría de las veces sólo lograba arrancar grandes pedazos de césped para la desesperación de MacDonald.

—Debemos preparar un pequeño campo —dijo lord Caterham hablándole a una margarita—. Un bonito campo. Fíjate en este golpe, Bundle. Apoyado en la rodilla derecha, giras despacio, la cabeza firme y juego de muñecas.

La pelota, que recibió el golpe en la parte superior, se deslizó rápidamente por el césped y desapareció en la insondable profundidad de un gran macizo de rododendros.

—Es curioso —dijo lord Caterham—. ¿Qué habré hecho mal esta vez? Como te estaba diciendo, Bundle, esa amiga tuya es encantadora. Creo sinceramente que está interesada en el juego. Esta mañana ha dado unos cuantos golpes buenos, realmente tan buenos como los que podría hacer yo mismo.

Lord Caterham realizó otro *swing* defectuoso y arrancó una chuleta enorme. MacDonald, que acertaba a pasar por allí en aquel momento, la recogió colocándola acto seguido en su lugar. La mirada que dirigió a lord Caterham hubiera hecho desear a cualquiera que no fuera un ardiente jugador de golf que la tierra se lo tragara.

—Si MacDonald se portó cruelmente con los Coote, cosa que verdaderamente sospecho —dijo Bundle—, en estos momentos está recibiendo su justo castigo.

—¿Por qué no he de poder hacer lo que me venga en gana en mi propio jardín? —preguntó lord Caterham—. MacDonald debería sentir interés por mis progresos en el juego. Los escoceses son un pueblo de grandes jugadores de golf.

—Pobre papaito. —Observó Bundle—. Jamás serás un buen jugador; pero tu afición, por lo menos, impide que hagas cosas peores.

—No lo creas —repuso lord Caterham—. Hace unos días cumplí en un par cinco. El profesional del campo se sorprendió mucho cuando se lo dije.

—No me extraña.

—Hablando de Coote, sir Oswald juega bastante bien, aunque su estilo no es bonito, demasiado rígido. Pero siempre en el centro de la calle. Pero es curioso, no te perdona una. Es incapaz de darte el hoyo aunque estés a un palmo. Tienes que patear todas las veces. Eso no me gusta.

—Supongo que es un hombre que le gusta lo seguro. —Opinó Bundle.

—Va en contra del espíritu del juego —añadió su padre—. Y tampoco le interesa la teoría del asunto. Dice que sólo lo hace por ejercicio y que el estilo no le preocupa en absoluto. En cambio su secretario, ese tal Bateman, es muy distinto. La teoría es primordial para él. El otro día me dio unos magníficos consejos. Lanzaba todas las pelotas desviadas a la derecha, y dijo que se debía a que daba demasiada importancia al brazo derecho, y me explicó una interesante teoría. En el golf todo es el brazo izquierdo, el brazo izquierdo es el que cuenta. Es zurdo jugando al tenis, pero juega al golf con palos de diestro porque así se nota su indiscutible superioridad con el brazo izquierdo.

—¿Y juega muy bien? —preguntó Bundle.

—No —confesó lord Caterham—, aunque acaso eso se debiera a que estaba desconcentrado. Comprendo muy bien su teoría y creo que está en lo cierto. ¡Ah! ¿Qué te ha parecido éste, Bundle? Ha pasado por encima de los rododendros. Un golpe perfecto. Si estuviera seguro de que cada vez me saliera así… Si, Tredwell, ¿qué sucede?

Tredwell se dirigió a Bundle.

—Mr. Thesiger al teléfono, milady.

Bundle se dirigió corriendo hacia la casa, llamando a Lorraine mientras lo hacía. Lorraine se unió a ella cuando cogía el auricular.

—¡Hola! ¿Es usted, Jimmy?

—Sí. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, pero bastante aburrida.

—¿Y Lorraine?

—Creo que lo mismo que yo. Está aquí conmigo. ¿Quiere hablar con ella?

—Dentro de un momento. Tengo que decirle a usted varias cosas. Para empezar, pasaré el fin de semana con los Coote —dijo significativamente—. Oiga, Bundle, ¿sabe cómo podría hacerme con unas ganzúas?

—No tengo la menor idea. ¿Cree necesario llevar ganzúas a la casa de los Coote?

—Pensé que acaso fuera conveniente tenerlas. ¿No sabe en que tienda podría adquirirlas?

—Lo que en realidad necesita usted es un ladrón bondadoso que le enseñe el oficio.

—Tiene razón, Bundle, pero, desgraciadamente, carezco de amistades de esta clase. Pensé que acaso usted podría ayudarme a encontrar una solución, pero supongo que, como de costumbre, deberé solicitar la ayuda de Stevens. Creo que se formará una extraña opinión de mi. Primero, le encargué que me comprara una pistola y ahora voy a consultarle sobre ganzúas. Pensará que me he unido a las clases criminales.

—Jimmy —dijo Bundle.

—¿Si?

—Tendrá cuidado, ¿verdad? Quiero decir que si sir Oswald lo encuentra hurgando en su casa con ganzúas puede ser muy

desagradable para usted.

—No tema, seré cuidadoso. Es a Pongo a quien verdaderamente temo. Camina sin ruido con sus pies planos. Nunca se le oye llegar. Además, siempre fue un genio metiendo las narices donde no debía. Pero tengo confianza en el héroe.

—Quisiera que Lorraine y yo estuviéramos a su lado para cuidarlo.

—Gracias, enfermera. En realidad, tengo un plan.

—¿Cuál es?

—¿Cree que usted y Lorraine podrían sufrir una avería en el coche mañana por la mañana cerca de Letherbury? No está demasiado lejos.

—Sólo cuarenta millas.

—Pero tenga cuidado y no mate a Lorraine. Siento cierta debilidad por esa chica. Entonces, quedamos en que el accidente será hacia las doce y cuarto o doce y media.

—¿Para qué nos inviten a comer?

—Ésa es la idea. Oiga, Bundle. Ayer me encontré con esa chica, Socks, y me dijo que Terence
O'Rourke
también pasará en Letherbury el fin de semana. ¿Qué le parece?

—¿Cree acaso que…?

—Es conveniente sospechar de todo el mundo. Por lo menos, eso es lo que dicen los expertos. Es un tipo muy decidido y no me extrañaría que hubiese sido capaz de formar una sociedad secreta. Acaso él y la condesa estén mezclados en este asunto. Estuvo en Hungría el año pasado.

—Pero podría hacerse con la fórmula en cualquier momento.

—Eso es precisamente lo que no puede hacer. Tendría que llevarlo a cabo en circunstancias donde no sospecharan de él. Pero volver a encaramarse por la hiedra y meterse en la cama otra vez sería un trabajo muy notable. Veamos las instrucciones, ahora. Después de decir algunas palabras corteses a lady Coote, usted y Lorraine deberían entretener a Pongo y
O'Rourke
hasta la hora de comer. ¿Comprende? Dos muchachas bonitas como ustedes no deberían encontrar dificultades en lograrlo.

—Está usted muy galante esta mañana.

—No digo sino la verdad.

—Bien. Sus instrucciones han sido debidamente anotadas. ¿Quiere hablar con Lorraine, ahora?

Bundle le pasó el auricular a la muchacha y salió de la habitación.

Capítulo XXVII

AVENTURA NOCTURNA

Jimmy Thesiger llegó a Letherbury una soleada tarde de otoño y fue afectuosamente acogido por lady Coote y con frío desagrado por sir Oswald. Al observar la mirada casamentera de lady Coote puesta en él, Jimmy trató por todos los medios de hacerse agradable a Socks Daventry.

O'Rourke se encontraba de excelente humor. Estaba dispuesto a ser reservado acerca de los misteriosos sucesos de la Abadía, sobre los cuales Socks le interrogaba ávidamente, pero su reticencia oficial adoptó una nueva forma. Es decir, rodeó los hechos de tanta fantasía que nadie hubiera sido capaz de adivinar la verdad.

—¿Cuatro hombres enmascarados provistos de armas? ¿Sucedió realmente así? —preguntó Socks con seriedad.

—¡Ah! Y ahora recuerdo que había una media docena agarrándome para obligarme a tomar el somnífero. Creí que era veneno y que mi última hora había llegado.

—¿Qué fue lo que robaron o intentaron robar?

—Pues nada menos que las joyas de la corona de Rusia, que fueron llevadas en secreto a Mr. Lomax para que las depositara en el Banco de Inglaterra.

—¡Qué embustero eres! —dijo Socks.

—¿Embustero yo? Mi mejor amigo pilotó el avión en que fueron traídas las joyas. Lo que te estoy contando es secreto, Socks. Pregúntaselo a Jimmy Thesiger sino quieres creerme. Aunque yo no confiaría mucho en lo que él pueda decir.

—¿Es cierto que George Lomax bajó sin ponerse la dentadura postiza? —preguntó Socks—. Eso es lo que quiero saber.

—Había dos pistolas —dijo lady Coote—. ¡Qué horrible! Yo las vi. Es un milagro que no mataran a ese pobre chico.

—He nacido para morir ahorcado —dijo Thesiger.

—Creo que había una condesa rusa de notable belleza —siguió hablando Socks— y que Bill se enamoró perdidamente de ella.

—Algunas de las cosas que nos contó de Budapest eran sencillamente horribles —dijo lady Coote—. Jamás las olvidaré. Oswald, tienes que mandar un donativo.

Sir Oswald gruñó.

—Tomaré nota de ello, lady Coote —dijo Bateman.

—Gracias, Mr. Bateman. Creo que debemos hacer algo como agradecimiento. No sé cómo pudo sir Oswald evitar que lo mataran y también librarse de una pulmonía.

—No seas tonta, María —repuso sir Oswald.

—Siempre he tenido un miedo terrible a los ladrones nocturnos —dijo lady Coote.

—¡Cómo me gustaría encontrarme cara a cara con uno! —exclamó Socks—. Debe ser algo sutilmente excitante.

—No lo creas —repuso Jimmy—. Es endiabladamente doloroso. —Prosiguió acariciándose el brazo.

—¿Cómo está su herida? —preguntó lady Coote.

—Casi bien del todo, pero ha sido muy molesto tener que valerme sólo de la mano izquierda. Soy un inútil con la izquierda.

—Debería enseñarse a los niños a ser ambidiestros. —Observó sir Oswald.

—¡Oh! —exclamó Socks—. ¿Igual que las focas?

—No. Las focas son anfibias. —Observó Mr. Bateman—. Ser ambidiestro significa poder valerse de ambas manos con igual facilidad.

—¡Oh! —Repitió Socks, mirando con admiración a sir Oswald—. ¿Puede usted hacerlo?

—Ciertamente. Escribo bien con ambas manos.

—¿Con las dos a la vez?

—No sería práctico —replicó sir Oswald.

—No —admitió Socks pensativa—. Supongo que sería demasiado sutil.

—Sería algo sensacional en un ministerio. —Observó Mr. O'Rourke— si se pudiera evitar que la mano derecha supiera lo que

está haciendo la izquierda.

—¿Puede usted valerse de ambas manos?

—No. Lo hago todo con la mano derecha.

—Pero reparte las cartas con la mano izquierda —dijo el observador Mr. Bateman—. La otra noche me fijé en ello.

—Eso es muy distinto —respondió Mr. O'Rourke, con toda naturalidad.

Un batintín dejó oír una triste nota y todos se dirigieron a sus habitaciones para vestirse para la cena.

Después de la cena, Mr. Oswald y lady Coote, Mr. Bateman y Mr. O'Rourke jugaron al bridge y Jimmy oyó decir a sir Oswald, cuando se retiraba a sus habitaciones:

—Nunca sabrás jugar al bridge, María.

Y su respuesta:

—Ya lo sé, querido. Siempre lo dices. Oswald, le debes otra libra a Mr. O'Rourke.

Una o dos horas después, Jimmy se deslizó sin ruido (o así, por lo menos, lo deseaba) por la escalera. Hizo una breve visita al comedor y entonces se dirigió al gabinete de sir Oswald. Después de escuchar atentamente durante un minuto o dos, se puso a trabajar. La mayor parte de los cajones del escritorio estaban cerrados, pero su pedazo de alambre de curiosa forma pronto los abrió. Uno tras otros los cajones cedieron a su manipulación.

Examinó cuidadosamente el contenido de cada uno, cuidando de dejar las cosas tal como estaban. Una o dos veces se detuvo en su trabajo, aguzando el oído, pero nada oyó.

Examinó el último cajón. Jimmy conocía en aquel momento (o podría haber conocido, si hubiera prestado atención a ello) muchos interesantes detalles relacionados con el acero, pero nada encontró de lo que buscaba: una referencia al invento de herr Eberhard o algo que pudiera darle la clave de la identificación del misterioso número siete. No había esperado encontrarlo. Quiso, sin embargo, probar suerte sin esperar grandes resultados, a menos que fuera por pura suerte.

Probó los cajones para cerciorarse de que estaban bien cerrados. Conocía el poder de observación de Rupert Bateman y miró a su alrededor para asegurarse de que no había dejado huellas.

—Eso es —murmuró para sí—. Aquí no hay nada. Quizá mañana

por la mañana tenga mejor suerte, si las chicas hacen bien su papel.

Salió del gabinete, cerrando la puerta tras de sí. Por un momento le pareció oír un ruido, pero decidió que se había equivocado. Buscó a tientas el camino de regreso por el gran vestíbulo. Por las grandes ventanas entraba luz suficiente para impedirle que tropezara con algún mueble.

Nuevamente, volvió a oír un suave sonido. Esta vez tuvo la certeza de que no era imaginación suya. No estaba solo en el vestíbulo. Había alguien más allí, moviéndose tan cautelosamente como él. Su corazón latía apresuradamente.

De un salto, alcanzó el interruptor y encendió las luces. Un súbito reflejo le deslumbró, pero pudo ver con suficiente claridad. A menos de cuatro pies de él se encontraba Rupert Bateman.

—¡Qué susto me has dado, Pongo! —exclamó.

—¡Oí un ruido! —repuso Mr. Bateman con severidad—. Y baje para averiguar si habían entrado ladrones en la casa.

Jimmy miró pensativamente los pies de Mr. Bateman; zapatos con suelas de goma.

—Piensas en todo, Pongo. —Observó con descuido—. Incluso en las armas.

Su mirada se posó en el abultado bolsillo del otro.

—Nunca está de más llevar una pistola. Uno nunca sabe a quién puede encontrar.

—Me alegro de que no dispararas —dijo Jimmy—. Ya me estoy cansando de que tiren al blanco conmigo.

—Pude fácilmente haberlo hecho —replicó Mr. Bateman.

—Hubiera sido algo totalmente contrario a la ley —arguyó Jimmy—. Tienes que cerciorarte de que alguien fuerza la entrada de la casa antes de disparar. No debes llegar a conclusiones demasiado rápidas. De lo contrario, podrías encontrarte en la incómoda posición de tener explicar por qué mataste a un invitado que hacía algo tan inocente como yo.

—A propósito, ¿a qué has bajado?

—Tenía apetito —repuso Jimmy— y sentí ganas de comer una galleta.

—Las hubieras encontrado en una caja junto a tu cama —dijo Rupert Bateman.

Miraba fijamente a Jimmy a través de sus gafas.

—Por lo visto, la servidumbre ha tenido un fallo, amigo Pongo. En efecto, en la mesita de noche hay una lata en la cual está escrito: «Galletas para los invitados hambrientos», pero cuando el invitado hambriento la abrió no encontró nada en ella. Asique no me quedó más remedio que bajar al comedor.

Y con una ingenua sonrisa, Jimmy metió la mano en un bolsillo y sacó un buen puñado de galletas.

Se produjo una momentánea pausa.

—Y ahora regreso a la cama —dijo Jimmy—. Buenas noches, Pongo. Sueña con los angelitos.

Con una despreocupación exagerada, subió la escalera seguido de Rupert Bateman. Jimmy se detuvo junto a la puerta de su habitación como si fuera nuevamente a desearle las buenas noches.

—Es extraordinario lo de las galletas —dijo Mr. Bateman—. ¿Te importa que…?

—Claro que no, muchacho. Cerciórate por ti mismo.

Mr. Bateman cruzó la habitación, abrió la caja y miró fijamente el interior vacío.

—¡Qué descuido! —murmuró—. Bien, buenas noches.

Se retiró. Jimmy se sentó en el borde de la cama, atento a cualquier ruido.

—Me he librado por los pelos. Qué desconfiado es Pongo —murmuró para sí—. Parece que nunca duerme. Y que fea costumbre esa de andar con un revólver en el bolsillo.

Se levantó y abrió uno de los cajones del tocador. Debajo de un surtido de corbatas apareció un montón de galletas.

—No me queda más remedio que comérmelas —dijo Jimmy—. Diez a uno a que Pongo registrará el cuarto por la mañana.

Con un suspiro, comenzó a comerse las galletas sin tener las menores ganas de hacerlo.

Capítulo XXVIII

SOSPECHAS

A la hora convenida, Bundle y Lorraine cruzaron la puerta del jardín después de haber dejado el Hispano Suiza en un garaje cercano.

Lady Coote saludó a las dos muchachas con sorpresa y complacencia, invitándolas seguidamente a comer.

O'Rourke, que estaba sentado en un inmenso sillón, empezó acto seguido a hablar con Lorraine presa de una gran animación, mientras ella prestaba oídos a la explicación técnica que Bundle daba acerca de la avería sufrida por el Hispano Suiza.

—Y pensamos que era maravilloso que el coche decidiera pararse aquí —decía Bundle—. La última vez que sucedió era domingo y acabábamos de llegar a un lugar llamado Little Spendlington.

—Un magnífico nombre para una película. —Opinó O'Rourke.

—Lugar de nacimiento de la sencilla pastora. —Sugirió Socks.

—¿Dónde estará Mr. Thesiger? —preguntó lady Coote.

—En la sala del billar, supongo —repuso Socks—. Iré a buscarlo.

Escasamente un minuto después de salir Socks, apareció Rupert Bateman con su aspecto serio de costumbre.

—Dígame, lady Coote. Thesiger dijo que usted preguntaba por mí. ¿Cómo está usted, lady Eileen?

Saludó a las dos muchachas y Lorraine inmediatamente lo cogió por su cuenta.

—¡Oh, Mr. Bateman! Estaba deseando verle. ¿No fue usted quien me dijo lo que había que hacerle a un perro que continuamente se hiere en las patas?

El secretario negó con la cabeza.

—Debe de tratarse de alguna otra persona, miss Wade. Aunque, en realidad, casualmente se…

—¡Es usted maravilloso! —exclamó Lorraine—. Lo sabe todo.

—Hay que estar siempre al corriente —dijo Mr. Bateman con seriedad—. En cuanto a las patas de su perro…

Terence O'Rourke murmuró *sotto voce* a Bundle:

—Son hombres de esta clase los que escriben aquella sarta de tonterías en los periódicos semanales. «No es de conocimiento general que para mantener brillantes los guardafuegos de latón… Los coleópteros son las criaturas más entrañables entre los insectos…» y otras estupideces por el estilo.

—Información general, en realidad.

—¿Puede usted imaginar dos palabras más terribles? —preguntó Mr. O'Rourke—. ¡Gracias a Dios que soy un hombre educado que no sabe nada de nada!

—Veo que tiene un campo de golf. —Le dijo Bundle a lady Coote.

—¿Quiere que juguemos un partido, lady Eileen? —preguntó O'Rourke.

—Desafiemos a esos dos —repuso Bundle—. Lorraine, Mr. O'Rourke y yo te desafiamos a ti y a Mr. Bateman a un partido.

—Juegue, Mr. Bateman —dijo lady Coote al ver que el secretario parecía vacilar—. Estoy segura de que sir Oswald no le necesita ahora.

Los cuatro salieron al exterior.

—Lo hemos hecho muy bien —susurró Bundle a Lorraine—. Debemos felicitarnos mutuamente por nuestro tacto.

El partido terminó poco antes de la una, resultando vencedores Bateman y Lorraine.

—Pero creo que estará de acuerdo conmigo, compañera —dijo Mr. O'Rourke—, en que nuestro juego ha sido mejor.

O'Rourke se había retrasado con Bundle.

—El viejo Pongo es un jugador cauteloso y no se arriesga. Conmigo, es todo o nada. ¿No le parece una divisa muy acertada, lady Eileen?

—¿No le ha causado nunca ningún trastorno? —preguntó Bundle con una carcajada.

—Muchos, pero sigo en mis trece. Nadie puede vencer a Terence O'Rourke.

En aquel momento, apareció Jimmy Thesiger.

—¡Qué agradable sorpresa, Bundle! —exclamó.

—Te has perdido un buen partido de golf —dijo O'Rourke.

—Salí a dar un paseo —repuso Jimmy—. ¿De dónde habéis salido, chicas?

—Vinimos andando —contestó Bundle—. El Hispano Suiza sufrió una avería.

Narró las circunstancias de la avería del coche.

Jimmy la escuchaba comprensivo.

—Mala suerte —dijo—. Si tarda en ser reparado, os llevaré en mi coche después de la comida.

Sonó un batintín y todos entraron en la casa. Bundle observaba a Jimmy discretamente. Creyó haber captado cierta nota de exultación en su voz y tenía el presentimiento de que todo había salido bien.

Después de comer, se despidieron de lady Coote y Jimmy se ofreció a llevarlas al garaje en su coche. Las dos muchachas hicieron simultáneamente la misma pregunta tan pronto el coche se puso en marcha.

—¿Y bien?

Jimmy se hizo el remolón.

—¿Y bien?

—Oh, muy bien, gracias. Una ligera indigestión debido a una dosis algo excesiva de galletas que he tenido que tragarme.

—¿Qué ha sucedido?

—Os lo contaré. Mi devoción a la causa me obligó a comer demasiadas galletas. ¿Creéis que nuestro héroe se acoquinó? De ninguna manera.

—Oh, Jimmy —dijo Lorraine en tono suplicante.

Jimmy se ablandó.

—¿Qué queréis saber?

—Todo. ¿Verdad que nosotras lo hicimos bien? Quiero decir reteniendo a Pongo y Terence
O'Rourke
a nuestro lado.

—Os felicito por la forma en que habéis dominado a Pongo.

O'Rourke debía sentirse dispuesto a dejarse acaparar, pero Pongo está hecho de otra manera. Sólo existe una palabra para describirlo. El otro día la encontré en un crucigrama del *Sunday Newbag*. Palabra de seis letras que significa en todas partes; ubicuo. Describe a Pongo perfectamente. No puedes ir a ninguna parte sin tropezar con él, y lo que es peor, jamás se le oye llegar.

—¿Crees que es peligroso?

—¿Peligroso? Claro que no. Imaginaos a Pongo siendo peligroso. Es un borrico, pero un borrico ubicuo. Parece que ni tan siquiera necesita dormir como los demás mortales. Francamente, es un tipo muy fastidioso.

Y entonces Jimmy, con un tono de agravio, procedió a relatarles los sucesos de la noche anterior.

Bundle no se mostró muy de acuerdo con su proceder.

—No sé qué creerá usted que está buscando al registrar la casa.

—Al número siete —repuso Jimmy fríamente—. Eso es lo que estoy haciendo: buscar al número siete.

—¿Cree que lo encontrará aquí?

—Pensé que podría hallar alguna pista.

—¿La encontró?

—Anoche, no.

—Pero esta mañana —interpuso Lorraine—, Jimmy, esta mañana has encontrado algo. Lo leo en tu cara.

—Ignoro si será importante, pero durante mi paseo…

—Que no te llevó muy lejos de la casa.

—Pues sí, no tuve que salir de ella, en efecto. Podríamos llamarlo un viaje de ida y vuelta por el interior. Como os decía, no sé si tendrá alguna importancia. He encontrado esto.

Con la celeridad de un prestidigitador, sacó un pequeño frasco del bolsillo de su pantalón y se lo alargó a la muchacha.

—¿Qué supone usted qué es? —preguntó Bundle.

—Un polvo blanco cristalino —repuso Jimmy—. Son palabras que todo lector de novelas policíacas conoce. Desde luego, si resulta ser una nueva clase de polvos para lavarse los dientes me sentiré muy defraudado.

—¿Dónde lo encontró? —inquirió Bundle.

A partir de ese momento, Jimmy no quiso soltar prenda a pesar de todos los ruegos e insultos.

—Ya hemos llegado al garaje —dijo—. Esperemos que el Hispano no haya sido sometido a todo tipo de indignidades.

El hombre del garaje presentó una factura de cinco chelines e hizo algunas observaciones acerca de unos tornillos flojos. Bundle le pagó, sonriendo dulcemente.

—Es agradable saber que uno recibe dinero por nada algunas veces —murmuró Jimmy.

Los tres permanecieron un momento en silencio en la carretera, examinando la situación.

—Ya lo sé —dijo Bundle de pronto.

—¿Qué sabe?

—Algo que quería preguntarle y que casi había olvidado. ¿Recuerda aquel guante medio quemado que encontró el superintendente Battle?

—Sí.

—¿No dijo que Battle se lo había probado a usted?

—En efecto, pero era demasiado grande. Eso induce a creer que quien lo llevaba era un hombre fornido y grande.

—No es eso lo que me preocupa. Ni tampoco el tamaño. George y sir Oswald estaban también allí, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿No hubiera podido probárselo a cualquiera de ellos?

—Sí, desde luego.

—Pero no lo hizo. Le escogió a usted. ¿No comprende lo que eso significa?

Mr. Thesiger la miró fijamente.

—Lo siento, pero posiblemente mi cerebro no funciona de la manera acostumbrada. No tengo la menor idea de lo que quiere usted decir.

—¿Y tú, Lorraine?

Lorraine la miró con curiosidad y también negó con la cabeza.

—¿Tiene algún significado particular?

—Claro que sí. ¿Lo comprendes? Jimmy llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

—¡Por Júpiter! —dijo Jimmy lentamente—. Ahora que pienso en ello me parece algo raro. Quiero decir que se trataba de un guante de la mano izquierda. Battle no lo mencionó.

—No quería llamar la atención sobre ello. Al probárselo usted,

este hecho pudo pasar inadvertido, y habló del tamaño para despistar. Pero eso seguramente significa que el hombre que disparó contra usted sostenía la pistola con la mano izquierda.

—Y entonces debemos buscar a un zurdo —dijo Lorraine meditativamente.

—Sí, y te diré algo más. Eso es lo que Battle buscaba entre los palos de golf, trataba de encontrar algunos que pertenecieran a una persona zurda.

—¡Caramba! —exclamó Jimmy de pronto.

—¿Qué sucede?

—Supongo que no tiene ninguna importancia, pero no deja de ser curioso.

Entonces Jimmy procedió a relatar la conversación del día anterior a la hora del té.

—De donde resulta que sir Oswald es ambidiestro. —Observó Bundle.

—Sí, y ahora recuerdo que aquella noche en Chimneys, es decir, cuando Gerry Wade murió, les miraba jugar al bridge y me llamó vagamente la atención que alguien repartía las cartas con mucha torpeza. Y de pronto, me di cuenta de que alguien las repartía con la mano izquierda. Desde luego, debió tratarse de sir Oswald.

Los tres se miraron. Lorraine movió la cabeza.

—¡Un hombre como sir Oswald Coote! Es imposible. ¿Qué saldría ganando?

—Parece absurdo —observó Jimmy—, y sin embargo…

—El número siete trabaja a su manera —dijo Bundle recordando las palabras que había oído desde su escondrijo en el Seven Dials—. ¿Y si fuera así como sir Oswald ha labrado su fortuna?

—Pero entonces no comprendo la necesidad de preparar toda esa escena en la Abadía después de haber tenido la fórmula a prueba en sus acerías.

—Eso puede explicarse —aclaró Lorraine—, con el mismo argumento que empleaste acerca de Mr. O'Rourke. Debía alejar las sospechas de él y hacerlas recaer en otra parte.

Bundle asintió.

—Todo encaja. Las sospechas han de recaer en Bauer y en la condesa. ¿Quién osaría sospechar de sir Oswald Coote?

—Me pregunto si Battle lo hace —dijo Jimmy despacio.

Una cuerda vibró en la mente de Bundle: el superintendente Battle quitando una hoja de hiedra de la chaqueta del millonario.

¿Habría Battle sospechado de él desde el primer momento?

Capítulo XXIX

EXTRAÑO COMPORTAMIENTO DE GEORGE

—Mr. Lomax está aquí, milord.

Lord Caterham se sobresaltó violentamente, pues, absorto en las complicaciones de lo que no debe hacerse con la muñeca izquierda, no había oído acercarse al mayordomo caminando sobre el suave césped. Miró a Tredwell más con pena que enfadado.

—Esta mañana, a la hora del desayuno, le he dicho, Tredwell, que estaría muy ocupado.

—Sí, milord, pero…

—Vaya y dígale a Mr. Lomax que se ha equivocado, que he ido al pueblo o que estoy enfermo de gota. Y si eso le falla, dígale que me he muerto.

—Mr. Lomax ha visto a milord desde el camino de entrada.

Lord Caterham suspiró pesadamente.

—Muy bien, Tredwell. Vamos allá.

Lord Caterham era bastante dúctil. Saludó a George con exquisita cordialidad cuando en realidad deseaba que desapareciera de la vista.

—Mi querido amigo, mi querido amigo. Es un placer verlo. Estoy sencillamente encantado. Siéntese y beba algo. Bien, bien, es espléndido tenerlo aquí.

Después de hacer que George se acomodase en una gran butaca, se sentó frente a él, y parpadeó nervioso.

—Tenía muchas ganas de verlo —dijo George.

—¡Oh! —exclamó lord Caterham desmayadamente, mientras

pensaba con furia en las terribles posibilidades que acaso se escondieran tras aquella sencilla frase.

—¡Muchas ganas! —Repitió George con énfasis.

El corazón de lord Caterham se le cayó a los pies. Sintió que se aproximaba algo peor de lo que podía imaginar.

—¿Si? —repuso intentando parecer despreocupado.

—¿Está Eileen en casa?

Lord Caterham se sintió aliviado, aunque algo sorprendido.

—Sí, sí —afirmó—. Bundle está aquí. Una amiga suya, la joven Wade, está pasando unos días con nosotros. Es una muchacha encantadora, sencillamente encantadora. Será muy buena jugadora de golf algún día. Tiene un *swing* muy bonito.

—Me complace que Eileen esté en casa —le interrumpió George —. ¿Podría hablar con ella después?

—Ciertamente, mi querido amigo, ciertamente. —Lord Caterham se sentía aún sorprendido, pero la sensación de alivio todavía no le había abandonado—. Sino le aburre. —Prosiguió.

—Nada podría ser menos aburrido para mí —dijo George—. Creo, Caterham, si me permite decírselo, que usted no se da cuenta de que Eileen no es ya una niña. Se ha convertido en una mujer de gran encanto y talento. El hombre que logre merecer su amor será muy afortunado. Lo repito, muy afortunado.

—Quizás si —dijo lord Caterham—, pero es muy inquieta. No puede permanecer más de dos minutos en el mismo sitio. Sin embargo, creo que a los jóvenes de hoy esto no les importa.

—Diga, mejor, que no se conforma con estancarse. Eileen es muy inteligente, Caterham, tiene ambiciones. Se interesa por los asuntos de la actualidad y se esfuerza para que su mente fresca y vivida los comprendan.

Lord Caterham le miró, pensando que aquello a lo que la gente suele llamar «la tensión de la vida moderna» se estaba manifestando en George. Su descripción de Bundle le parecía ridículamente inexacta.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó con ansiedad.

George no hizo caso de la pregunta.

—Acaso se esté usted dando cuenta del verdadero objeto de mi visita, Caterham. No soy un hombre que adopte a la ligera la intención de adquirir nuevas obligaciones. Creo poseer el sentido de

la responsabilidad para con la posición que ostento. He dedicado a este asunto la más profunda y meditada consideración. El matrimonio, especialmente a mi edad, no debe contraerse sin… ah… sin haberlo sopesado en todos sus aspectos. Igualdad de cuna, semejanza de gustos, facilidad de adaptación e idéntico credo religioso son cosas esenciales. Creo que puedo ofrecer a la que haya de ser mi esposa una envidiable posición en la sociedad. Eileen adornará esa posición con su gracia y su inteligencia, y su agudo sentido político no pueden por menos que ayudarme en mi carrera, en beneficio mutuo. Me doy cuenta de que… ah… existe cierta diferencia de edad, pero puedo asegurarle que me siento lleno de vigor, como en mi juventud. Es conveniente que el marido sea mayor que la esposa. Además, Eileen tiene gustos serios y le conviene más un hombre que la aventaje en años que uno de esos jóvenes zascandiles que carecen de experiencia y de *savoir-faire*. Puedo asegurarle, mi querido Caterham, que cuidaré con adoración de su… ah… exquisita juventud. ¡Qué privilegio será contemplar el florecimiento de su privilegiada mente! ¡Y pensar que jamás había imaginado…!

Movió la cabeza tristemente. Lord Caterham, que no salía de su asombro, apenas pudo articular estas palabras:

—¿Debo entender…? Pero, mi querido amigo, no irá usted a querer casarse con Bundle, ¿verdad?

—¿Se sorprende usted? Supongo que le parece algo súbito. ¿Me concede su permiso para hablar con ella?

—Oh, sí —asintió lord Caterham—. Si es mi permiso lo que desea, lo tiene. Pero, Lomax, en su lugar yo no lo haría. Váyase a casa y piénselo. Primero cuente hasta veinte y haga todas esas cosas que se suelen aconsejar. Es siempre penoso declararse y hacer el ridículo.

—Creo que lo dice con buena intención, Caterham, aunque debo confesar que emplea usted unos términos algo extraños. Pero he tomado ya mi decisión. ¿Puedo hablar con Eileen?

—Eso no tiene nada que ver conmigo —repuso lord Caterham rápidamente—. Eileen arregla sus asuntos a su manera. Si mañana me dijera que quería casarse con el chofer, yo no me opondría. Hoy en día es la única manera de entenderse con los hijos, que pueden hacer que la vida de uno sea intolerable sino accede a sus caprichos.

Yo le digo a Bundle que haga lo que quiera y no me moleste, y se sorprendería usted de lo bien que sigue mis instrucciones.

George se puso de pie.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Pues no lo sé —repuso lord Caterham—. Puede estar en cualquier parte. Como le he dicho antes, jamás permanece dos minutos en el mismo sitio. Es realmente incansable.

—Supongo que miss Wade estará con ella. Creo, Caterham, que lo mejor sería que usted llamase a su mayordomo y le encargara que la buscase diciéndole que deseo hablarle.

Lord Caterham hizo sonar el timbre.

—Busque a milady, Tredwell —dijo cuando el mayordomo acudió a la llamada—, y dígale que Mr. Lomax desea hablarle unos momentos en el salón.

Tredwell se retiró. George cogió la mano de lord Caterham y la estrechó vigorosamente.

—Mil gracias —dijo—. Espero poder traerle buenas noticias.

Salió precipitadamente de la habitación.

—Bien —murmuró lord Caterham—. ¡Bien!

Después de una larga pausa:

—¿Qué diantres habrá estado haciendo Bundle?

La puerta se abrió de nuevo.

—Mr. Eversleigh, milord.

Cuando Bill entró, lord Caterham le tendió la mano y habló rápidamente.

—Hola, Bill. ¿Busca a Lomax? Si quiere hacer una buena acción vaya al salón y dígale que se ha convocado una inmediata reunión del Gabinete o cualquiera otra cosa que le haga salir rápidamente. En realidad, no es justo dejar que ese pobre diablo haga el ridículo por una muchacha como Bundle.

—No he venido en busca de «El besugo» —repuso Bill—. No sabía que estuviese aquí. Quiero ver a Bundle. ¿Sabe usted dónde está?

—No la puede ver —contestó lord Caterham—. Por el momento, desde luego. George está con ella.

—Bueno. ¿Qué importa?

—Creo que importa mucho —dijo lord Caterham—. Lomax debe estar tartamudeando horriblemente en este instante y no debemos

empeorar las cosas para él.

—¿Qué está diciendo?

—Sólo Dios lo sabe —repuso lord Caterham—. Probablemente, un montón de tonterías. Nunca se debe hablar demasiado, ésa es mi divisa. Basta con coger la mano de la muchacha y dejar que las cosas sigan su curso.

Bill le miró asombrado.

—Pero, señor, tengo mucha prisa. Debo hablar con Bundle…

—Supongo que no tendrá usted que esperar mucho, Bill. Debo admitir que me complace mucho que esté usted conmigo. Supongo que Lomax insistirá en hablarme cuando haya terminado.

—¿Cuando haya terminado qué? ¿Qué está haciendo «El besugo»?

—Se está declarando.

—¿Declarando? ¿Qué declara?

—Se declara a Bundle y le pide que se case con él. No me pregunte la razón. Supongo que ha llegado a eso que llaman la edad peligrosa. No puedo explicármelo de otra manera.

—¿Declarándose a Bundle? ¡Viejo verde! ¿A su edad?

Bill enrojeció hasta las raíces del cabello.

—Dice que está en la plenitud de la vida —repuso lord Caterham cautamente.

—¡Pero si es un viejo decrépito! Yo… yo…

Las palabras se le atragantaban.

—No tanto, Bill, no tanto. —Observó lord Caterham fríamente —. Es cinco años menor que yo.

—¡Qué caradura! ¡«El besugo» y Bundle! ¡Una chica como Bundle! No debió usted haberlo permitido, señor.

—Jamás me meto en nada.

—Debió usted haberle dicho lo que piensa de él.

—Desgraciadamente, la civilización moderna impide hacer tales cosas —repuso lord Caterham apenado—. En la Edad de Piedra, bueno. Aunque supongo que entonces tampoco hubiera podido hacerlo, siendo bajo y no muy fuerte.

—¡Bundle! ¡Bundle! Y pensar que nunca me he atrevido a pedirle que se case conmigo por temor a que se burlara de mi. Y ahora George, ese charlatán sin escrúpulos, político, hipócrita, rufián, engreído…

—Siga, siga —dijo lord Caterham—. Me estoy divirtiendo mucho.

—¡Dios mío! —murmuró Bill con pena—. Me voy.

—¡No! No se vaya. Prefiero que se quede. Además, quiere ver a Bundle.

—Ahora no. Todo esto me ha confundido. ¿Sabe usted dónde se encuentra Jimmy Thesiger por casualidad? Creo que estaba con los Coote. ¿Sabe si todavía está allí?

—Supongo que regresó a Londres ayer. Bundle y Lorraine estuvieron allí el sábado. Si quiere esperar.

Pero Bill negó enérgicamente y se marchó casi corriendo. Lord Caterham se dirigió de puntillas al vestíbulo, cogió un sombrero y salió apresuradamente por una puerta lateral. Desde los jardines, vio a Bill corriendo desaforadamente hacia el coche.

«Este muchacho tendrá un accidente», pensó.

Sin embargo, Bill llegó incólume a Londres y dejó el coche en Saint James Square, dirigiéndose luego al apartamento de Jimmy Thesiger. Éste se encontraba en casa.

—¡Hola, Bill! ¿Qué sucede? Estás cambiado. No pareces el mismo.

—Estoy preocupado —repuso Bill—. Ya lo estaba cuando sucedió algo que hizo que mi preocupación aumentara.

—¡Oh! —exclamó Jimmy—. ¿De qué se trata? ¿Puedo hacer algo por ti?

Bill no contestó. Permaneció sentado con la mirada fija en la alfombra. Jimmy sintió que su curiosidad se excitaba.

—¿Ha ocurrido algo muy extraordinario, William? —preguntó suavemente.

—Algo terriblemente extraño. No alcanzo a comprenderlo.

—¿Acerca del Seven Dials, acaso?

—Sí. He recibido una carta esta mañana.

—¿Una carta? ¿De qué clase?

—Una carta de los albaceas de Ronny Devereux.

—¡Dios mío! ¡Después de tanto tiempo!

—Parece que dejó ciertas instrucciones. Si moría súbitamente, cierto sobre sellado había de serme remitido exactamente quince días después de su fallecimiento.

—¿Te lo han remitido?

—Sí.

—¿Lo has abierto?

—Sí.

—¿Cuál es su contenido?

Bill le miró de tal manera que Jimmy se sintió sobresaltado.

—Anímate, Bill —dijo—. Sea lo que sea, parece preocuparte mucho. Toma un trago.

Preparó un whisky con soda muy cargado y se lo llevó a Bill, que se lo bebió precipitadamente. Su cara seguía reflejando la misma expresión de angustia.

—Es el contenido de la carta —dijo—. Simplemente, no puedo creerlo.

—Tonterías —repuso Jimmy—. Debes acostumbrarte a creer seis cosas imposibles todos los días antes del desayuno. Yo lo hago regularmente. Vamos, cuéntamelo. Pero espera un momento.

Salió.

—¿Stevens?

—Sí, señor.

—Vaya a comprarme cigarrillos. Se me han terminado.

—Muy bien, señor.

Jimmy esperó hasta que oyó cerrarse la puerta del apartamento y entonces regresó a la salita. Bill dejaba en aquel momento el vaso en la mesa. Parecía sentirse mejor, más animado y dueño de sí.

—He mandado a Stevens fuera para que nadie pueda oírnos —dijo Jimmy—. ¿Estás dispuesto a contármelo?

—Es increíble.

—Entonces debe ser verdad. Vamos, desembucha ya.

Bill suspiró profundamente.

—Sí, te lo contaré todo…

Capítulo XXX

UNA LLAMADA URGENTE

Lorraine, que estaba jugando con un cachorro pequeño y peludo, se sintió algo sorprendida cuando Bundle se reunió con ella después de una ausencia de veinte minutos, casi sin poder respirar y con una indescifrable expresión en el rostro.

—¡Uf! —exclamó Bundle dejándose caer en un asiento en el jardín—. ¡Uf!

—¿Qué sucede? —preguntó Lorraine mirándola con curiosidad.

—George tiene la culpa, George Lomax.

—¿Qué ha estado haciendo?

—Declarándoseme. Ha sido terrible. Balbuceaba y tartamudeaba, pero no se ha arredrado. Debió leerlo en un libro y se lo aprendió de memoria. No había manera de hacerlo callar. ¡Cómo me disgustan las personas que tartamudean! Y desgraciadamente, no sabía qué contestarle.

—Pero tendrías que tener claro lo que quieres hacer.

—Desde luego, no estoy dispuesta a casarme con un tonto apopléjico como George. Lo que quiero decir es que no he aprendido la contestación adecuada en ningún libro de etiqueta. Sólo supe decirle llanamente: «No, no quiero». Creo que debí haberle dicho algo acerca de que agradecía el honor que me hacía y otras cosas por el estilo. Pero me desconcertó tanto que acabé saltando por la ventana.

—La verdad, Bundle, no es muy propio de ti.

—Es que jamás pude suponer que me sucedería algo por el estilo. Y mucho menos con George, de quien siempre supuse que me odiaba. ¡Qué peligroso resulta pretender interesarse en la afición

predilecta de un hombre! Deberías haber oído las tonterías que dijo acerca de mi mente juvenil y del placer que tendría en formarla. ¡Mi mente! Si hubiese sabido la cuarta parte de lo que pasaba por ella en aquellos momentos, George se hubiera desmayado horrorizado.

Lorraine no pudo por menos que reír.

—Ya sé que soy yo quien tiene la culpa de todo. Yo me lo busqué. —Hizo una ligera pausa—. Mira, ahí está papá escondiéndose detrás de aquellos rododendros. Hola, papá.

Lord Caterham se acercó con la expresión de un perro apaleado.

—¿Se ha ido Lomax? —preguntó con una alegría forzada.

—En bonito lío me has metido —dijo Bundle—. George me aseguró que tenía tu aprobación total y absoluta.

—¿Y qué querías que dijera? —Se defendió lord Caterham—. En realidad, no fue eso lo que le dije.

—Ya me parecía a mí. —Observó Bundle—. Supuse que George te había acorralado, reduciéndote a tal estado que sólo pudiste asentir débilmente con un gesto de la cabeza.

—Más o menos, eso fue lo que sucedió. ¿Cómo se lo ha tomado?

—No esperé a verlo —repuso Bundle—. Temo haber sido algo brusca con él.

—Oh, bien —observo el padre—, quizás haya sido mejor así. Gracias a Dios que, en el futuro, Lomax no estará siempre preocupándome con sus absurdas cosas. ¿Has visto mi palo de golf?

—Creo que un partido me calmaría los nervios —dijo Bundle—. Te apuesto seis peniques, Lorraine.

Transcurrió una hora apaciblemente y los tres regresaron a la casa de excelente humor. Una nota esperaba en la mesa del vestíbulo.

—Mr. Lomax la ha dejado para milord —explicó Tredwell—. Sintió mucho que milord hubiese salido.

Lord Caterham rasgó el sobre. Masculló una maldición y alargó el papel a su hija. Tredwell se retiró.

—Creo, Bundle, que debiste haberle hablado con más claridad.

—¿Qué quieres decir?

—Lee esto.

Bundle cogió la nota y la leyó:

Mi querido Caterham:

Siento mucho no haber podido hablar con usted. Creo haberle dicho claramente que deseaba volver a verle después de mi entrevista con Eileen. La pobre niña desconocía mis sentimientos hacia ella y se sintió muy asombrada. No quiero de ningún modo apremiarla. La confusión juvenil fue simplemente encantadora y aprecio en grado sumo su candorosa reserva. Debo darle tiempo para que se acostumbre a la idea. Su propia confusión es prueba clara de que no le soy indiferente, por lo que confío en mi éxito final.

Créame, querido Caterham.

Su más sincero amigo,

George Lomax.

—Demonios —dijo Bundle—. ¡Demonios!

No encontraba palabras para expresar su estado.

—Ese hombre debe de estar loco. —Observó lord Caterham—. Nadie en su sano juicio puede escribir eso de ti, Bundle. ¡Pobre muchacho! Pero qué persistencia. No me extraña que haya llegado a meterse en el Gabinete. Le estaría muy bien empleado que te casaras con él, Bundle.

El timbre del teléfono sonó y Bundle fue a contestar. Un minuto después, George y su declaración habían sido olvidados y Bundle hacía apremiantes señas a Lorraine. Lord Caterham se dirigió a su propio refugio.

—Es Jimmy —dijo Bundle— y está excitadísimo por algo.

—Gracias a Dios que la encuentro —decía Jimmy—. No hay tiempo que perder. ¿Está también Lorraine ahí?

—Sí, aquí está.

—No tengo tiempo de explicarlo todo. Es más, no es conveniente hacerlo por teléfono. Bill ha venido a verme y me ha contado la historia más asombrosa que pueda usted imaginarse. Si es verdad, será la noticia más importante del siglo. Le diré lo que deben hacer. Vengan a Londres enseguida las dos. Dejen el coche en cualquier garaje y después vayan directamente al club Seven Dials. ¿Podría usted deshacerse de ese antiguo lacayo suyo?

—¿Alfred? Claro que sí. Yo me encargo de eso.

—Bien. Deshágase de él y vigile nuestra llegada. No se dejen ver en ninguna ventana, pero cuando lleguemos abran la puerta

enseguida. ¿Comprenden?

—Sí.

—Eso es todo. ¡Ah! Que nadie sepa que van a Londres. Den cualquier excusa. Puede usted decir, por ejemplo, que lleva a Lorraine a su casa.

—Bueno. Estoy excitadísima, Jimmy.

—No se olvide de hacer testamento antes de salir.

—Mejor que mejor. Pero me gustaría saber de qué se trata.

—Lo sabrá tan pronto nos reunamos con ustedes. Puedo anticiparle algo. ¡El número siete se va a encontrar con una sorpresa inesperada!

Bundle colgó el auricular y se volvió a Lorraine, resumiéndole rápidamente la conversación. Lorraine corrió a su dormitorio y empaquetó sus cosas rápidamente, mientras Bundle iba a hablar con su padre.

—Llevo a Lorraine a su casa, papá.

—¿Por qué? No sabía que se marchaba hoy.

—La necesitan. Acaban de telefonearla. Adiós.

—Espera un momento, Bundle. ¿Cuándo regresarás?

—No lo sé. Ya me verás cuando llegue.

Después de esta poco ceremoniosa despedida, Bundle corrió a sus habitaciones, se puso el sombrero y el abrigo de pieles y se preparó para partir. Ya había ordenado que llevaran el Hispano Suiza a la puerta.

El viaje a Londres transcurrió sin novedad alguna, excepto por la excitación normal cuando Bundle conducía. Dejaron el coche en un garaje y se dirigieron al club Seven Dials.

Alfred les abrió la puerta. Bundle entró sin ceremonia alguna y Lorraine la siguió.

—Cierre, Alfred —dijo Bundle—. Mire. He venido aquí para hacerle un favor. La policía le busca y sin duda lo encontrará.

—¡Oh, milady!

Alfred palideció.

—He venido a avisarle porque usted me ayudó la otra noche. —Prosiguió Bundle rápidamente—. Hay una orden de detención contra Mr. Mosgorovky y lo mejor que usted puede hacer es desaparecer de aquí lo más rápidamente posible. Sino le encuentran, no le molestarán. Tome estas diez libras que le

ayudarán a trasladarse a alguna parte.

Tres minutos después, el aterrorizado e incoherente Alfred abandonó el número 14 de Hunstanton Street con una sola idea en la cabeza: no regresar jamás.

—Esta parte ya está arreglada —dijo Bundle satisfecha.

—¿Era necesario obrar de una manera tan drástica? —Objetó Lorraine.

—Así es más seguro —repuso Bundle—. No sé lo que Jimmy y Bill proyectan, pero no quiero que Alfred pueda estropearlo todo. Mira, ahí están. No han perdido mucho tiempo. Probablemente estaban por los alrededores esperando que Alfred saliera. Baja y ábreles la puerta, Lorraine.

Lorraine obedeció. Jimmy Thesiger se apeó del coche.

—Quédate aquí un momento, Bill —dijo—. Haz sonar la bocina si crees que alguien está vigilando el lugar.

Entró rápidamente en el edificio y cerró de golpe la puerta tras de sí. Parecía muy excitado.

—Hola, Bundle. Veo que ya está aquí. Vamos directamente al grano. ¿Dónde está la llave de la habitación donde se escondió usted la otra noche?

—La abrimos con la llave de una de las puertas de abajo. Será mejor que las traigamos todas.

—Sí, pero dese prisa. Tenemos poco tiempo.

No fue difícil encontrar la llave con la que abrieron la puerta acolchada. Los tres entraron en la habitación, que estaba exactamente igual como Bundle la había visto, con las siete sillas alrededor de la mesa. Jimmy la contempló en silencio durante un momento. Entonces, su mirada se dirigió a los dos armarios.

—¿En cuál se escondió, Bundle?

—En éste.

Jimmy fue hacia el que Bundle señalaba y lo abrió. La misma colección de vajilla y cristalería apareció en los estantes.

—Tendremos que trasladar todo esto —murmuró—. Dile a Bill que suba, Lorraine. No es necesario que siga vigilando en la calle.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó Bundle impaciente.

Jimmy estaba arrodillado, tratando de mirar por una rendija de la puerta del otro aparador.

—Espere hasta que Bill suba y entonces lo sabrá todo. Este

trabajo es obra suya y puede creerme que es algo admirable. Pero ¿por qué sube Lorraine la escalera tan de prisa, como si la persiguiese el diablo?

Lorraine subía las escaleras como alma que lleva el diablo. Entró en la habitación con la cara blanca como la cera y una mirada de terror en los ojos.

—Bill… Bill… ¡Oh, Bundle! ¡Bill!

—¿Qué pasa con Bill?

Jimmy la cogió por el hombro.

—Por el amor de Dios, Lorraine, ¿qué ha sucedido?

Lorraine casi no podía hablar.

—Bill… creo que está muerto… Está en el coche, pero no habla ni se mueve. Estoy segura de que está muerto.

Jimmy soltó un juramento y bajó corriendo la escalera, seguido de Bundle, cuyo corazón latía apresuradamente sintiéndose presa de un profundo sentimiento de desolación.

—¿Bill muerto? ¡Oh, no! ¡Oh, no! Eso no, Dios mío; eso no.

Ella y Jimmy llegaron juntos al coche, y tras de ellos, Lorraine.

Bill estaba sentado en la misma posición en que lo habían dejado, recostado contra el respaldo, pero tenía los ojos cerrados y no hizo movimiento alguno cuando Jimmy lo cogió del brazo.

—No puedo comprenderlo —murmuró Jimmy—. Pero no está muerto. Anímate, Bundle. Tenemos que llevarlo al interior de la casa. Roguemos para que no aparezca ningún policía. Si alguien pregunta algo, debemos decir que se trata de un amigo enfermo.

Entre los tres llevaron a Bill al interior sin mucha dificultad y sin llamar demasiado la atención, con la excepción de un caballero sin afeitar que dijo comprensivo:

—Veo que el caballero lleva un par de copas de más. —Y asintió lleno de sabiduría.

—Llevémosle a la pequeña habitación de arriba —dijo Jimmy—. Hay un sofá allí.

Lo depositaron cuidadosamente en él. Bundle se arrodillo a su lado y le cogió la muñeca.

—El pulso late —dijo—. ¿Qué le sucede?

—Estaba bien cuando llegamos —afirmó Jimmy—. Me pregunto si alguien habrá podido inyectarle algo. Puede haber sido muy fácil acercarse a él con el pretexto de preguntarle la hora y pincharlo.

Sólo podemos hacer una cosa: buscar un médico. Quedaos aquí cuidándolo.

Se dirigió apresuradamente hacia la puerta. Entonces hizo una pausa.

—No os asustéis. Sin embargo, quizás sea mejor que os deje mi revólver por si acaso. Volveré tan pronto como pueda.

Dejó el revólver en una mesita junto al sofá y salió. Las dos muchachas oyeron cerrarse la puerta de la calle.

Las dos chicas permanecieron inmóviles junto a Bill. Bundle seguía observando su pulso, que parecía latir muy de prisa e irregularmente.

—Quisiera poder hacer algo —susurró Lorraine—. Esto es terrible.

Lorraine asintió.

—Parece que haya transcurrido una eternidad desde que Jimmy ha salido y, sin embargo, sólo hace un minuto y medio.

—Me parece estar oyendo ruidos —dijo Bundle—. Pasos y tablas que crujen arriba, pero sé que es mi imaginación.

—¿Por qué nos dejaría Jimmy el revólver? —observó Lorraine —. No creo que puede haber realmente peligro.

—Si encontraran a Bill aquí… —Empezó a decir Bundle.

Lorraine se estremeció.

—Ya lo sé, pero nadie puede entrar sin que lo oigamos. De todas maneras, tenemos el revólver.

Bundle volvió su atención a Bill.

—Quisiera saber qué debo hacer. Quizá sería conveniente darle café caliente.

—Tengo sales aromáticas en el bolso —repuso Lorraine—. Y algo de coñac. ¿Dónde está? Acaso lo haya dejado en la habitación de arriba.

—Iré a buscarlas —dijo Bundle—. Pueden sentarle bien.

Subió rápidamente la escalera, cruzó la sala de juego y entró en la habitación donde se reunían las siete esferas. El bolso de Lorraine estaba encima de la mesa.

Cuando Bundle alargaba la mano para cogerlo, oyó un ruido a sus espaldas. Escondido detrás de la puerta, un hombre estaba preparado con una bolsa de arena en la mano. Antes de que Bundle pudiera volver la cabeza, la golpeó.

Bundle se deslizó hasta el suelo con un leve quejido.

Capítulo XXXI

LAS SIETE ESFERAS

Bundle recobró el sentido muy lentamente. Estaba rodeada de una negrura, que giraba a su alrededor, y cuyo centro era un dolor violento y palpitante. Oía ruidos. Una voz que conocía muy bien repetía las mismas palabras una y otra vez.

La oscuridad giraba menos violentamente. El dolor se había localizado en su cabeza, que estaba lo bastante clara como para interesarse en lo que la voz decía.

—Bundle querida. ¡Oh, Bundle querida! Está muerta, sí que lo está. ¡Oh, Bundle! Te quiero tanto. ¡Bundle, Bundle!

Bundle permaneció inmóvil, con los ojos cerrados; pero estaba ya plenamente consciente. Los brazos de Bill la abrazaban.

—Bundle mía… ¡Oh, Bundle, amor mío! ¿Qué puedo hacer? Te quiero, Bundle, te quiero. ¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer? ¡Yo la he matado!

A regañadientes, muy a regañadientes, Bundle habló.

—No me has matado, tonto —dijo.

Bill lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Estás viva, Bundle?

—Claro que lo estoy.

—¿Cuánto tiempo has estado…? Quiero decir, ¿cuándo has recobrado el sentido?

—Hace unos cinco minutos.

—¿Y por qué no has abierto los ojos y dicho algo?

—No quería hacerlo. ¡Ah! Me estaba divirtiendo mucho.

—¿Divirtiéndote?

—Sí. Oyéndote hablar. Jamás volverás a decir esas cosas tan

bien.

Bill se sonrojó hasta la raíz de los cabellos.

—Pero… ¿no te importó? Te quiero mucho. Te he querido siempre, pero jamás me atreví a decírtelo.

—¡Tonto! ¿Por qué?

—Pensé que acaso te burlarías de mí. Quiero decir que eres inteligente y te casarás con alguien importante.

—¿Como George Lomax? —sugirió Bundle.

—No me refiero a un borrico presuntuoso como «El besugo», sino a alguien digno de ti, aunque no creo que nadie pueda serlo.

—¡Eres un encanto, Bill!

—Pero, hablando en serio, Bundle, ¿podrías decidirte alguna vez…?

—¿Decidirme a qué?

—A casarte conmigo. Ya sé que soy muy cabezota, pero te quiero, Bundle. Sería como un perro, tu esclavo o lo que quisieras.

—Tu carácter es más parecido al de un perro —repuso Bundle—. Me gustan los perros. Son amistosos, fieles… Creo que quizá pudiera llegar a casarme contigo, Bill. Haciendo un gran esfuerzo, desde luego.

La reacción de Bill fue soltarla y echarse hacia atrás violentamente, mirándola con ojos asombrados.

—¿De veras, Bundle?

—No tienes remedio, Bill —dijo Bundle—. Veo que voy a tener que desmayarme otra vez.

—¡Bundle, querida! —Bill la estrechó contra su pecho. Estaba temblando violentamente—. ¿Quieres decir… Bundle… qué…? Te quiero, te quiero, Bundle.

—¡Oh, Bill! —exclamó Bundle.

No hay necesidad de transcribir detalladamente la conversación que siguió durante los siguientes diez minutos, que consistió casi toda ella en continuas repeticiones.

—¿Es verdad que me quieres? —preguntó Bill por enésima vez, incrédulo aún y soltándola por fin.

—Sí, sí, sí. Seamos sensatos ahora. La cabeza todavía me duele y tú casi me has quebrado los huesos con tus abrazos. Quiero saber qué ha sucedido.

Por primera vez, Bundle miro a su alrededor. Se encontraba en

la habitación secreta y la puerta acolchada estaba cerrada, seguramente con llave. Debían estar prisioneros.

Bundle volvió a posar los ojos en Bill, que parecía no haber comprendido sus palabras y la miraba con adoración.

—Bill, querido —dijo Bundle—, reacciona. Tenemos que salir de aquí.

—¿Eh? —repuso Bill—. ¿Cómo? ¡Ah, sí! Está bien. No habrá dificultades de ninguna clase.

—Piensas así porque estás enamorado. —Observó Bundle—. A mí me sucede lo mismo. Parece que todo sea fácil y posible.

—Y lo es —afirmó Bill—. Ahora que se que me quieres…

—Calla. —Ordenó Bundle—. Si volvemos a empezar, no podremos hablar de cosas serias. Sino recobras la lucidez y te portas sensatamente, puedo cambiar enseguida de idea.

—No te dejaré hacerlo —repuso Bill—. ¿Crees que podría ser tan tonto como para perderte ahora?

—Espero que no me coaccionarás —dijo Bundle grandilocuente.

—¿Eso crees? Cuando quieras te lo demuestro.

—Eres realmente un encanto, Bill. Tenía miedo de que fueras demasiado dócil, pero veo que no existe peligro de ello. Dentro de media hora, me estarás dando órdenes. Oh, Bill, ya nos estamos poniendo tontos otra vez. Lo importante ahora es salir de aquí.

—Te he dicho que no hay ningún problema. Yo…

Calló, obediente a la presión de Bundle en su mano. Estaba inclinada hacia delante para oír mejor. Sí, no estaba equivocada. Alguien se encontraba en la habitación vecina e introducía una llave en la cerradura. Bundle contuvo la respiración. ¿Sería Jimmy, que acudía en su auxilio, o algún otro?

La puerta se abrió y el barbudo Mr. Mosgorovky apareció en el umbral.

Bill dio inmediatamente un paso hacia adelante, colocándose delante a Bundle.

—Escuche. Quiero hablar con usted en privado.

El ruso no contestó enseguida. Se acariciaba la larga y sedosa barba negra, sonriendo.

—¡Ajá! —dijo finalmente—. Muy bien. La señorita hará el favor de venir conmigo.

—Está bien, Bundle —dijo Bill—. Yo me encargo de todo. Ve

con él. Nadie te hará daño. Sé muy bien lo que estoy haciendo.

Bundle se levantó obediente. Aquella nota autoritaria en la voz de Bill era desconocida para ella. Parecía estar completamente seguro de sí mismo y de poder dominar por el momento la situación. Bundle se preguntó qué tenía (o pensaba que tenía) Bill en la manga.

—Por aquí, tenga la bondad —dijo.

Señaló la escalera y Bundle subió obediente al piso superior. Una vez en él, el ruso le indicó que entrara en una pequeña habitación que ella creyó sería el dormitorio de Alfred.

—Espere tranquilamente aquí, por favor —dijo el ruso—. No debe hacer ruido alguno.

Y salió, cerrando también aquella puerta con llave.

Bundle se sentó en una silla. Le dolía mucho la cabeza aún y se sentía incapaz de pensar. Bill parecía dominar la situación. Supuso que, tarde o temprano, alguien la dejaría salir de allí.

Transcurrió el tiempo. El reloj de Bundle se había parado, pero creyó que había pasado por lo menos una hora desde que el ruso la condujera a aquella habitación. ¿Qué pasaba? ¿Qué había sucedido?

Por fin, oyó unos pasos en la escalera. Era Mosgorovky otra vez. El ruso se dirigió a ella con mucha formalidad.

—Lady Eileen Brent, se solicita su presencia en una reunión de emergencia de la Sociedad de las Siete Esferas. Tenga la bondad de seguirme.

Una vez más, el hombre bajó las escaleras seguido de Bundle. Abrió la puerta de la habitación secreta, e hizo pasar a Bundle, que contuvo la respiración, sorprendida, al entrar allí.

Veía por segunda vez aquello que sólo había atisbado la vez anterior a través de la mirilla. Las figuras enmascaradas estaban sentadas en torno a la mesa. Mientras ella permanecía de pie, atónita, Mosgorovky se dirigió a su silla y se puso el antifaz.

Aquella vez la silla de la cabecera de la mesa estaba ocupada. El número siete se encontraba en su puesto.

El corazón de Bundle latió violentamente. Estaba al pie de la mesa, frente a él, mirándolo fijamente, viendo aquella máscara con la esfera pintada que escondía sus facciones.

Permanecía sentado, inmóvil. Bundle sintió que una extraña sensación de poder irradiaba de aquel hombre. Su inmovilidad no

era la inactividad del débil. Bundle deseó ardientemente, casi histéricamente, que hablara, que hiciera algún movimiento, algún gesto que quebrara aquella quietud que le hacía aparecer como una araña gigantesca esperando despiadadamente la llegada de su presa.

Se estremeció. En aquel momento, Mosgorovky se levantó. Su voz suave, persuasiva, parecía llegar de muy lejos.

—Lady Eileen, usted ha estado presente, sin haber sido invitada a ello, en una reunión secreta de esta sociedad. Por tanto, es preciso que se identifique con nuestros objetivos y ambiciones. Como puede observar, la silla correspondiente al número dos está vacía. Se la ofrecemos.

Bundle se sobresaltó. Aquello era una fantástica pesadilla. ¿Sería posible que se le pidiera a ella, a Bundle Brent, que entrara a formar parte de una sociedad criminal secreta? ¿Le habrían hecho aquella misma proposición a Bill, y él la había rechazado en el acto?

—No puedo aceptarla —dijo rotundamente.

—No se precipite en su respuesta.

Le pareció que Mosgorovky, oculto el rostro bajo la máscara, sonreía burlonamente.

—Ignora usted, lady Eileen, lo que se niega a aceptar.

—Pero puedo muy bien imaginarlo —observó ella.

—¿Lo cree usted así?

Era la voz del número siete, que despertó un vago recuerdo en la mente de Bundle. Estaba segura de haberla oído antes.

Despacio, el número siete se llevó la mano a la cabeza y manipuló el broche del antifaz.

Bundle contuvo el aliento. Por fin sabría…

La máscara cayó.

Bundle vio ante sí el rostro impertérrito del superintendente Battle.

Capítulo XXXII

BUNDLE SE SIENTE CONFUNDIDA

—Acérquele una silla —le dijo Battle a Mosgorovky, que se dirigía hacia Bundle—. Veo que la sorpresa ha sido muy grande.

Bundle se sentó. Se sentía floja y desmayada. Battle siguió hablando en aquel tono tranquilo que le caracterizaba.

—No esperaba usted verme, lady Eileen, y tampoco lo esperaban varios de los que están sentados alrededor de esta mesa. Mr. Mosgorovky ha sido lo que podríamos llamar mi lugarteniente. Él lo sabía desde el primer momento. Los demás han recibido órdenes a través de él.

Bundle seguía callada. Se sentía totalmente incapaz de hablar, sensación que desconocía por completo.

Battle asintió, como dándole a entender que comprendía la naturaleza de sus sentimientos.

—Tendrá que descartar una o dos ideas preconcebidas, lady Eileen, acerca de esta sociedad. Sé que en las novelas acostumbra a aparecer una sociedad supercriminal secreta, en cuya cabeza se encuentra alguien a quien nadie jamás ve. Sin duda también existe en la vida real, pero debo confesar que jamás he tenido conocimiento de ello. Y crea que mi experiencia policíaca es muy grande.

»Pero existe mucha fantasía en el mundo, lady Eileen. A la gente joven, especialmente, le gusta leer acerca de tales cosas y, más aún, llevarlas a cabo. Ahora le voy a presentar a un grupo notable de aficionados que han llevado a cabo una excelente labor para mi departamento y que nadie, sino ellos, podría haber hecho. Acaso se hayan rodeado de excesivo dramatismo. ¿Por qué no? Han estado

dispuestos a afrontar graves peligros y lo han hecho por estas razones: amor por el peligro en sí, lo cual es muy notable en estos días en que sólo se piensa en la propia seguridad, y por el honrado deseo de servir a su país.

»Y ahora, lady Eileen permítame que proceda a hacer las presentaciones. Ante todo, Mr. Mosgorovky, a quien podríamos decir ya conoce. Como usted sabe, dirige este club y muchas otras cosas también. Es el más importante agente antibolchevique en Inglaterra. El número cinco es el conde Andras, de la embajada de Hungría, íntimo amigo del fallecido Mr. Gerald Wade. El número cuatro es Mr. Hayward Phelps, periodista americano, que siente grandes simpatías por nuestro país y cuyo olfato para las noticias es notable. El número tres…

Calló, sonriendo, y Bundle miró, confundida, el rostro avergonzado y sonriente de Bill Eversleigh.

—El número dos —prosiguió Battle con voz grave— ha dejado vacante esta silla. Correspondía a Mr. Ronald Devereux, ese bravo joven que murió por su país. El número uno… bien, el número uno era Mr. Gerald Wade, otro valiente joven que también dio su vida por el bien de la patria. Su lugar ha sido ocupado, no sin graves dudas por mi parte, por una señora que ha probado ser merecedora de ello y que nos ha prestado una considerable ayuda.

El número uno se quito la máscara y Bundle miró, sin sorpresa, el hermoso rostro de la condesa Radzky.

—Debí haber supuesto —observó Bundle— que se parecía usted demasiado a una hermosa aventurera extranjera para que, en efecto, lo fuera.

—Pero no sabes lo mejor del caso —comentó Bill—. Bundle, ésta es Babe Saint Maur. ¿Recuerdas que te conté lo buena actriz que era? Ha demostrado serlo.

—Sí —dijo miss Saint Maur con fuerte acento americano—. Pero no merezco mucho crédito por ello porque mis padres eran originarios de esa parte de Europa y no me costó mucho hablar como ellos. Sin embargo, casi me traicioné a mi misma una vez en la Abadía al hablar de jardines.

Hizo una pausa y luego dijo bruscamente:

—No ha sido simple diversión. Ronny y yo estábamos casi comprometidos y, cuando él murió… bien, yo debía hacer cuanto

pudiera por descubrir al canalla que le asesinó. Eso es todo.

—Estoy completamente aturdida —dijo Bundle—. Nada es lo que parece ser.

—Es muy sencillo, lady Eileen —dijo el superintendente Battle —. Todo empezó porque algunos de estos jóvenes deseaban vivir algo excitante. Mr. Wade vino a verme y sugirió la creación de una banda de aficionados para llevar a cabo misiones del servicio secreto. Le previne diciéndole que podía ser peligroso, pero él no se asustaba fácilmente. Le hice comprender que quienquiera que ingresara en la organización habría de hacerlo sólo después de ser advertido del peligro que podía correr. Tampoco los amigos de Mr. Wade se arredraron.

—Pero ¿cuál es el objeto de todo esto? —preguntó Bundle.

—Estábamos detrás de un hombre y queríamos detenerlo. No era un ladrón ordinario. Se movía en el mundo de Mr. Wade y era una especie de Raffles, pero mucho más peligroso aún. Sólo le interesaban las cosas grandes, internacionales. Por dos veces habían desaparecido importantes inventos secretos. El trabajo debía haber sido hecho por alguien que conocía bien su importancia y tenía información desde dentro. Los profesionales fracasaron en su búsqueda. Entonces, entraron en acción los aficionados y tuvieron éxito.

—¿Tuvieron éxito?

—Sí, pero no sin sufrir bajas. El hombre era peligroso. Mató a dos personas. Pero las Siete Esferas no se arredraron. Como le digo, tuvieron éxito. Gracias a Mr. Eversleigh, el hombre fue cogido y sorprendido con las manos en la masa.

—¿Quién es? —preguntó Bundle—. ¿Le conozco yo acaso?

—Le conoce muy bien, lady Eileen. Su nombre es Jimmy Thesiger y ha sido detenido esta tarde.

Capítulo XXXIII

BATTLE SE EXPLICA

El superintendente Battle procedió a explicar el caso. Hablaba con un tono íntimo y tranquilo.

—Durante mucho tiempo no sospeché de él. El primer indicio lo tuve cuando supe cuáles habían sido las últimas palabras de Mr. Devereux. Naturalmente, usted creyó que Mr. Devereux quería comunicar que las Siete Esferas le habían matado. Ése era el significado aparente de sus palabras. Pero, desde luego, yo sabía que eso era imposible. Mr. Devereux quería informar a las Siete Esferas de algo concerniente a Mr. Jimmy Thesiger.

»La cosa parecía increíble porque Mr. Devereux y Mr. Thesiger eran íntimos amigos. Pero yo recordé entonces que los robos tenían que haber sido cometidos por alguien que tenía información exacta, alguien que, sino formaba parte del Foreign Office, estaba en situación de conocer muchas de las cosas que en ese departamento se trataban. Y resultaba muy difícil averiguar de dónde venía el dinero de Mr. Thesiger. La renta que su padre le había dejado era muy pequeña y, sin embargo, vivía con gran lujo. ¿De dónde salía el dinero?

»Yo sabía que Mr. Wade estaba muy excitado por algo que había averiguado. Estaba seguro de estar sobre la verdadera pista. No confió a nadie sus sospechas, pero le dijo algo a Mr. Devereux referente a que estaba a punto de confirmarlas. Eso fue poco antes de que ambos fueran a Chimneys a pasar el fin de semana. Como usted sabe, Mr. Wade murió allí, aparentemente por haber tomado una sobredosis de somníferos.

»La explicación parecía normal, pero Mr. Devereux se negó

rotundamente a aceptarla. Tenía el convencimiento de que Mr. Wade había sido hábilmente asesinado y que alguien que se encontraba entonces en la casa era el hombre a quien todos buscábamos. Creo que estuvo a punto de hacer algunas confidencias a Mr. Thesiger, pues no sospechaba en lo más mínimo de él. Pero algo le contuvo.

»Entonces hizo algo bastante curioso. Dispuso siete relojes en la repisa, deshaciéndose del octavo. Era como un símbolo de que las Siete Esferas vengarían la muerte de uno de sus miembros. Vigiló atentamente para ver si alguien se traicionaba, o mostraba alguna señal de perturbación.

—¿Fue Jimmy Thesiger quien envenenó a Gerry Wade?

—Sí. Puso la droga en un whisky con soda que Mr. Wade tomó antes de subir a su habitación para acostarse. Por eso se sentía tan somnoliento mientras le escribía aquella carta a miss Wade.

—¿No tuvo entonces Bauer, el lacayo, nada que ver con ello? —preguntó Bundle.

—Bauer era uno de los nuestros, lady Eileen. Pensamos que el hombre a quien perseguíamos intentaría hacerse con la fórmula de herr Eberhard y por ello hicimos entrar a Bauer al servicio de lord Caterham para que pudiera vigilar por nuestra cuenta. Pero no pudo hacer nada. Como decía, Mr. Thesiger no tuvo gran dificultad en administrar la droga. Más tarde, cuando todos dormían, le fue fácil colocar un frasco vacío de cloral, un vaso y una botella de agua en la mesita de noche de Mr. Wade. Éste estaba inconsciente entonces y probablemente Mr. Thesiger le cogió la mano, apretando los dedos sobre el vaso y la botella para que se encontraran sus huellas en caso de que se suscitara alguna duda. Ignoro el efecto que los siete despertadores en la repisa causaron a Mr. Thesiger. Desde luego, no dejó traslucir nada a Mr. Devereux. De todas formas, creo que de vez en cuando debió pasar algún mal rato al pensar en ellos y supongo que después debió vigilar a Mr. Devereux.

»No sabemos exactamente lo que sucedió a continuación. Nadie vio mucho a Mr. Devereux después de la muerte de Mr. Wade. Sin embargo, está claro que trabajó en la misma dirección en que lo había hecho Mr. Wade y llegó a idéntico resultado: es decir, a que Mr. Thesiger era el hombre que buscábamos. Imagino que fue traicionado de la misma forma.

—¿Cómo?

—Por medio de miss Lorraine Wade. Mr. Wade la quería mucho. Creo, incluso, que deseaba casarse con ella, puesto que no era verdaderamente hermana suya. No hay duda de que le dijo más de lo que debería haberle dicho. Pero miss Wade pertenecía a Mr. Thesiger en cuerpo y alma, y estaba dispuesta a hacer cuanto él quisiera. Le transmitió toda la información. Mr. Devereux, más tarde, se sintió atraído por ella y, probablemente, la previno contra Mr. Thesiger. Por tanto, Mr. Devereux fue silenciado a su vez y murió tratando de hacer llegar a conocimiento de las Siete Esferas que Mr. Thesiger era un asesino.

—¡Qué horrible! —exclamó Bundle—. Si yo lo hubiera sabido…

—No era posible que pudiera saberlo. En realidad, casi ni yo mismo le daba crédito. Entonces, llegamos al asunto de la Abadía. Recuerde lo extraño que fue, y especialmente embarazoso para Mr. Eversleigh. Usted y Mr. Thesiger estaban compinchados. Mr. Eversleigh se sintió muy turbado por su insistencia en que la trajera a este lugar y, cuando supo que había oído lo sucedido en una reunión de la sociedad, su asombro fue enorme.

El superintendente hizo una pausa y sonrió.

—También yo me sentí desconcertado. Jamás pensé que fuera posible.

—Mr. Eversleigh se encontraba ante un dilema —prosiguió—. No podía comunicarle el secreto de las Siete Esferas sin que también Mr. Thesiger se enterara, y eso no debía suceder de ninguna manera. Todo ello fue muy conveniente para Mr. Thesiger, pues le dio una razón excelente para lograr ser invitado a la Abadía, con lo cual sus planes se beneficiaron mucho.

»Las Siete Esferas le habían ya escrito una carta a Mr. Lomax cuyo único objeto era obligarle a que pidiera ayuda, justificando así mi presencia en el lugar. Como usted sabe, en ningún momento intenté pasar inadvertido.

De nuevo, el superintendente sonrió.

—Ostensiblemente, Mr. Eversleigh y Mr. Thesiger debían dividir la noche en dos turnos de guardia. En realidad, Mr. Eversleigh y miss St. Maur así lo hicieron. Ella se encontraba en la biblioteca, vigilando, cuando oyó bajar a Mr. Thesiger, y tuvo que ocultarse precipitadamente detrás del biombo.

»Y ahora llega el momento en que Mr. Thesiger dio grandes pruebas de inteligencia. Nos contó una historia auténtica, y debo admitir que después de la pelea y todo los demás, llegué incluso a preguntarme si él tenía, en realidad, algo que ver con el robo y si estaríamos sobre la pista verdadera. Una o dos sospechosas circunstancias señalaban en otra dirección. No sabía cómo interpretar todo aquello, cuando sucedió algo que puso las cosas en su lugar.

»Encontré el guante quemado en la chimenea, con huellas de dientes en él, y entonces supe que no me había equivocado. Pero créame cuando le digo que fue verdaderamente inteligente.

—¿Qué fue lo que realmente sucedió? —preguntó Bundle—. ¿Quién era el otro hombre?

—No había otro hombre. Preste atención y le contaré cómo, finalmente, reconstruí toda la escena. Para empezar, debo decir que Mr. Thesiger y miss Wade trabajaban de común acuerdo. Estaban citados a una hora determinada.

Miss Wade llegó en su coche, cruzó el seto y se dirigió a la casa. Tenía una buena historia que contar si alguien la descubría: la que nos contó más tarde. Pero pudo llegar a la terraza, poco después de las dos de la madrugada, sin que nadie la molestara.

»Se la vio entrar en el jardín. Mis hombres la estaban observando, pero tenían órdenes de no impedir la entrada a nadie, y solamente de evitar la salida de quien intentara escapar. Miss Wade llegó a la terraza y en aquel instante un paquete cayó a sus pies y ella lo recogió. Un hombre bajaba por la hiedra y ella empezó a correr. ¿Qué sucedió a continuación? La lucha… y dos disparos de arma de fuego. ¿Qué había de hacer todo el mundo? Correr al lugar donde sonaron los tiros. Y así miss Wade hubiera podido escapar llevándose tranquilamente la fórmula.

»Pero las cosas no sucedieron exactamente así. Miss Wade fue a parar directamente a mis brazos y, en aquel momento, el juego cambio. Ya no era ataque, sino defensa. Miss Wade contó su historia, que era perfectamente creíble.

»Llegamos ahora a Mr. Thesiger. Algo me llamó inmediatamente la atención. La herida de bala no hubiera podido, por si sola, dejarlo sin conocimiento. O se había caído, golpeándose la cabeza, o no se había desmayado. Más tarde oímos el relato de miss Saint Maur,

que coincidía perfectamente con el de Mr. Thesiger. Sin embargo, observé en él un punto muy sugestivo. Miss Saint Maur dijo que cuando las luces fueron apagadas y Mr. Thesiger se dirigió a la puerta cristalera, nuestro hombre permaneció tan inmóvil que ella creyó que debía de haber salido de la biblioteca. Cuando alguien se encuentra en una habitación es casi imposible no oír su respiración, si uno aguza bien el oído. Supongamos, pues, que Mr. Thesiger salió. ¿Qué hizo? Subió a la habitación de Mr. O'Rourke por la hiedra. Este caballero había ya tomado el whisky con soda, al que se había añadido una buena dosis de somnífero. Cogió los documentos, los arrojó a la muchacha por la ventana, descendió por la hiedra y… empezó la lucha. En realidad, es algo muy fácil de hacer. No hay más que golpear los muebles, tambalearse, hablar con la voz de uno y disfrazarla y gruñir algo ininteligible. Y después, el toque final: dos disparos. Hizo uno contra su imaginario asaltante con la pistola Colt comprada el día anterior y que había exhibido ostensiblemente. Entonces, con la mano izquierda enguantada, sacó del bolsillo la pequeña Mauser y disparó contra la parte carnosa de su brazo derecho. Tiró la pistola por la ventana, se quitó el guante cogiéndolo con los dientes y lo arrojó al fuego. Cuando yo llegué al lugar de los hechos, estaba en el suelo, al parecer desmayado.

—¿No comprendió todo esto en aquel momento, superintendente Battle? —preguntó Bundle.

—No. Me dejé engañar igual que los demás. No fue sino bastante después cuando resolví el rompecabezas. El guante me dio la clave. Entonces hice que sir Oswald arrojara la pistola por la puerta. Cayó bastante más lejos de donde debería haber caído. Pero un hombre diestro no alcanza la misma distancia al tirar algo con la mano izquierda. Ésta fue la primera sospecha, aunque bastante débil.

»Algo me llamó la atención. Los papeles fueron arrojados por la ventana para que alguien los recogiera. ¿Quién debería recogerlos, en el caso de que miss Wade se hubiera encontrado allí accidentalmente? Desde luego, quienes no estuvieran en el secreto señalarían inmediatamente a la condesa; pero yo sabía que ella no era, que no podía serlo. Entonces, los documentos fueron recogidos por la persona a quien iban destinados. Y cuanto más pensaba en ello, más me parecía una coincidencia extraordinaria que miss

Wade hubiera llegado en el momento preciso.

—Debió usted sentirse bastante molesto cuando le conté mis sospechas acerca de la condesa.

—Sí, por cierto, lady Eileen. Tenía que decir algo para despistarla. También Mr. Eversleigh pasó un mal rato cuando miss Saint Maur volvió en sí de su desmayo y pensó que podría hablar imprudentemente.

—Pobre Bill —dijo miss Saint Maur—. Tuvo que dejarse enamorar contra su voluntad.

—Bien —prosiguió el superintendente Battle—. Yo sospechaba de Mr. Thesiger, pero no tenía pruebas. Por otra parte, el propio Mr. Thesiger estaba aturdido. Se daba cuenta, más o menos claramente, de lo que las Siete Esferas significaban, pero deseaba ardientemente saber quién era el número siete. Entonces se hizo invitar a casa de los Coote, pues sospechaba que sir Oswald podía ser el jefe secreto de la Sociedad.

—Yo sospeché de sir Oswald —dijo Bundle—, especialmente cuando llegó procedente del jardín.

—Yo no —afirmó Battle—, pero no quiero negar que llegué a pensar mal de su secretario.

—¿Pongo? —exclamó Bill—. ¡Pobre Pongo!

—Sí, Mr. Eversleigh, del pobre Pongo, como usted dice. Se trata de un caballero muy eficiente, capaz de llevar a cabo cualquier cosa que se proponga. Sospeché de él principalmente por haber sido quien colocó los despertadores en la habitación de Mr. Wade. Le hubiera sido muy fácil poner el frasco y el vaso en la mesita de noche. También sospeché porque es zurdo. El guante parecía señalarlo a él, de no haber sido por una cosa.

—¿Cuál?

—Las huellas de dientes. Sólo un hombre cuyo brazo derecho hubiera estado incapacitado habría necesitado quitarse el guante con ayuda de los dientes.

—Y así fue como Pongo quedó completamente libre de sospechas.

—Sí. Creo que Mr. Bateman se sentiría muy sorprendido si supiera que llegué a sospechar de él.

—Me imagino su cara si lo supiera —dijo Bill.

—Mr. Thesiger es lo que uno podría describir como un joven

caballero con la cabeza llena de serrín. Uno de los dos estaba representando una comedia. Cuando decidí que se trataba de Mr. Thesiger, me sentía muy interesado por conocer la opinión que Mr. Bateman tenía acerca de Mr. Thesiger y que le había comunicado a sir Oswald en varias ocasiones.

—Es curioso —observó Bill— que Pongo siempre tenga razón. Es algo enloquecedor.

—Como decía —prosiguió el superintendente Battle—, teníamos hasta cierto punto acorralado a Mr. Thesiger, que estaba terriblemente aturdido por el papel que pudieran jugar las Siete Esferas y sin saber dónde se encontraba el peligro. Sólo gracias a Mr. Eversleigh pudimos al fin cogerlo. Mr. Eversleigh era consciente del peligro que corría, y arriesgó la vida con una sonrisa. Pero jamás sospechó que usted podía compartir su suerte, lady Eileen.

—¡Oh, no! —exclamó Bill.

—Fue al apartamento de Mr. Thesiger con una historia preparada. —Siguió diciendo Battle—. Debía pretender haber recibido ciertos papeles de Mr. Devereux cuyo contenido arrojaba sospechas contra Mr. Thesiger. Naturalmente, Mr. Eversleigh, en su calidad de buen amigo, fue a contárselo a Mr. Thesiger, seguro de que éste podría darle una explicación totalmente satisfactoria. Calculamos que, si nuestras graves sospechas eran ciertas, Mr. Thesiger trataría de deshacerse de Mr. Eversleigh y estábamos casi seguros de la forma en que intentaría hacerlo. Como suponíamos, Mr. Thesiger le ofreció un whisky con soda. Eversleigh vació el contenido del vaso en un jarrón de la repisa, pero debía fingir, naturalmente, que la droga estaba produciendo efecto. Había de ser lento, desde luego. Mr. Eversleigh empezó a relatar su historia y Mr. Thesiger, al principio, negó indignado, pero cuando vio o creyó que la droga estaba surtiendo efecto lo confesó todo y le dijo a Mr. Eversleigh que él era la tercera víctima.

»Cuando Mr. Eversleigh fingió estar casi inconsciente, Mr. Thesiger lo llevó a su coche y lo ayudó a entrar en él. Seguramente le había ya telefoneado a usted, lady Eileen, sin que Mr. Eversleigh lo supiera. Le hizo una inteligente sugerencia. Debía usted decir que llevaba a miss Wade a su casa.

»Mr. Eversleigh siguió representando su papel de hombre inconsciente. Tan pronto como Mr. Thesiger y Mr. Eversleigh se

alejaron de Jeremyn Street, uno de mis hombres entró en el apartamento y encontró un whisky preparado que contenía suficiente clorato de morfina para matar a dos personas. El coche fue seguido. Mr. Thesiger salió de la ciudad y se dirigió a un campo de golf muy conocido, donde se dejó ver ostensiblemente hablando de su intención de jugar un partido. Eso, desde luego, era una coartada para el caso de necesitarla. Dejó el coche, con Mr. Eversleigh en su interior, a corta distancia del club de golf. Entonces regresó a Londres, viniendo directamente al club Seven Dials. Tan pronto vio salir a Alfred, llegó hasta la puerta, le habló a Mr. Eversleigh por si estaba usted escuchando y entró, representando su pequeña comedia.

»Cuando pretendió ir en busca de un médico, cerró la puerta de golpe, pero, en lugar de salir, subió hasta aquí y se escondió detrás de la puerta de esta habitación, adonde miss Wade la mandaría más tarde con cualquier excusa. Mr. Eversleigh, naturalmente, se sintió horrorizado cuando la vio a usted, pero pensó que era preferible seguir representando la comedia. Sabía que nuestros hombres vigilaban la casa e imaginó que no corría usted mucho peligro. Desde luego, podía «resucitar» en cualquier momento. Cuando Mr. Thesiger dejó el revólver encima de la mesa y aparentemente salió de la casa, la situación le pareció más segura. En cuanto a lo que siguió, quizás usted mismo, Mr. Eversleigh, prefiera contarlo.

—Yo estaba echado en el sofá —explicó Bill—, tratando de fingir que estaba en las últimas. Entonces oí que alguien bajaba las escaleras corriendo. Lorraine se levantó y fue a la puerta. Oí la voz de Thesiger, aunque no lo que decía. Lorraine observó: «Todo está en orden, todo ha salido espléndidamente». Entonces él dijo: «Ayúdame a llevarlo arriba. Será algo pesado, pero quiero que los encuentren juntos. El número siete se llevará una gran sorpresa». No comprendí exactamente el significado de sus palabras. Me llevaron arriba. Fue realmente algo pesado. Una vez llegados a esta habitación, oí que Lorraine decía: «¿Estás seguro de que ella no recobrará el sentido?». Y Jimmy, ese maldito bandido, contestó: «No tengas miedo. La golpeé con todas mis fuerzas».

»Salieron, cerrando la puerta, y entonces abrí los ojos y te vi, Bundle. Jamás he pasado un momento tan terrible. Creí de veras que estabas muerta.

—Supongo que el sombrero me salvó.

—En parte, si —asintió el superintendente Battle—. Mr. Thesiger no se dio cuenta de que, con el brazo herido, había perdido la mitad de su fuerza. Sin embargo, ésta es una mancha negra para mi departamento, lady Eileen. No cuidamos de usted en la forma en que debimos haberlo hecho.

—Tengo la cabeza muy dura —observó Bundle— y, además, soy muy afortunada. Sin embargo, no acabo de comprender cómo pudo Lorraine mezclarse en este sucio asunto. ¡Era una chica tan agradable!

—También lo era la mujer de Pentoville que asesinó a cinco niños —replicó el superintendente—. No puede uno guiarse por estos detalles. Lleva mala sangre en las venas. Creo que su padre debió pasar más de una temporada en la cárcel.

—¿La han detenido también?

El superintendente asintió.

—No creo que la cuelguen —dijo—. Los jurados son blandos de corazón. Pero el joven Thesiger penderá del extremo de una soga, y se lo tiene merecido. Jamás he conocido a un criminal más depravado. Y ahora —añadió—, si su cabeza no le duele demasiado, lady Eileen, podríamos celebrarlo. Hay un pequeño restaurante a la vuelta de la esquina.

Bundle asintió.

—Estoy muerta de hambre, superintendente Battle —dijo—. Además, tengo que conocer a todos mis colegas.

—Las Siete Esferas —dijo Bill—. ¡Viva las Siete Esferas! Necesitamos champán. ¿Cree usted que tendrán en ese restaurante, Battle?

—No tendrá usted motivos de queja, señor. Déjelo todo en mis manos.

—Superintendente Battle —dijo Bundle—, es usted un hombre maravilloso. Siento que esté ya casado. Por tanto, tendré que apechugar con Bill.

Capítulo XXXIV

LORD CATERHAM APRUEBA

—Papá —dijo Bundle—, tengo que darte una noticia. Vas a perderme.

—¡Tonterías! —repuso lord Caterham—. No me irás a decir que sufres de consunción galopante, que tienes el corazón débil u otra cosa por el estilo, porque no te creeré.

—No es la muerte, papá —dijo Bundle—, sino el matrimonio.

—Lo cual es casi tan malo —observó lord Caterham—. Supongo que deberé asistir a la boda para entregarte al novio, vestido con un incómodo traje de ceremonia. Y acaso Lomax crea necesario besarme en la sacristía.

—¡Cielo santo! —exclamó Bundle—. No creerás que voy a casarme con George, ¿verdad?

—La última vez que te vi, ésa parecía ser la idea en líneas generales —repuso el padre—. Y eso fue ayer por la mañana.

—Me voy a casar con alguien cien veces mejor que George —afirmó Bundle.

—Eso espero —dijo lord Caterham—, aunque uno nunca sabe. No me parece que sepas valorar muy justamente el carácter, Bundle. Me dijiste que el joven Thesiger era un tipo alegre e inútil, y por lo que he sabido se trata de uno de los más distinguidos asesinos de la actualidad. Siento no haberlo conocido. Estaba pensando en escribir mis memorias con un capítulo especial dedicado a los criminales que he conocido. Desgraciadamente, debido a un involuntario olvido, no me ha sido nunca presentado y no podré incluirlo.

—No seas tonto, papá —repuso Bundle—. Sabes sobradamente

que no tienes la energía necesaria para hacerlo.

—No iba a escribirlas yo mismo —observó lord Caterham—. Creo que no es costumbre hacerlo. Pero conocí una joven encantadora hace unos días que se dedica a estas cosas. Se encarga de reunir el material y lo escribe muy pulcramente.

—¿Y qué hace el interesado?

—Darle detalles durante media hora al día y nada más. —Después de una pequeña pausa, Lord Caterham prosiguió—: Es una muchacha muy bonita. Muy tranquila y simpática.

—Presiento que, sino estoy a tu lado, papá —observó Bundle—, te encontrarás verdaderamente en peligro. Eso me escama.

—Existe una clase de peligro para cada clase de gente —repuso lord Caterham.

Se alejaba cuando, de pronto, se detuvo y preguntó:

—A propósito, Bundle, ¿con quién te vas a casar?

—Me extrañaba que no me lo preguntases. Me casaré con Bill Eversleigh.

El egoísta permaneció en silencio, pensando. Después asintió totalmente satisfecho.

—Excelente —dijo—. Un gran jugador de golf. Él y yo podremos participar en el campeonato por parejas del Torneo de Otoño.

AGATHA CHRISTIE. Escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de
23 000
representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max

Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos, Asesinato en el Orient Express, Tres ratones ciegos, Muerte en el Nilo, El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] Siete esferas. < <

[2] Mostaza y berros. < <

[3] Bower y Bauer tienen la misma pronunciación en inglés. < <